

M. C. BEATON

# AGATHA RAISIN



y el manantial de la muerte



arroba books

M.C. BEATON

# AGATHA RAISIN



y el manantial de la muerte



## Índice

PORTADA  
SINOPSIS  
PORTADILLA  
UNO  
DOS  
TRES  
CUATRO  
CINCO  
SEIS  
SIETE  
OCHO  
NUEVE  
DIEZ  
NOTAS  
CRÉDITOS

## SINOPSIS

El nuevo caso de la detective más peculiar de la campiña inglesa.

Para esquivar sus embrollos emocionales, Agatha Raisin se ha dejado reclutar por su antigua firma de marketing para llevar a cabo una jugosa misión: ser la relaciones públicas de una compañía de aguas interesada en el manantial de Ancombe, el pueblo vecino de Carsely. El consejo parroquial del pueblo se encuentra dividido entre apoyar a la compañía y permitir que extraiga agua diariamente del manantial o dejar las cosas como están... El día que Agatha decide ir a dar un paseo hasta el manantial, da con una sorpresa: junto a la fuente está el cadáver de Robert Strutters, el presidente del consejo de Ancombe.

M.C. BEATON



*y el manantial  
de la muerte*

Traducción de  
Vicente Campos

**Círculo de Lectores**

La sangre es más espesa que el agua...

El manantial se encontraba en el extremo más alejado del pueblo, la zona sin alumbrado, donde ya no había casas y de nuevo empezaba el campo.

Al acercarse, oyó el repiqueteo del agua.

Estaba a punto de inclinarse sobre el manantial cuando, ahogando un grito, se echó hacia atrás sobresaltada y se le cayó la botella. Porque a sus pies yacía, con la mirada fija en la tenue luz de la luna y las estrellas del cielo, un hombre muerto.

Tras rechazar con un gesto de la mano los ofrecimientos de brandi o té, Agatha regresó con resolución al manantial y esperó. La noticia se propagó rápidamente por el pueblo y, al llegar la policía, ya se había formado un silencioso círculo de gente alrededor del cadáver. El cráneo que emergía del manantial les miraba maliciosamente desde el cuerpo del muerto.

Por los comentarios entre susurros de los presentes, Agatha se enteró de que el difunto era el señor Robert Struthers, presidente del Consejo Parroquial de Ancombe. La sangre se filtraba desde su nuca al manantial, sangre, negra en la noche, y se arremolinaba en el pilón de piedra de la base.

## UNO

Agatha Raisin estaba aburrida y se sentía desdichada. Su vecino, James Lacey, había regresado por fin al *cottage* contiguo al suyo en la localidad de Carsely, en los Costwolds. Quería convencerse de que ya no estaba enamorada de él y que la frialdad que le mostraba no le importaba.

Había estado a punto de casarse con él, pero su marido, que por entonces seguía muy vivo, había aparecido durante la ceremonia nupcial, y James nunca había llegado a perdonarla del todo por el engaño.

Una noche de primavera, cuando el pueblo brillaba incandescente con los colores de los narcisos, las forsitias, las magnolias y los azafranes, Agatha se dirigía con paso cansino a la vicaría para asistir a una reunión de la Carsely Ladies Society, esperando que le contaran algún cotilleo que animara el tedio de sus días.

Pero lo que oyó no le interesó porque tenía que ver con un manantial del pueblo vecino de Ancombe.

Agatha conocía el manantial. En el siglo XVIII, una tal señorita Jakes lo había canalizado para que pasara por el lecho de su jardín a través de una tubería que tendió en el muro y que desembocaba en una fuente pública. El chorro de agua emergía a través de la boca de una calavera –una locura que había provocado un sinnúmero de críticas incluso en tiempos tan lúgubres como el siglo XVIII– e iba a parar a un pilón hundido en el suelo, se desbordaba por el filo del pilón, pasaba por una rejilla y luego por debajo de la carretera. Al otro lado, se convertía en un pequeño arroyo que serpenteaba entre otros jardines hasta desembocar en el río Ancombe.

Sobre la calavera se habían grabado unos toscos versos, escritos por la señorita Jakes. Rezaban así:

Cansado viajero, detente y mira  
el agua que aquí mana y expira.

Pasamos nuestros días en este valle de rivalidad,  
agáchate y bebe a fondo de las aguas de la vida.

Doscientos años antes, se creía que el agua poseía propiedades mágicas y terapéuticas, pero, en esos momentos, los paseantes se detenían a rellenar las cantimploras y, esporádicamente, la gente del lugar, como Agatha, llenaba una botella y se la llevaba a casa para preparar el té, pues el agua era más blanda que la del grifo.

Hacía poco, la recién creada Compañía de Aguas de Ancombe había intentado que el Consejo Parroquial<sup>1</sup> de Ancombe le concediera permiso para extraer agua diariamente del manantial, al precio de un penique por cada cuatro litros y medio.

–Muchos opinan que es un sacrilegio –dijo la señora Bloxby, la esposa del vicario–. Pero el manantial nunca ha tenido nada que ver con la religión.

–Ya, pero supone añadir una fea nota de mercantilismo a nuestra apacible vida rural –se quejó una recién llegada a la sociedad femenina, la señora Darry, que se había mudado hacía poco a los Cotswolds desde Londres y aún hacía gala del fervor de los forasteros por conservar la vida de pueblo.

–Pues yo digo que no molestará a nadie –afirmó la secretaria, la señorita Simms, a la par que cruzaba las piernas con sus medias negras, mostrando por un momento un muslo que desvelaba que llevaba liguero–. Quiero decir que el camión del agua vendría cada día al alba. Después, todos pueden utilizarlo como es habitual.

Agatha reprimió un bostezo. Como mujer de negocios jubilada que había dirigido, y con éxito, su propia empresa de relaciones públicas, a su juicio aquella empresa era una idea comercial sensata.

No le caía bien la señora Darry, que tenía cara de hurón asustado, así que dijo:

–Los Cotswolds ya están bastante mercantilizados a estas alturas, ya no caben más autobuses turísticos, teterías y tiendas de artesanía.

En ese momento la sala se dividió en tres facciones: quienes estaban a favor del plan de la empresa, los que se oponían a ella, y quienes –como Agatha– estaban hartas y aburridas del asunto.

La señora Bloxby hizo un aparte con Agatha cuando ésta se disponía a marcharse, y su amable rostro delató una expresión preocupada.

–La noto un tanto decaída, querida –dijo–. ¿Es por James?

–No –mintió Agatha a la defensiva–. Es por la época del año. Siempre me deprime.

–«Abril es el mes más cruel.»

Agatha parpadeó sin poder contenerse. Intuyó que era una cita literaria y ella detestaba las citas, le reventaban y las consideraba pertenecientes a un mundo fatuo de artistillas pedantes.

–Eso es –gruñó malhumorada y salió al dulce aire vespertino.

Una bella magnolia relucía con destellos cerosos en el silencio del jardín de la vicaría. En el cementerio contiguo a la iglesia, los narcisos, blanqueados por la luz de la luna, crecían junto a las viejas lápidas inclinadas.

«Tengo que comprar una parcela en el cementerio», pensó Agatha. Qué acogedor debería de ser reposar al final de los días bajo ese manto de hierba enmarañada y flores. Suspiró. En ese momento, la vida era un cuenco de frutas resacas, con un hueso en cada una.

Casi se había olvidado de la compañía de aguas; pero una semana más tarde la llamó Roy Silver. Roy había trabajado para ella cuando dirigía su propia empresa y ahora lo hacía para la compañía que se la había comprado cuando la dejó. Estaba muy excitado.

–Escucha esto, Aggie –dijo con voz cantarina–: la Compañía de Aguas de Ancombe, ¿sabes cuál es?

–Sí.

–Son nuestros nuevos clientes y, como tiene su sede en Mircester, el jefe se preguntaba si querrías llevar su cuenta, como *freelance*.

Agatha clavó una mirada acerada en el teléfono. Roy Silver fue quien había encontrado a su marido, que se había presentado en el momento en que se disponía a casarse con James.

–No –dijo con brusquedad y colgó.

Se quedó sentada, mirando el aparato y, haciendo acopio de valor, descolgó y marcó el número de James.

Éste contestó al primer timbrazo.

–James –dijo Agatha con una alegría mal fingida–. ¿Qué te parece si cenamos juntos esta noche?

–Lo siento mucho –respondió él en un tono desabrido–. Estoy ocupado. Y –añadió rápidamente, como si quisiera prevenir cualquier otra invitación– voy a estarlo durante las próximas semanas.

Agatha volvió a colgar, esta vez con suavidad. Le dolía el estómago. La gente siempre habla de corazones rotos, pero el verdadero dolor se concentra en las entrañas.

Un mirlo cantó alegremente en algún punto del jardín, la dulzura de sus trinos intensificó el dolor interior de Agatha.

Cogió el teléfono de nuevo y marcó el número de la comisaría de Mircester y pidió hablar con su amigo, el sargento Bill Wong. Cuando le dijeron que era su día libre, lo llamó a su casa.

–Agatha –dijo Bill complacido–. Hoy no tengo ningún plan. ¿Por qué no vienes a casa?

Agatha vaciló. Los padres de Bill siempre le habían parecido gente un tanto sórdida.

–Me temo que estaré solo –prosiguió Bill–. Mis padres han ido a Southend a visitar a unos parientes.

–Muy bien, me pasaré por allí –dijo Agatha.

Al salir con su coche desvió la mirada para no ver el *cottage* de James.

Bill estaba encantado de verla. Todavía no había cumplido los treinta, tenía la cara redonda y se había adelgazado.

–Estás en buena forma, Bill –dijo Agatha–. ¿Novia nueva?

La vida amorosa de Bill oscilaba en función de su figura, que engordaba rápidamente en cuanto no había un amorío a la vista.

–Pues sí. Se llama Sharon. Es una mecanógrafa de la comisaría. Es muy guapa.

–¿Se la has presentado ya a tus padres?

–Todavía no.

En ese caso, la relación iría bien por un tiempo, pensó Agatha con cinismo. Bill adoraba a sus padres y nunca entendería por qué, en cuanto les presentaba a una de sus novias, el romance acababa instantáneamente.

–Estaba a punto de comer –dijo Bill.

–Te llevaré a algún sitio. Corre de mi cuenta –se apresuró a decir Agatha.

Bill cocinaba tan espantosamente como su madre.

–Acepto. Hay un pub decente al final de la calle.

El Jolly Red Cow era un lugar deprimente, dominado por una mesa de billar donde los jóvenes desempleados y de rostros lívidos de Mircester mataban las horas diurnas.

Agatha pidió ensalada de pollo. La lechuga estaba reblandecida y el pollo, correoso. Bill se zampó un combinado grasiento de huevo, salchichas y patatas y, por su expresión, pareció disfrutarlo.

–¿Y qué me cuentas, Bill? ¿Algo emocionante?

–No ha pasado gran cosa. Todo ha estado bastante tranquilo, gracias a Dios. ¿Y qué me dices de ti? ¿Ves mucho a James?

A Agatha se le crispó la expresión.

–No, apenas lo veo. Lo nuestro ha terminado. Y no quiero hablar de ello.

Como si también él quisiera cambiar de tema, preguntó Bill al instante:

–¿Y qué es todo ese alboroto sobre la nueva compañía de aguas?

–Oh, eso. Hablaron del tema en la sociedad femenina la semana pasada. La verdad, no me interesa demasiado. Quiero decir que no veo a qué viene tanto follón. Van a pasar todos los días de madrugada a llevarse el agua y el resto de la jornada seguirá como siempre.

–No sé, tengo un mal presentimiento sobre ese asunto –dijo Bill mientras mojaba las patatas fritas en el ketchup–. Todo lo que tenga que ver con el medio ambiente tarde o temprano va a dar lugar a algún grupo de protesta y también, tarde o temprano, a algún tipo de violencia.

–Yo no diría tanto. –Agatha pinchó desconsoladamente un trozo de pollo–. Ancombe es un pueblo bastante tranquilo.

–Te sorprenderías. Incluso en los lugares más tranquilos puede estallar un tumulto. Hay grupos de militantes a los que el medio ambiente no les importa lo más mínimo. Lo único que buscan es una excusa para armar jaleo. A veces creo que son la mayoría. La gente que de verdad se preocupa por algún problema medioambiental suele formar grupos pequeños y

comprometidos con la causa que emprenden protestas pacíficas pero, antes de que se den cuenta, se encuentran rodeados de militantes; algunos de los primeros son los que se arriesgan a salir mal parados.

–Ya te he dicho que no es un tema que me interese demasiado –dijo Agatha–. En realidad, para serte sincera, últimamente me interesan pocas cosas.

Él la miró con un gesto de comprensión y preocupación.

–Lo que quieres es que me saque un crimen de la manga para que lo investigues. Pues bien, no voy a hacerlo. No puedes ir por ahí esperando a que asesinen a la gente a modo de pasatiempo.

–Es un poco grosero llamarlo pasatiempo. ¿Qué es esta porquería?

Apartó el plato con un gesto de enfado.

–A mí me parece que la comida de aquí es muy buena –dijo Bill a la defensiva–. Te has vuelto quisquillosa porque te sientes desdichada.

–En cualquier caso, estoy a dieta. El miserable de Roy Silver me llamó pidiéndome que me encargara de las relaciones públicas de esa compañía de aguas.

–Pues es un trabajo y te distraerá. Tienen sus oficinas aquí mismo, en Mircester.

–Estoy retirada.

–Y desdichada e infeliz. ¿Por qué no lo aceptas?

Agatha no pretendía contarle la verdadera razón de su rechazo. Días en la oficina significaban días lejos de James Lacey, quien, tal vez milagrosamente, podría cambiar de actitud y mostrarse más amable con ella.

Cuando se despidieron, Bill volvió pensativo a casa. Llevado por un impulso, telefoneó a James.

–¿Cómo van las cosas? –preguntó James animadamente–. Hace siglos que no te veo.

–Has estado en el extranjero. Acabo de comer con Agatha y me he dado cuenta de que hacía bastante que tampoco hablaba contigo.

–Oh.

El «oh» de James sonó tan gélido que Bill creyó que si estuviera sosteniendo un teléfono de dibujos animados se habrían formado carámbanos de hielo en el cable. Así que charló despreocupadamente de naderías, aunque

lo que en realidad hubiera deseado era pedirle que le diera un respiro a Agatha y la invitara a cenar.

Una semana más tarde, Agatha acababa de dar cuenta de su desayuno habitual de cuatro cigarrillos y tres tazas de café fuerte cuando sonó el teléfono. «Que sea James», le imploró a ese Dios antropomórfico de largas barbas y pelo enmarañado con el que a menudo, en momentos de angustia, hacía pactos. «Si es James dejaré de fumar.»

Pero el Dios que imaginaba Agatha era fruto de la mitología más que de otra cosa, así que no le sorprendió mucho descubrir que era Roy Silver quien estaba al otro lado de la línea.

–No cuelgues –dijo Roy precipitadamente–. Sé que aún estás resentida conmigo por haber encontrado a tu marido.

–Y me arruinaste la vida –contestó Agatha con amargura.

–Bueno, ahora está muerto, ¿no? Y si James no quiere casarse contigo, yo no tengo la culpa de eso.

Agatha colgó.

Llamaron al timbre. Tal vez Él había atendido sus plegarias. Apagó el cigarrillo que se estaba fumando.

–El último –dijo en voz alta hacia el techo.

Abrió la puerta.

Era la señora Darry.

–Me preguntaba si podría hacerme un favor, señora Raisin.

–Pase –contestó Agatha con voz desolada.

La condujo a la cocina, se sentaron a la mesa y encendió de muy mal humor otro cigarrillo.

La señora Darry se acomodó.

–Le estaría muy agradecida si no fumara.

–Pide mucho –dijo Agatha–. Ésta es mi casa, y éste, mi cigarrillo. Dígame qué quiere.

–¿No sabe que eso la está matando?

Agatha miró su cigarrillo y luego a la señora Darry.

–Pues si me está matando a mí, no la está matando a usted. Suéltelo ya: ¿qué quiere?

–Agua.

–Sale del grifo. ¿Acaso le han cortado el suministro?

–No, no me ha entendido. Mi madre viene a mi casa.

Agatha parpadeó. Le había echado sesenta y muchos a la señora Darry.

–Mi madre tiene noventa y dos años –prosiguió la señora Darry–. Es muy maniática con el té. No tengo coche y me preguntaba si podría traerme usted una botella de agua del manantial de Ancombe.

–No tenía intención de ir a Ancombe –dijo Agatha al tiempo que pensaba lo mal que le caía esta recién llegada al pueblo.

Era una mujer muy desagradable. Qué raro le parecía que la gente pudiera ser tan fea, y no especialmente por su aspecto físico sino por el aire de superioridad, insatisfacción y mal humor que transmitía siempre.

Vestía una de esas chaquetas acolchadas sin mangas, abotonada y ceñida por encima de una blusa de cuello alto. La nariz puntiaguda, la boca fruncida, el cabello rubio oscuro y aquellos vigilantes ojos verde claro hacían que a Agatha le recordara más que nunca a un despiadado animal salvaje, siempre en busca de una presa.

–¿No puede pedírselo a nadie más?

Agatha pensó en invitar a café a la señora Darry, pero al momento cambió de opinión.

–Todo el mundo está muy ocupado –se lamentó la señora Darry–. Y, la verdad, no parece que usted tenga mucho que hacer.

–Pues, para serle sincera, sí –replicó Agatha dolida por la pulla–. Voy a encargarme de las relaciones públicas de la nueva empresa de aguas.

La señora Darry recogió el bolso y los guantes y se levantó.

–Me sorprende de usted, señora Raisin. Me resulta increíble que, viviendo en este pueblo, esté dispuesta a colaborar y ser cómplice de una empresa que pretende destruir nuestro medio ambiente.

–Salga de mi casa.

En cuanto se quedó sola, Agatha encendió otro cigarrillo. A lo largo de día, le estuvo dando vueltas a la idea de representar a la compañía de aguas. Por descontado, era posible que la oferta ya no siguiera en pie. Si la

contrataban para el lanzamiento, tendría que trabajar mucho, y si lo hacía, no sentiría el impulso de hacer más llamadas telefónicas estúpidas a James y sufrir su inevitable rechazo.

Una triste velada ante el televisor hizo poco para mejorar su estado de ánimo. Se comió una tableta entera de chocolate y sintió que la cintura de su falda se le ceñía de forma alarmante. En vano se dijo que la sensación de constreñimiento en esa zona seguramente sería psicósomática. Llevada por un impulso, decidió buscar una botella, acercarse paseando a Ancombe, recoger un poco de agua para el té y echarle otro vistazo al manantial.

Era otra hermosa noche. Los cerezos de racimo brillaban como estrellas en los setos, los huertos a cada lado de la carretera resplandecían con flores de manzano. Caminó con paso cansino: una figura regordeta que se sentía empequeñecida por la belleza de la noche.

La caminata hasta Ancombe era de varias millas, y cuando se aproximó al manantial estaba agotada y arrepentida de no haber cogido el coche.

El manantial se encontraba en el extremo más alejado del pueblo, la zona sin alumbrado, donde ya no había casas y de nuevo empezaba el campo.

Al acercarse, oyó el repiqueteo del agua.

Estaba a punto de inclinarse sobre el manantial cuando, ahogando un grito, se echó hacia atrás sobresaltada y se le cayó la botella. Porque a sus pies yacía, con la mirada fija bajo la tenue luz de la luna y las estrellas del cielo, un hombre muerto.

«Y bien muerto», se dijo Agatha al buscarle el pulso y no encontrarlo.

Corrió de vuelta a la casa más próxima, despertó a sus habitantes y llamaron a la policía.

Tras rechazar con un gesto de la mano los ofrecimientos de brandi o té, Agatha regresó con resolución al manantial y esperó. La noticia se propagó rápidamente por el pueblo y, al llegar la policía, ya se había formado un silencioso círculo de gente en torno al cadáver. El cráneo que emergía del manantial les miraba maliciosamente

Por los comentarios entre susurros de los presentes, Agatha se enteró de que el difunto era el señor Robert Struthers, presidente del Consejo Parroquial de Ancombe. La sangre se filtraba desde su nuca al manantial, sangre, negra en la noche, y se arremolinaba en el pilón de piedra de la base.

Las sirenas desgarraron el silencio nocturno. Por fin había llegado la policía. Bill no estaría entre ellos. Era su día libre.

Agatha reconoció al inspector Wilkes.

Se sentó en uno de los coches de la policía e hizo una declaración ante una agente. Se sentía bastante aturdida. Le pidieron que esperara y le dijeron que un vehículo oficial la llevaría de vuelta a casa.

Finalmente, la dejaron en su *cottage*. Vaciló unos instantes en el peldaño del umbral, mirando melancólicamente hacia la vivienda contigua. Se le presentaba una magnífica oportunidad para hablar con James. Pero la conmoción del hallazgo del cadáver había cambiado algo en su interior. «Merezco algo mejor», se convenció Agatha mientras abría la puerta y entraba.

Estaba preparándose una taza de café cuando llamaron al timbre. Esta vez no esperaba encontrarse con James en la puerta, y con genuina gratitud y alivio dio la bienvenida a la esposa del vicario, la señora Bloxby.

–Me he enterado de la espantosa noticia –dijo la señora Bloxby recogiendo un mechón de cabello gris detrás de la oreja–. He venido para hacerle compañía esta noche. No creo que quiera estar sola.

Agatha la miró con afecto, recordando las noches en que la señora Bloxby se había ofrecido a quedarse con ella.

–Creo que estaré bien –contestó–, pero aun así le agradecería que se quedase un rato.

La señora Bloxby la siguió hasta la cocina y se sentaron.

–La señora Darry me telefoneó para darme la noticia. Si se asoma, verá luces encendidas por todo el pueblo. Se pasarán la noche hablando del tema.

–Cuénteme lo que sepa de ese asunto del agua –le pidió Agatha mientras le ofrecía una taza de café–. Supongo que les pidieron que tomaran una decisión al respecto.

–Sí, claro, y mantuvieron algunos debates bastante acalorados sobre la cuestión.

–¿Quién es el dueño del agua?

–Bueno, procede del jardín de la señora Toynbee, pero dado que la fuente está en el exterior, en la carretera, esa parte pertenece a la parroquia. El Consejo Parroquial de Ancombe lo componen siete miembros y todos

ocupan el puesto desde hace años.

–¿Y qué pasa con las elecciones al consejo?

–Oh, se convocan de vez en cuando, pero nadie quiere ese puesto, así que nadie se presenta como candidato. El difunto señor Struthers era el presidente, el señor Andy Stiggs es el vicepresidente, y los demás miembros son la señorita Mary Owen, la señora Jane Cutler, el señor Bill Allen, el señor Fred Shaw y la señorita Angela Buckley. Robert Struthers era un banquero jubilado. Andy Stiggs es un tendero retirado. La señorita Mary Owen disfruta de medios propios que le permiten vivir sin agobios económicos. Jane Cutler, también acaudalada, es viuda. Bill Allen es el dueño del vivero; Fred Shaw es el electricista del pueblo y la señorita Angela Buckley es hija de un granjero.

–¿Quién estaba a favor de vender el agua y quién en contra?

–Hasta donde puedo recordar, la señora Cutler, Fred Shaw y Angela Buckley estaban a favor, y Mary Owen, Bill Allen y Andy Stiggs, en contra. El presidente tenía el voto de calidad y, por lo que sé, todavía no se había decidido.

–Podría ser que alguno de los que estaban a favor o de los que estaban en contra del acuerdo hubiera averiguado en qué sentido iba a votar y no le gustara –opinó Agatha, cuyos ojos redondos y diminutos resplandecieron bajo el denso flequillo de su pelo castaño.

–Creo que no fue así. Todos son bastante mayores, salvo la señorita Buckley, que tiene cuarenta y tantos, y llevan una vida ejemplar.

–Pues esto parece haberlos despabilado a todos.

–Sí –admitió la señora Bloxby con reticencias–. Los debates han sido acalorados hasta el encono. Y, por descontado, los vecinos también están divididos. Mary Owen asegura que no se ha consultado a la gente de Ancombe y va a convocar una reunión en el salón del ayuntamiento. Creo que estaba prevista para la semana que viene, pero estoy segura de que, tras el asesinato, se pospondrá.

–Si es que se trata de un asesinato –repuso Agatha lentamente–. Quiero decir que era una persona mayor y yacía boca arriba. Pudo sufrir un ataque, caer de espaldas y golpearse la cabeza contra el pilón.

–Esperemos que ése haya sido el caso. Si no, se presentará la prensa y la televisión y ahora esto está tan bonito que tendremos que soportar más turistas de los habituales.

–También yo en ocasiones me siento como una turista –aseguró Agatha resentida–. En realidad, no soy de aquí. Me saca de quicio que la gente del pueblo no pare de quejarse de los turistas cuando también ellos hacen turismo en el extranjero.

–Eso no es del todo cierto –dijo la esposa del vicario en un tono afable–. A la gente de Carsely no le gusta salir del pueblo.

–Tanto da. Van a Evesham y a Moreton de compras, así que están ocupando un espacio ajeno. El mundo es un planeta lleno de turistas.

–O de personas desplazadas. Piense en Bosnia.

–A la porra Bosnia –dijo Agatha con toda la malicia de alguien a quien le han hecho sentirse culpable–. Lo siento –musitó–, debo de estar un poco alterada.

–No me cabe duda. Ha debido de ser una experiencia traumática.

Y lo había sido, se dijo Agatha. Algunas mujeres como ella estaban condenadas a reaccionar con el mismo machismo que los hombres. Lo primero que le había venido a la cabeza fue decir: «Oh, no ha sido nada. Estoy acostumbrada a los cadáveres, ya lo sabe». Pero a Agatha le habían dado miedo tantas cosas a lo largo de su vida que había ido por el mundo con los puños cerrados hasta que la vida tranquila de Carsely y la afabilidad de sus habitantes habían logrado traspasar el caparazón que se había confeccionado para protegerse.

–Si fuera un asesinato y me centro en el tema –dijo Agatha despacio–, podría aceptar el empleo de relaciones públicas para la Compañía de Aguas de Ancombe.

–La señora Darry dijo que ya lo había aceptado.

–¡Menuda bruja cotilla está hecha! Se lo conté porque se presentó aquí para pedirme que le trajera un poco de agua del manantial y me soltó, más o menos con estas palabras, que yo no tenía nada mejor que hacer. Me hizo sentir como si fuera un desecho.

–Podría resultar peligroso hacer demasiadas preguntas.

–Si se trata de un asesinato, seguramente se resolverá pronto. Uno de los partidarios de la venta no querría que Struthers la impidiese, o uno de los contrarios pensaría que iba a destrozarse la vida del pueblo y contaminar el medio ambiente.

–No creo que ése sea el caso. Usted no conoce al consejo de la parroquia; yo, sí. Desde luego, esta disputa los ha acalorado a todos, pero son miembros sensatos, gente corriente de la comunidad. ¿Lo investigarán usted y James? Ambos tuvieron mucho éxito en el pasado.

–Ha sido muy mal educado conmigo y me ha desairado –dijo Agatha–. No, ni siquiera pienso acercarme a él.

Cuando la señora Bloxby se marchó, Agatha se preparó para acostarse. El viejo *cottage* crujía, como siempre al anochecer, cuando se reasentaba y algunos animales se removían en el techo de paja. El menor ruido le provocaba un sobresalto y deseó no haberse mostrado tan valiente y haberle pedido a la esposa del vicario que se quedara esa noche con ella. Luego estaba James, en la casa contigua... a esas alturas ya debía de haberse enterado del asesinato. Tendría que estar con ella para protegerla y consolarla. Una lágrima se deslizó por la nariz de Agatha, que se sumió en un sueño inquieto.

Otro espléndido día de primavera hizo que se desvaneciesen los espantos de la noche anterior. Bill Wong fue a su casa, acompañado de una agente, para revisar su declaración.

James Lacey había visto llegar el coche de la policía, lo sabía todo sobre el asesinato y también que había sido Agatha la que había encontrado el cadáver. Había dado por supuesto que ella le llamaría, porque ansiaba conocer los detalles, pero finalmente Bill Wong se marchó y su teléfono no sonó.

Agatha llamó a Roy Silver.

–He decidido aceptar ese empleo como *freelance* para la compañía de aguas –dijo de mal humor.

Roy se moría de ganas de decirle que no lo hiciera, pero el hecho de que su jefe considerara un triunfo convencer a Agatha se lo impidió.

–Genial –dijo con frialdad–. Organizaré una reunión para ti con los directores mañana mismo.

–Supongo que habrás visto los periódicos –dijo Agatha.

–¿Por qué?

–El presidente del Consejo Parroquial de Ancombe fue hallado muerto anoche..., yo encontré el cadáver.

–¡No me digas! Eres como un buitre, Aggie. Te necesitarán más que nunca para contrarrestar la mala publicidad. ¿Fue un asesinato?

–Es posible, pero era un anciano y tal vez se cayera y se golpeará la cabeza con el pilón de piedra.

–Luego te llamo, querida, para informarte de la hora de la reunión.

–¿Con quién trataré?

–Con los codirectores, los hermanos Guy y Peter Freemont.

–¿Qué antecedentes tienen?

–Hombres de negocios de la City, especialistas en chanchullos, ya conoces el tipo.

–Muy bien, mantenme informada.

Agatha miró el reloj. Era casi la hora de comer. Decidió pasarse por el Red Lion, el pub local, y ver qué se cocía por allí. Tal vez hasta estuviera James..., aunque mejor olvidarse de ello.

Se maquilló con esmero, examinando su rostro atentamente en lo que llamaba su espejo del pánico, uno de esos que amplían la imagen. Si bien aún tenía el cutis liso en los pómulos, detectó unas arrugas como hilillos en torno a los ojos y, más feas todavía, en el labio superior. Tenía un cabello tupido y brillante y unas piernas bonitas. Su figura era un poco regordeta por los costados y tenía el cuello corto. Suspiró mientras se untaba la base cremosa sobre las arrugas y se aplicaba el lápiz de labios. Tuvo intención de aplicarse máscara de pestañas, pero al final desechó la idea. La máscara resistente al agua obligaba a dedicar más tiempo a desmaquillarse y tendía a quedarse pegada bajo los ojos durante varios días. Debería teñirse las pestañas. ¿Merecería la pena hacerse un *lifting* facial, o eso le impediría asumir el

envejecimiento con elegancia? ¿Ha envejecido alguien alguna vez con estilo o se trataba más bien de una elección entre rendirse por las buenas o morir matando?

Mientras se encaminaba hacia el pub, se abatió sobre ella una sensación de soledad y aislamiento; se preguntó, y no por primera vez, si llevaba la ciudad tan dentro que nunca sería capaz de echar raíces en un entorno rural. Aun así, todo le parecía muy hermoso y tranquilo mientras avanzaba bajo los arcos de flores. En las alturas, el cielo de los Cotswolds estaba despejado y era azul celeste. «Con este tiempo no tardarán en empezar los cortes de suministro de agua», pensó Agatha con pragmatismo.

Casi había llegado al pub cuando se dio cuenta de que se había olvidado de dar de comer a los gatos, *Hodge* y *Boswell*. Gruñó. Lo cierto es que tampoco les pasaría nada si esperaban a que volviera. No pensaba convertirse en una de esas mujeres pesadas que se ponen sentimentales con los animales.

Sin embargo, regresó a casa, dio de comer a los gatos, los dejó sueltos por el jardín y, tras considerar que ya había hecho suficiente ejercicio y tomado aire fresco de sobra por un día, se subió al coche y condujo el breve trayecto hasta el pub, donde se sumergió alegremente en su penumbra cargada de humo y olor de cerveza.

El camarero, John Fletcher, le sirvió un *gin-tonic* y luego los parroquianos se congregaron a su alrededor, ansiosos por tener noticias frescas. Siempre feliz de ser el centro de atención, Agatha describió en gruesas pinceladas el hallazgo del cadáver.

–Tal vez no sea un asesinato –acabó diciendo–, podría haberse caído.

–Seguro que fue un asesinato –dijo la señorita Simms, la secretaria de la Carsely Ladies Society y la madre soltera más conocida del pueblo–. ¡Y yo sé quién lo hizo!

–¿Quién? –preguntó Agatha.

La señorita Simms sostuvo su media pinta de cerveza contra el pecho.

–Fue Mary Owen.

–Pero qué dices –intervino Fred Griggs, el policía local, mientras se acercaba torpemente al grupo–. Mary Owen es una anciana muy agradable que no mataría una mosca.

–¿Qué edad tiene?

–Sesenta y cinco.

Agatha hizo una mueca. Ella mediaba la cincuentena y no le hacía gracia que se considerara un anciano a alguien en la sesentena.

–Puede que antes fuera agradable –dijo la señorita Simms con ganas de discutir–, pero desde que ha aparecido esa compañía de aguas, no ha parado de alborotar y quejarse. La gente puede perder el buen juicio cuando llega a ciertas edades.

–Aún no sabemos si fue un asesinato –dijo Fred–. ¿Alguien me invita a tomar algo?

–Yo misma –dijo Agatha–. ¿Bebe de servicio?

–Hoy es mi día libre. Me tomaré una pinta de Hook Norton.

–No pensaba que tuviera un día libre con una muerte reciente.

–Los detectives se ocupan del caso.

La señora Darry se acercó y se unió a ellos. Agatha le dio la espalda para excluirla del grupo, pero la señora Darry se hizo sitio igualmente.

–¿Están hablando del asesinato? –preguntó interesada.

–Tenemos otras cosas de las que hablar –contestó Agatha en un tono de voz huraño mientras pagaba la pinta del agente.

–Yo creo que lo hizo Mary Owen –repitió la señorita Simms.

–Me sorprende encontrarla aquí, señora Raisin –dijo la señora Darry–. Tomaré un Dubonnet, John. –Miró a Agatha–. Me refiero a que pensaba que habrían estado interrogándola en la comisaría.

–¿Por qué?

Agatha le clavó una mirada belicosa.

La señora Darry dejó escapar una risita maliciosa.

–Sin duda, la persona que encuentra el cadáver es siempre el principal sospechoso, ¿no?

–Eso son tonterías –dijo Fred–. La señora Raisin simplemente se topó con el cuerpo.

–Es asombrosa la cantidad de cuerpos con los que parece tropezar la señora Raisin. –La señora Darry dio un sorbito de su bebida–. Y con los que, de paso, se ha hecho una reputación. Aunque últimamente ha llevado una vida bastante tranquila, ¿no?

El rostro de Agatha se encendió de rabia.

–¿Está diciendo que voy por ahí asesinando a gente para salir en los periódicos?

La señora Darry se rio exhibiendo una frialdad escalofriante.

–No era más que una broma.

–Entonces puede coger su bromita y metérsela por su esmirriado trasero –estalló Agatha, mientras sentía en toda su intensidad la conmoción de haber encontrado el cadáver. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

–Vamos, venga conmigo –dijo la señorita Simms, que se levantó del taburete de la barra–, busquemos un rincón tranquilo lejos de esta zorra.

Agatha se sentó con ella; todavía le temblaban las rodillas.

–Lamento la escena –murmuró–. No sé qué me ha pasado, me asusté.

–¿La ha estado incordiando la prensa?

–Ahora que lo menciona, no –dijo Agatha sorprendida–. Y me pregunto por qué.

–Lo único que se decía en el *Gloucester Echo* era que el cadáver lo había encontrado una mujer de la zona.

A pesar de su disgusto, Agatha se sintió irritada. La policía podría haber dicho algo así como: «El cuerpo fue hallado por Agatha Raisin, que ha sido de gran ayuda en la resolución de asesinatos en el pasado».

–Esa señora Darry es una gata con las uñas afiladas –dijo la señorita Simms.

–Hay una en todos los pueblos –comentó Agatha en un tono de voz lúgubre–. No tendría que haberle dado pie a que se explayara.

–Mire, señora Raisin...

–Lámeme Agatha. ¿Por qué todos nos llamamos por el apellido y no nos tuteamos?

–Pues yo lo prefiero así –dijo la señorita Simms–. Es más refinado, no sé. ¿Va a investigar el caso? ¿Le ayudará el señor Lacey?

–No sé qué va hacer James y tampoco me importa –respondió Agatha–. Pero seguramente averiguaré algo más de toda esta historia porque voy a encargarme de las relaciones públicas de la nueva compañía de aguas.

–Es una pena que sea agua –dijo la señorita Simms–. Si fuera ginebra o whisky podría traernos algunas muestras gratuitas. Mi novio actual se dedica a la instalación de lavabos. Puedo conseguirle un retrete.

–Es muy amable por su parte, pero mis retretes están perfectamente. ¿Conoce a alguno de los miembros del Consejo Parroquial de Ancombe?

–La sociedad femenina dio un concierto en Ancombe cuando usted estaba de viaje en el extranjero. Unos viejos carcas. No matarían una mosca. Seguramente, al final se descubrirá que el pobre vejstorio simplemente se cayó.

La conversación fue decayendo hasta derivar en otros cotilleos del pueblo y Agatha se fue al cabo de un rato, sintiéndose mejor. En el contestador automático había un mensaje de Roy. La reunión con los dos directores de la Compañía de Aguas de Ancombe se celebraría al día siguiente, a las tres de la tarde.

Consolada por la perspectiva del trabajo y tras un largo paseo vespertino, Agatha por fin consiguió dormir bien esa noche.

## DOS

La desdicha tiene sus compensaciones. Agatha descubrió que podía ponerse una falda hecha a medida que le quedaba demasiado ceñida a la cintura la última vez que había intentado embutírsela, hacía unos meses. También se puso una blusa y una chaqueta entallada, metió un cuaderno y bolígrafos en un maletín Gucci y se dijo que ya estaba lista para su nuevo empleo.

Uno de los lujos de ser económicamente solvente, pensó, era que no le importaba demasiado si le daban el trabajo o no.

Cuando salía del pueblo se detuvo en la tienda y compró la prensa del día. Aún no decían gran cosa. Sólo unos breves en cada uno informando de que la policía proseguía sus investigaciones sobre la muerte del señor Struthers.

Condujo hasta Mircester, atravesó la ciudad y se dirigió a la zona industrial, donde se ubicaba la nueva compañía de aguas.

Su experimentada mirada se fijó en el escaso mobiliario del vestíbulo. Un sofá bajo, una mesa, revistas de papel cuché, unas plantas en macetas. Todo en buen estado, pero no parecía que hubieran invertido mucho dinero.

La recepcionista, de piel morena lisa y ojos de cierva, tenía acento jamaicano y unas hombreras dignas de un jugador de fútbol americano. Anotó el nombre de Agatha, hizo una llamada y dijo:

–La secretaria estará con usted enseguida.

«Veamos cuánto rato me tienen esperando», pensó Agatha. Los directores de las compañías de éxito no se las dan de importantes.

Al cabo de un par de minutos, entró con paso grácil una alta y esbelta versión de lady Di.

–¿Señora Raisin? Acompañeme, por favor.

Siguiendo la estela del perfume Givenchy Amarige, Agatha siguió a aquella visión por un pasillo flanqueado de despachos. No parecía oírse mucho ruido tras las puertas, así que Agatha se preguntó si estarían vacíos.

La secretaria abrió una puerta al final del pasillo con el rótulo «Sala de juntas» y se hizo a un lado para dejar pasar a Agatha.

Agatha lanzó una mirada por la sala de juntas. Mesa larga de roble, seis sillas, persianas venecianas en las dos ventanas, mesa en un rincón con una máquina de café, tazas, leche, azúcar y galletas.

–Si es tan amable de sentarse aquí, señora Raisin. –La secretaria extrajo una silla de la punta de la mesa–. ¿Café?

–Solo, por favor, y un cenicerero.

–Me temo que no tenemos cenicereros.

–Pues si voy a trabajar para ustedes, será mejor que busque uno –dijo Agatha, a la que cada vez le irritaba más el sentimiento de culpabilidad de los fumadores en los últimos tiempos.

La secretaria tenía unos grandes ojos azules ribeteados con unas pestañas negras. Un leve parpadeo de desagrado asomó a sus ojos azules, pero desapareció al instante.

–¿Cómo se llama? –preguntó Agatha.

–Portia Salmond.

–Bien, Portia, ¿vamos a hacer algo hoy o no?

–El señor Peter y el señor Guy vendrán enseguida. –Portia fue a la máquina de café y sirvió una taza para Agatha. Volvió con el café y puso delante de Agatha la taza, además de un platillo–. Puede utilizarlo hasta que encuentre un cenicerero.

La puerta del fondo de la sala se abrió y entró un hombre con la mano tendida.

–Soy Peter Freemont –dijo–. Guy vendrá dentro de unos momentos.

Peter Freemont rondaba los cuarenta, era fuerte y moreno, y el pelo negro empezaba a grisearle en las sienes. Tenía una nariz grande y carnosa y una boca pequeña, cejas pobladas y tupidas y una cabeza de buen tamaño. Su ancha figura estaba envuelta en un traje de raya fina, y sus diminutos pies en zapatos de cordones negros, como de niño. Parecía el dibujo de un hombre

pintado en un globo. Agatha tuvo la descabellada idea de que, si le ataba una cuerda alrededor de los tobillos y lo sacaba por la ventana, se alzaría flotando hacia el cielo.

Pero entonces entró Guy, el hermano, y Agatha se olvidó rápidamente de Peter. Guy Freemont era atractivo. Alto y esbelto, el cabello negro azabache, ojos muy azules, piel bronceada y cuerpo de atleta. Agatha le echó treinta y tantos. El hombre le dedicó una sonrisa tan deslumbrante que ella tuvo que fingir que buscaba algo en su maletín para disimular su turbación.

Los dos se sentaron a la mesa.

–Bien, vamos al grano. Nos han dado muy buenas referencias de usted – dijo Peter.

–Antes me gustaría saber –dijo Agatha– si esa reunión convocada por Mary Owen en el salón del ayuntamiento va a suponer algún problema. ¿Y si los vecinos deciden que no quieren la compañía de aguas?

–No pueden hacer nada –dijo Peter cogiéndose las regordetas manos cubiertas de vello negro sobre la mesa por delante de él–. El manantial brota del jardín de la señora Toynbee. La señora Toynbee es descendiente directa de la señorita Jakes, que fue la que canalizó el manantial hasta la carretera, y nos ha dado permiso.

Guy abrió una carpeta y sacó un dibujo que colocó frente a Agatha.

–Éste será el aspecto que tendrá la botella.

A Agatha le sorprendió que la etiqueta mostrara la calavera con el agua brotando de ella.

–¿No resulta un poco siniestro? –preguntó–. Sobre todo después de haberse cometido un asesinato.

–Todavía no saben con seguridad que se trate de un asesinato –contestó Guy–. Y, en cualquier caso, las calaveras y los cráneos venden bien un producto. Había una compañía tabaquera que en sus mensajes publicitarios siempre mostraba algo parecido a la forma de un cráneo y una marca de ginebra tenía otro anuncio con cubitos de hielo en un vaso con forma de calavera.

–Podría aceptarse –dijo Agatha mientras se encendía un cigarrillo– que la gente que bebe y fuma sienta cierto deseo de morir. Pero los que van por ahí bebiendo algo con tan poca sustancia como agua mineral suelen ser gente

saludable.

–Ya no –dijo Peter–. Pueden ser alcohólicos rehabilitados que todavía sienten atracción por la muerte. O hombres de negocios en una de las comidas «secas», sin licor, que tanto se han puesto de moda, o tal vez sean personas que simplemente no soportan el sabor del agua del grifo, que a menudo huele como la de piscina. Pero todos están fascinados con la muerte. Bien, ahora tenemos que organizar algún acto importante que ayude al lanzamiento de la marca. ¿Qué le parece llevarlo a cabo en una casa señorial como Blenheim Palace...?

–Dudo que acepten, dado que tienen su propia marca de agua –señaló Agatha.

–O tal vez alquilar un barco y navegar por el Támesis, con montones de famosos y alcohol a espuestas para la prensa... –sugirió Guy.

–Eso está muy visto –dijo Agatha–. Ya lo tengo, y sería una forma de ganarse al pueblo: una fiesta popular al aire libre.

–Oh, por favor –se quejó Peter–. Pasteles pringosos, mermelada casera y mujeres con vestidos de Laura Ashley de los años setenta.

–No, no, escúchenme –dijo Agatha con entusiasmo–. ¿Por qué creen ustedes que vienen los turistas a los Cotswolds?

–¿Porque es un lugar bonito? –sugirió Peter.

–No, además de eso. Los británicos son tan crédulos como los americanos. Los americanos quieren creer en los buenos tiempos de June Allyson junto a la valla de madera blanca con un pastel de manzana. Los británicos quieren revivir el sueño rural de juegos como los bolos y el croquet y el señor de la villa entregando los trofeos. Bien, sí, por lo general estos actos de pueblo son horteras, puedo asegurárselo. Pero éste se preparará para que parezca salido de una película de Merchant-Ivory.<sup>2</sup> Y contrataré a esa estrella americana del cine, Jane Harris, para que lo presente.

–¿La comunista?

–Eso no importa. Sus vídeos sobre belleza y salud se venden como churros. Y traeré también a algunos aristócratas seniles.

–Podría funcionar –dijo Guy despacio–. Pero no podemos controlar el clima. No van a venir multitudes a una idílica fiesta inglesa al aire libre si llueve a cántaros.

–En eso lleva razón, julio suele ser un mes terrible –corroboró Agatha–. Organícenla para finales de agosto, antes de que empiece el curso escolar.

Trataron de las ventajas e inconvenientes de una fiesta popular. Agatha zanjó la cuestión señalando lo obvio: iba a comercializarse como agua de Ancombe así que ¿había otro lugar más apropiado para su presentación que el propio Ancombe?

–Y una última cosa –dijo Agatha–. Esa reunión en el ayuntamiento me inquieta. Creo que deberíamos estar allí para representar a la compañía. Nos daría muy mala publicidad si acabáramos con los vecinos en nuestra contra. Ya les informaré de cuándo está previsto que se celebre la reunión.

–Guy irá con usted –contestó Peter.

En ese momento entró Portia.

–¿Qué ocurre? –preguntó Peter.

–El hombre que falleció –dijo Portia–. Murió asesinado.

–Gracias por decírnoslo.

Los dos hombres esperaron a que hubiera salido la secretaria.

–No está mal, nada mal –dijo Peter.

–No veo en qué puede convenirnos un asesinato. –Agatha los miró antes de añadir despacio–: Por supuesto, significa que habrá una numerosa presencia de los medios en esa reunión en el ayuntamiento.

–Justamente –respondió Peter–. Y, siendo la buena relaciones públicas que es, seguro que encontrará la forma de que todos nos apoyen al cien por cien. Sabe Dios que se le paga bien para que lo haga.

A Agatha no le gustó el chasquido de ese latigazo.

–Ustedes reciben lo que pagan al contratarme –dijo en un tono de voz inexpresivo–. Bien, si eso ha sido todo, caballeros...

–Ese último comentario ha sido un tanto de mal gusto, hermano –murmuró Guy cuando Agatha se hubo ido.

–A este tipo de mujeres les resbala. Son frías como el témpano.

–Aunque sexis –dijo Guy pensativo mirando fijamente a la puerta por la que acababa de salir Agatha.

Al regresar a Carsely, Agatha se encontró a la prensa esperándola delante de la puerta. Consciente de su nuevo papel, invitó a todos los periodistas a tomar algo y, después de describir cómo había encontrado el cadáver, les coló un buen anuncio para la compañía de aguas.

Cuando todos se hubieron ido, Roy Silver la llamó para preguntarle cómo había ido todo. Estaba sumamente interesado.

–Muy bien –dijo Agatha–, aunque Peter hizo un comentario desagradable sobre mis honorarios. Doy por sentado que me pagaréis la tarifa habitual, ¿no?

–Eso dije. Ya les expliqué que, si querían una relaciones públicas de calidad, eso tenía un precio.

Agatha le contó lo de la reunión prevista en el ayuntamiento.

–Más vale que vaya yo también –dijo Roy.

Una imagen del glamuroso Roy cobró forma en la mente de Agatha.

–No quiero verte ahí ni en pintura –dijo malhumorada.

–¿Quién te consiguió el empleo?

–¿Quieres que te lo devuelva?

–No era más que una broma, Aggie.

Agatha colgó.

Se dio cuenta de que, si mantenía una imagen iluminada de Guy Freemont en primer término de sus pensamientos, la imagen del rostro de James Lacey se difuminaba.

Con ánimos renovados y más energía de la que tenía desde hacía mucho tiempo, sacó su ordenador portátil y empezó a trabajar afanosamente, haciendo una lista de los nombres de los periodistas que podría atraer al lanzamiento.

Tras unas horas delante de la pantalla se desperezó y bostezó, satisfecha por el trabajo bien hecho. Corrigió lo que había escrito, lo imprimió y condujo hasta Mircester, donde dejó los papeles en recepción a la atención de los hermanos Freemont.

Regresaba a casa cruzando Mircester cuando vio a Bill Wong saliendo de comisaría. Lo llamó y paró el coche. Él se acercó.

–¿Qué hay de nuevo? –le preguntó.

–Aparca y acompáñame a tomar algo. Te contaré lo poco que sé.

Agatha aparcó y fue caminando con él hasta el George, un lúgubre pub pegado a la abadía.

–Fue un asesinato –dijo Bill cuando ambos se acomodaron–. Alguien le dio un golpe en la nuca.

–¿Y lo dejó tumbado boca arriba en el manantial?

–Sí, pero según el forense todo indica que lo asesinaron en otro sitio, lo llevaron al manantial y lo arrojaron allí.

–Pues debió de ser alguien muy fuerte, o más de uno.

–Exacto.

–¿Y crees que tuvo algo que ver con este asunto del agua?

–Desde luego, lo parece. El señor Struthers era viudo. Vivía solo. Tiene un hijo en Brighton que, se ha comprobado, estaba en esa localidad la noche del crimen. Y Struthers no tenía demasiado dinero que legar. En cualquier caso, el hijo tiene un empleo de primera en una empresa de informática y no necesita el dinero.

–¿Qué te parecen los otros miembros del consejo? La señorita Mary Owen, por ejemplo.

–Es una mujer mandona, alta, delgada y curtida. Una de esas damas que hacen buenas obras, pero no movidas por un sentimiento de caridad hacia los desfavorecidos, sino porque es el tipo de cosas que hacen las damas. Es económicamente independiente. Disfruta de un fideicomiso familiar.

–Va a hacer un discurso de protesta, o algo así. ¿Crees que tiene la suficiente personalidad para persuadir a los vecinos?

–Sí, yo diría que sí.

–Hay que fastidiarse. ¿Y los demás?

–Empezaré por los que se han manifestado en contra de la compañía de aguas. Bill Allen. Administra el vivero de Ancombe. Muy preocupado por la clase social y con un leve complejo de inferioridad. Su padre era jornalero. Así que el señor Allen apoya cuanto a su juicio es de derechas. Que restauren la horca, que se cacen zorros, que se reimponga el servicio militar obligatorio, ese tipo de cosas.

–En ese caso, una pensaría que estaría a favor de esta compañía de aguas. Manda el capitalismo, ¿no?

–Creo que la señorita Owen ha dejado caer que los hermanos Freemont no eran unos caballeros. Con eso está todo dicho. Bien, el otro que se opone es Andy Stiggs, un tendero jubilado. Tiene setenta y un años, pero se conserva fuerte y sano.

–Finalmente resultará que esa agua tiene algo.

–Pues es posible. Sea como sea, ama el pueblo y considera que los camiones que lo atravesarían para llevarse el agua profanarían la vida rural. ¿Te acuerdas del supermercado que tenía previsto abrirse en las afueras de Broadway? Fue él quien presentó una demanda en contra de la apertura.

–¿Y qué puedes decirme de los que están a favor?

–Tenemos a la señora Jane Cutler. Es una viuda acaudalada, de sesenta y cinco años, aunque no los aparenta. Se rumorea que ya se ha estirado la cara tres veces. Rubia y de buena figura. No cae demasiado bien en el pueblo, pero no sabría decirte por qué. A mí me parece encantadora. Dice que el pueblo podría ir mejor con más turismo y que el Agua de Ancombe le dará publicidad y atraerá negocio. Luego está Angela Buckley, una mujer fornida, de cuarenta y ocho años, pero todavía la llaman chica. Soltera. Ruidosa y de cara rosácea, siempre de buen humor, pero capaz de intimidar a los vecinos con sus aires de superioridad y de «yo sé lo que les conviene a los campesinos», que a ellos les revienta. Fred Shaw es el último. Electricista. Autoritario, de sesenta años; de modales agresivos, fuerte para su edad.

–Ay –dijo Agatha–. Los que están en contra parecen más agradables que los que están a favor.

–¿Y a ti qué te parecieron los Freemont?

–Peter Freemont me dio la impresión de ser el típico hombre de negocios de la City. Guy Freemont es un encanto. ¿De dónde han salido?

–Tengo entendido que poseían una empresa de importación y exportación en Hong Kong y se largaron, como todos, antes de que los chinos se hicieran con el control. ¿Qué crees, Agatha? ¿Es posible que asesinaran a alguien para conseguir publicidad?

–Yo diría que no. Más bien estoy convencida de que se trata de un asunto del pueblo y tal vez no tenga nada que ver con el agua. La gente siempre imagina que los pueblos son lugares inocentes, no como las

ciudades; pero tú ya sabes cuál es la realidad, Bill. Un montón de celos y pasiones indignas subyacen bajo la superficie. Tengo la sensación de que esto no guarda ninguna relación con el manantial.

James Lacey iba en su coche cuando vio a Agatha y Bill salir del George. Le hubiera gustado llamarlos y hablar del crimen, pero tenía que reconocer que, después de cómo había estado tratando a Agatha, difícilmente podría esperar una cálida acogida.

«Si le das la mano a Agatha se queda con tu brazo y con tu vida entera», pensó con amargura. Siguió conduciendo, aunque se sentía solo y excluido, y sabía que el único responsable de la situación era él mismo.

La reunión de protesta convocada por Mary Owen en el ayuntamiento se iba a celebrar dos semanas más tarde, cuando la policía apenas había avanzado en la investigación del asesinato. Agatha lo organizó todo de manera que Guy Freemont y ella ocuparan un sitio en el estrado y presentaran el punto de vista de la compañía.

Agatha había visitado las oficinas de la empresa en Mircester, con los esbozos que había preparado para la publicidad del agua, pero siempre se había reunido con Peter Freemont. Empezaba a preguntarse si volvería a ver a Guy, pero en su última visita, Peter le aseguró que su hermano se pasaría a buscarla antes de la reunión para que así ambos llegaran juntos.

«Tranquilízate –se dijo a sí misma Agatha con rabia–. Es veinte años más joven que tú.»

Dudaba entre si intentar parecer sexi o profesional. El sentido común acabó por imponerse la noche de la reunión, y adoptó un *look* profesional. Se puso un elegante traje de chaqueta, que combinó con unos zapatos negros de charol de tacón alto y una blusa a rayas, se cepilló el pelo recogiénoselo en un moño brillante y se pintó sus labios carnosos con un lápiz de Dior que garantizaba que permanecía intacto al besar.

Estuvo lista más de treinta minutos antes de la hora convenida con Guy para que pasara a recogerla. ¡El perfume! Se había olvidado de él. Corrió escaleras arriba y revisó la fila de frascos que se extendía encima de su

tocador. Rive Gauche. Todas se lo ponían, sobre todo después de la apertura de una tienda de precios rebajados en Evesham. ¿Champagne? Un poco frívolo. Chanel N° 5. Sí, ése serviría. Una apuesta segura.

Volvió a la planta baja y revisó el salón. El fuego de leña ardía con fuerza, revistas desplegadas sobre la mesita, bebidas en el carrito junto a la pared. ¿Hielo? Vaya, se había olvidado del hielo. Guy no tendría tiempo para tomar una copa antes de que salieran, pero, tal vez, sólo tal vez, podría volver con ella después para tomar una. Fue a la cocina, llenó las cubiteras y las metió en el congelador.

Agatha notó que le salía un grano en la frente. Intentó convencerse de que sólo eran imaginaciones suyas y subió las escaleras corriendo. Tenía la frente inmaculada, pero aun así se aplicó un poco de crema de nogal, por si acaso. La crema dejó una marca blanca redondeada sobre su base cremosa y el maquillaje. Maldijo y reparó el daño.

Cuando llamaron al timbre se sentía acalorada y exhausta. Guy Freemont estaba ante su puerta, el cabello negro brillante, impecablemente vestido y exhibiendo una sonrisa deslumbrante. Agatha se sintió una infeliz, como una adolescente en su primera cita.

El salón de actos del ayuntamiento estaba atestado. Había mucha prensa, no sólo local, sino también la Midlands TV, y algunos medios de ámbito nacional. El asesinato había situado a Ancombe en el mapa.

La señorita Mary Owen se puso en pie para dirigirse a los presentes. Tenía una voz aguda y autoritaria, y modales imperiosos. Llevaba un vestido estampado con el dobladillo caído, pero lucía un delicado collar de perlas en el cuello.

–Me he manifestado en contra de la venta de agua desde el principio. Es un auténtico desastre. Es la profanación de una de las cualidades más famosas de los Cotswolds, algo que por derecho pertenece a los vecinos de Ancombe. Ya habrán escuchado las quejas, ¿no?, sobre cómo los forasteros están acabando con la vida tal como era en nuestros pueblos. –Agatha se removió incómoda–. No creo que el agua deba venderse sin el permiso de los vecinos. Propongo que lo sometamos a votación aquí y ahora.

«Oh, no –pensó Agatha–, no antes de que me hayan escuchado.» Estaba a punto de ponerse en pie cuando una mujer del público se levantó.

–Es mi agua –dijo.

–Venga aquí y oigamos lo que tenga que decir –gritó Agatha aliviada por la distracción.

Ayudaron a la mujer a subir al estrado. La señorita Owen le lanzó una mirada de repugnancia, pero le cedió el micrófono.

–¿Quién es usted? –preguntó Agatha bajando el micrófono para ajustarlo a la altura de la recién llegada.

–Soy la señora Toynbee y el manantial está en mi jardín.

La señora Toynbee era una mujer pequeña, «blanda», casi como una nube de malvavisco, pero no estaba gorda. Tenía el pelo plateado y le formaba una aureola alrededor de la cabeza. La cara era del tipo que los novelistas románticos describirían como con forma de corazón. Tenía unos grandes ojos azul celeste y pestañas rubias. Su pecho fofo estaba cubierto por un suéter de noche que relucía, casi blanco gracias a las lentejuelas plateadas, y se extendía sobre una falda larga con motivos florales. Agatha calculó que debía de rondar los cuarenta y tantos, pero cuando la mujer empezó a hablar su voz sonó clara, con un ceceo casi infantil.

–Como todos ustedes saben –dijo–, soy la señora Robina Toynbee y he pasado una mala época desde que mi Arthur falleció. –Hizo una pausa y se dio unos cuidadosos toquecitos en cada ojo con un pequeño pañuelo con los bordes de encaje. Agatha, que era una mujer que usaba exclusivamente clínex de tamaño masculino, se maravilló al descubrir que todavía hubiera en el mercado pañuelos de encaje–. Soy la poseedora de los derechos del agua –prosiguió Robina Toynbee.

–Pero la fuente real ¡queda fuera de su jardín! –exclamó Mary Owen poniéndose en pie de un salto.

Robina Toynbee le lanzó una mirada dolida y negó con la cabeza.

–Si eso le molesta, tengo derecho a impedir el paso del manantial y puedo llevarme el agua de mi jardín.

–Demasiado complicado –le susurró Guy al oído a Agatha–. Necesitamos la calavera para las etiquetas.

Agatha se adelantó.

–Si me permite decir unas palabras, querida.

Apartó a Robina Toynbee del micrófono.

–A lo mejor puedo darles una explicación –contestó Agatha. Sus ojos se dirigieron hacia el fondo de la sala, donde estaba James con los brazos cruzados. Agatha sacudió levemente la cabeza, como si quisiera sacárselo de ella. Ordenó mentalmente sus datos y cifras y procedió a bombardear al público–. La compañía paga a la señora Toynbee por el agua, en efecto, pero también dona una generosa suma anual al Consejo Parroquial que, imagino, si se acepta, se invertirá en la edificación de un nuevo salón de actos. Sí, la publicidad atraerá turistas al pueblo, pero los turistas supondrán más negocio para las tiendas. Desde las siete de la mañana de cada día hasta la mañana siguiente, el manantial pertenecerá a los vecinos, como siempre.

Bill Wong se recostó en la silla y sonrió con admiración. Era agradable ver que Agatha Raisin había recuperado la forma. Bill había estado preocupado por ella desde su ruptura con James.

–Aguarde un momento –gritó Andy Stiggs–. Yo la conozco, señora Raisin. Usted es una de esas forasteras, una de esas que están arruinando el verdadero espíritu de nuestro pueblo.

–Si no fuera por los forasteros ustedes no tendrían ningún espíritu que valga –dijo Agatha–. Esos *cottages* que hay en la zona baja del pueblo, ¿qué me dice de ellos? Estuvieron descuidados y abandonados durante años. Entonces, algún promotor con iniciativa los reformó y los restauró. ¿Y quiénes los compraron? Forasteros. ¿Quiénes hicieron que los jardines volvieran a resurgir? Forasteros.

–Eso era porque la gente de aquí no podía pagar esos precios –replicó Andy entre resuellos.

–¿Se refiere a que todos estaban arruinados como usted, la señorita Owen y el señor Bill Allen?

Agatha hizo un guiño al público y estalló una carcajada general.

–No puedo permitir y no permitiré que se digan cosas así.

Bill Allen, el dueño del vivero, se levantó y se situó ante el micrófono. Llevaba una chaqueta de montar, calzones cortos, calcetines gris verdosos y zapatos de cuero. Un genuino farsante, pensó Agatha, mientras escuchaba su forma de hablar estrangulando afectadamente las vocales.

Empezó a leer de una gavilla de papeles. Los presentes en el salón no tardaron en percatarse de que se había preparado un discurso. Una nube de aburrimiento se abatió sobre el local. Agatha empezó a desesperarse. Quería que la reunión acabara en un punto alto, con emoción. Pero ¿cómo hacer callar a aquel individuo?

Garabateó algo en un trozo de papel y se lo pasó a Bill Allen. Él lo leyó, se puso rojo como un tomate y abandonó abruptamente el estrado.

Alegremente, Agatha ocupó su lugar:

–La otra cosa que quería contarles es que, para el lanzamiento comercial de la nueva agua embotellada, celebraremos una espléndida fiesta al aire libre aquí mismo, en Ancombe, una gran fiesta popular a la antigua. Sí, traeremos a estrellas de cine y gente famosa, pero quiero pedirles que monten sus puestos de venta de siempre, con su mermelada casera, sus dulces y todo lo demás, y habrá juegos para los niños. Será una fiesta que hará olvidar todas las anteriores. También vendrá la televisión, por descontado, y mostraremos al mundo cuál es el verdadero Ancombe, ¿verdad?

Sonrió risueña al público y sus palabras fueron recibidas con una cerrada ovación.

Cuando se realizó la votación, los vecinos se mostraron abrumadoramente a favor de la compañía de aguas. Muchos de ellos pertenecían al grupo de forasteros que Andy Stiggs había despreciado.

De repente, Agatha vio cómo los consejeros que estaban a favor de la compañía le estrechaban cálidamente la mano: Jane Cutler, Fred Shaw y Angela Buckley. Esta última, una mujer corpulenta, le dio una palmada de felicitación tan contundente entre los omoplatos que casi la hace caer del estrado.

–Misión cumplida –susurró Guy a Agatha en el oído–. Salgamos de aquí.

Fuera del salón, Guy rodeó a Agatha con los brazos.

–Lo has hecho maravillosamente –dijo.

Le dio un beso en la boca. Agatha retrocedió y le miró fijamente. Era increíblemente atractivo y ella había sentido un estremecimiento cuando la besó. Dejó escapar un leve suspiro de tristeza. Nunca le había gustado la idea de tener un jovencito como amante. Más valía envejecer con estilo.

–¿Qué escribiste en la nota que le pasaste al pesado insufrible para que se bajara así del estrado? –preguntó Guy.

–Le dije que tenía la bragueta bajada.

–Esa es mi chica. Vayamos a tomar algo.

Agatha se sintió repentinamente reacia a invitarlo a casa.

–Vamos a mi barrio.

El Red Lion estaba atestado. La primera persona a la que vio Agatha fue a James Lacey, que estaba en la barra. Al ver su figura alta y delgada, su pelo negro que griseaba y su apuesto rostro, sintió que se le hacía un nudo en el estómago. Una pareja se marchaba de una mesa junto a la ventana, alejada de la barra.

–Sentémonos ahí –dijo Guy–. ¿Qué te apetece tomar? Ya lo sé. Veamos si tienen champán.

Agatha estaba a punto de protestar, de decir que se daría por satisfecha con un *gin-tonic*, pero al ver que James la miraba, sonrió a Guy y dijo:

–¡Qué buena idea!

Guy regresó a la mesa y, al cabo de un momento, apareció el dueño, John Fletcher, con una botella y una cubitera. El chasquido del corcho fue un sonido festivo. Varios parroquianos se acercaron a felicitar a Agatha por su discurso en el ayuntamiento. James se quedó en compañía de la señora Darry.

Agatha no podía sentir el menor interés por aquel joven, pensó él con amargura. Estaba quedando como una boba, sentándose con él, bebiendo champán y coqueteando. ¡Más le valdría recordar la edad que tenía! Se moría de ganas de hablar con ella sobre el asesinato, pero no sabía cómo romper el hielo que él había creado deliberadamente.

Habló tan educadamente como le fue posible con la señora Darry y luego, bruscamente, se fue del pub.

Una hora más tarde, oyó un coche que se detenía delante del *cottage* de Agatha. Corrió a la pequeña ventana del rellano de la primera planta que daba a la casa de Agatha. Ella abrió la puerta del coche. Guy Freemont estaba al volante. James lo veía con claridad gracias a la luz que se encendió en el

interior del vehículo al abrir la puerta. Guy puso la mano en el brazo de Agatha y dijo algo. Vio que ésta sonreía y respondía. Luego ella entró en el *cottage* y Guy se fue en su coche. Al menos no la había acompañado dentro.

James se pasó el día siguiente esperando que Agatha lo llamara para proponerle que investigaran el asesinato juntos, pero nadie llamó. Salió y fue a comprar la prensa. La local había dedicado mucho espacio a la reunión e incluso recogía una fotografía de Agatha en la primera plana del *Cotswold Journal*, pero en la prensa nacional apenas aparecían breves notas.

James empezaba a sentirse inquieto y aburrido. Decidió que investigaría el asesinato por su cuenta.

Tras varios intentos, consiguió hablar con Bill Wong por teléfono, y al enterarse de que esa tarde libraba, le invitó a cenar. Bill aceptó. Su amada Sharon había dicho que tenía que lavarse la cabeza.

James había elegido un restaurante chino recién inaugurado. El restaurante era tranquilo, y la comida, buena.

–Este asesinato me fascina –dijo James–. ¿Alguna idea de quién lo hizo?

–De momento estamos husmeando en los antecedentes y comprobando todos los movimientos. Uno pensaría que alguien podría haber visto cómo arrojaban el cadáver al manantial, oír un coche o algo así, pero hasta ahora nada de nada. Es curioso verte aquí sentado e interesado por un caso. Como en los viejos tiempos... con la salvedad de que Agatha no está contigo.

–Supongo que está demasiado ocupada con su nuevo empleo –dijo James inexpresivamente.

–¿Es eso lo que ha dicho ella?

–No lo sé. No hemos hablado.

–¿Por qué?

–Prefiero no tocar el tema de Agatha, la verdad. Bill, ¿crees que lo hizo alguno de los miembros del consejo?

–Son gente demasiado respetable –se lamentó Bill–. Aun así, nunca se sabe. Es asombroso lo que se descubre sobre las personas en cuanto se empieza a hurgar en su pasado. No puedo contarte lo que hemos descubierto

hasta ahora porque es información confidencial. Si quieres enterarte de algo más, tendrás que fisgonear por tu cuenta, siempre que no interfieras en el trabajo de la policía.

–No me fío de la compañía de aguas –dijo James–. No me cae bien el joven, Guy Freemont.

Los ojos de Bill se arrugaron al sonreír.

–Ya; no, no te cae nada bien.

–No seas ridículo. No estoy celoso.

–Si tú lo dices...

–¿Quiénes son? ¿De dónde han salido los hermanos Freemont?

–Tenían una empresa de importación y exportación en Hong Kong.

–Ah, ¿sí? ¿De drogas?

–No, de ropa. Ropa barata que mandaban fuera y ropa cara que llevaban a la colonia, para los ricos.

–Seguro que tenían fábricas donde explotaban mano de obra barata.

–¿Seguro que no estás celoso? Hasta ahora no hemos encontrado nada que los incrimine. Amasaron una fortuna en Hong Kong, todo legal, y volvieron a Gran Bretaña hace poco, antes de que la colonia pasara a manos chinas. En todo caso, seguimos investigando.

–¿Por qué invierten en agua? ¿Y por qué en Ancombe?

–Peter Freemont comentó que se fijó casualmente en el manantial durante un fin de semana que pasó en los Cotswolds y pensó que una compañía de agua mineral podría ser una buena idea.

–¿Y ésa es razón suficiente para cargarse a alguien que podría haberse opuesto a sus planes?

–No puede decirse que sea una buena publicidad.

–Ha hecho que el nombre de Agua de Ancombe salga en la prensa.

–Sin duda. Pero, como te decía, no es precisamente publicidad positiva. A cualquiera que compre esa agua le vendrá a la mente el cadáver que se encontró en ella, con la cabeza metida en el pilón y la vívida descripción de nuestra Agatha en los periódicos de la sangre arremolinándose a la luz de la luna. Creo que puedes ir olvidándote de ellos. ¿Por qué no le preguntas a Agatha? A estas alturas ya debe de conocerlos bastante bien.

–Ya te lo he dicho. Por primera vez en su vida, Agatha parece demasiado ocupada para concentrarse en un asesinato.

Mientras Bill y James cenaban, Agatha compartía una agradable cena con Guy Freemont. Él la animó a hablar de sí misma, elogió su capacidad para las relaciones públicas y le preguntó qué hacía una «chica de ciudad» como ella enterrada en los Cotswolds.

–A veces yo también me lo pregunto –dijo Agatha con tristeza–. Pero una se acostumbra a la vida segura, la vida adormecida, y es un lugar muy hermoso, sobre todo en esta época del año. Se ve belleza allá donde se mire. ¿Te has fijado en la glicinia malva de Broadway? Las flores son espléndidas. Es una maravilla que no provoque accidentes con la cantidad de conductores que reducen la marcha para verlas mejor.

–Pero ¿no echa de menos la vida emocionante de Londres?

–Londres ha cambiado muy deprisa. La última vez que me pasé por allí, comí en un restaurante de Goodge Street y luego di un paseo por Tottenham Court Road para coger el metro hacia la Central Line. Había mendigos y drogadictos en todo el trayecto y fardos informes de ropa amontonados en las puertas. Cuando hice transbordo en Notting Hill para coger la Circle Line en dirección a Paddington, un individuo, borracho como una cuba, intentó arrojar a las vías. Un hombre corpulento lo agarró justo a tiempo y lo subió por las escaleras mecánicas hasta entregárselo al revisor. Al llegar arriba, el potencial suicida logró zafarse, saltó el torno de entrada y desapareció en la noche. El que le había rescatado le dijo al revisor: «¡Ese hombre acaba de intentar tirarse a las vías delante de un tren!». El revisor se encogió de hombros, hastiado. No hizo absolutamente nada. Me alegré de volver aquí. Ya no pertenezco a Londres. Puede llegar a ser un lugar muy solitario.

Él la cogió de la mano y se la apretó con calidez.

–¿Hay alguien en tu vida?

–Nadie de quien me apetezca hablar –dijo Agatha mientras Guy le acariciaba la palma de la mano con el pulgar.

La cabeza de Agatha se disparó. «No puede ser que esté haciendo esto – pensó frenéticamente–. Soy demasiado mayor. No tengo estrías, pero sí michelines y mis pechos ya no están tan enhiestos como antes.»

Cuando él la llevó de vuelta a casa en coche, se detuvo delante del *cottage* y, después de inclinarse, le dio un apasionado beso en la boca. Agatha parpadeó, aturdida y conmovida.

–Voy a estar en Londres unos días –dijo él en voz baja–. Te llamaré cuando vuelva. Has estado trabajando como una mula. ¿Por qué no te tomas unos días libres y te relajas?

–Sí, lo haré –contestó Agatha con voz ronca.

Entró en su casa y se quedó en el recibidor; le temblaban las rodillas.

«Eres patética», se dijo con rabia. Se miró en el espejo del recibidor las arrugas en torno a la boca y en el cuello.

Sonó el teléfono, sobresaltándola. Era Bill Wong.

–¿Has salido? –le preguntó.

–Sí, Bill. He cenado con Guy Freemont. ¿Ya habéis detenido a alguien por el asesinato?

–Todavía no. Yo he cenado con James Lacey.

Agatha calló.

–¿Y?

–Y parece resuelto a jugar a sabueso aficionado otra vez.

–No irá muy lejos sin mí.

–Él supone que estás demasiado ocupada para que te interese.

–Tiene toda la razón. Para que me interese el asesinato, y para que me interese él.

–Si, por otra parte, te enteras de algo, mantenme informado, Agatha. Estamos en un callejón sin salida.

A continuación, Agatha le preguntó por su novia, sus padres, y al cabo de unos minutos de charla, colgó.

Tenía unos días libres. No soportaba la idea de que James averiguara algo por su cuenta y se llevara toda la gloria. No le haría ningún daño si se pasaba a ver a algunos de los consejeros de la parroquia por la mañana, sólo para comprobar si podía enterarse de algo de interés.

## TRES

Agatha decidió empezar por una de las consejeras partidarias de la compañía de aguas. De esa forma, le resultaría más fácil sonsacarles algo. Buscó a la señora Jane Cutler en la guía telefónica y anotó su dirección. Dudó si llamar primero, pero al final decidió que sería una buena táctica presentarse sin avisar ante su puerta.

La señora Cutler vivía en Wisteria Cottage, en Ancombe, cerca de la iglesia. En Wisteria Cottage resultó no haber ni una glicinia<sup>3</sup> a la vista, ni siquiera era un *cottage*. Se trataba de un moderno bungalow con cristales dobles en las ventanas y cortinas fruncidas. El césped era un cuadrado riguroso de hierba verde rodeado por flores tan ordenadas que parecían haber sido medidas con precisión para que mantuvieran una separación de diez centímetros entre ellas, ni uno más ni uno menos.

Agatha sabía que la señora Cutler tenía sesenta y cinco años y no los aparentaba, pero aun así le sorprendió el aspecto de la mujer que le abrió la puerta y que le confirmó que, en efecto, era la señora Cutler.

Jane Cutler tenía un cabello tan bien teñido de rubio que debía de haberle costado un dineral, su cutis era liso y su figura, espléndida. Sólo los ojos se veían envejecidos y vigilantes, y las muñecas y los tobillos delataban el aspecto frágil y quebradizo de la vejez. Ningún cirujano plástico había descubierto todavía el método de rejuvenecer los ojos. Ciertamente, debía de ser una mujer muy rica, pensó Agatha, mientras la seguía al interior de la vivienda. Tener ese aspecto costaba una fortuna. Llevaba puesto un vestido de punto de lana de tono dorado oscuro con un colorista pañuelo Hermès en el cuello.

–Me alegro mucho de verla, señora Raisin –dijo–. ¡Menudo lío se ha montado por un poco de agua! Iré a por una taza de café. No tardo nada.

Agatha contempló el salón, amueblado con piezas estilo *Bastard Country House*, del siglo XVIII. Había cuadros con escenas de caza en la pared, sofás con tela de *chintz* estampada, y un caro fuego de imitación en el que las llamas de gas parpadeaban entre leña falsa; sobre la mesita se veían ejemplares de *Country Life* y *The Lady*, se extendían esteras orientales muy nuevas sobre la alfombra de pelo fino confeccionada a medida.

Al cabo de un momento, reapareció Jane Cutler con café y galletas en una bandeja. Agatha pensó maliciosamente que con el dinero que se había gastado en mantener su aspecto, Jane Cutler podría haberse comprado una auténtica mansión señorial. Después de que le sirviera el café, Agatha dijo:

–No entiendo por qué algunos de los consejeros se oponían a la compañía de aguas. Tanto alboroto por nada.

–Oh, ya sabe usted cómo puede llegar ser la gente de pueblo –dijo la señora Cutler–. Estrecha de miras. Pero yo siempre he tenido una perspectiva más amplia. Y a mi juicio, este negocio de la compañía de aguas es una excelente idea. Entiendo por qué trabaja para ellos. Supongo que las personas como usted tienen que seguir ganando dinero, sin importar los años que cumplan.

–Yo... –empezó a decir Agatha con rabia.

–Coja una galleta. Obviamente es una mujer sensata y no deben de preocuparle todas esas tonterías de la dieta.

«Ahora sé por qué no le cae bien a los demás», pensó Agatha, sintiendo que le apretaba el cinturón y preguntándose una vez más si se podía sufrir un ataque psicósomático instantáneo que te engordara.

–No dejo de pensar –se aventuró a decir Agatha, sin querer llegar a los insultos– que ese espantoso asesinato pudo estar relacionado de algún modo con las disputas sobre el agua. Quiero decir, ¿por qué iba a querer nadie acabar con la vida de un hombre tan agradable como el señor Struthers?

Una risa alegre.

–Querida señora Raisin, ¿quién le ha contado la disparatada idea de que el señor Struthers era un hombre agradable?

–Me refiero –dijo Agatha, que casi se había quedado sin palabras– a que seguramente él no tenía nada tan terrible como para que alguien quisiera asesinarlo.

–Esto..., tal vez no debería decirlo, pero...

Agatha aguardó con paciencia, convencida de que nada impediría que la señora Cutler se abstuviera de decir una maldad sobre otra persona.

–Mire, el señor Struthers era el dueño del prado para caballos que limita con las tierras del padre de Angela Buckley. ¿Conoce a nuestra Angela? Un gran monstruo robusto. Con grandes y fuertes manos. Bien, los Buckley querían comprar el prado. Créame, querida, la codicia de tierras es una adicción peor que la bebida o las drogas o –su mirada recorrió de arriba abajo la figura de Agatha– el chocolate. En la última reunión del consejo hubo una escena bastante violenta y no precisamente por el agua. Angela dijo que el señor Struthers nunca utilizó ese prado, que era una tierra desperdiciada y que la única razón por la que no vendía era por despecho. La respuesta del señor Struthers fue que no le sorprendía que no se hubiera casado porque era una bruja, como tampoco se extrañaba de que Percy Cutler la hubiera plantado ante el altar, ¡y entonces Angela lo abofeteó! Querida, ¡tuvimos que apartarla y quitársela de encima!

–Cutler –dijo Angela despacio–. ¿Percy Cutler? ¿Su hijo?

–No, mi difunto esposo.

–Pero...

–Oh, había una diferencia de edad importante, lo reconozco, pero ¿qué importa eso si el amor es verdadero? Cuando el pobre Percy murió de cáncer, esa zorra de Angela dijo que yo ya sabía que tenía cáncer y que me había casado con él para quedarme con su dinero.

–Qué espanto –dijo Agatha en voz baja.

–Le hice ver que el hombre con el que estuve casada antes de Percy, mi Charles, era muy rico y que yo no tenía ninguna necesidad de volver a casarme por dinero.

–¿Cuántas veces se ha casado? –le espetó Agatha.

–Sólo tres.

–¿Y de qué murieron sus dos primeros maridos?

–De cáncer. Es muy triste. Les cuidé a los tres con devoción.

Podría considerarse un nuevo método de cazar fortunas, pensó Agatha: casarse con un hombre enfermo de cáncer y que no vivirá mucho.

–Así que usted cree –dijo en voz alta– que tal vez Angela o su padre pudieron haber asesinado al señor Struthers. Pero ¿por qué razón? ¿Cómo iban a conseguir las tierras si lo mataban?

–Porque el hijo, Jeffrey, nunca se llevó bien con el padre. Siempre estaba incordiando a su padre para que les vendiera la tierra. Así la conseguirán ahora.

Se hizo un silencio mientras Agatha digería esa información.

–¿Y alguien más se la tenía jurada al viejo Struthers?

–Bueno, todo el mundo sabe lo de Andy Stiggs.

–Yo no –contestó Agatha con vehemencia.

–Claro, usted es una forastera, de... ¿de dónde? ¿De Birmingham tal vez?

Agatha se ruborizó de rabia. Se había criado en un barrio pobre de Birmingham y había hecho cuanto estuvo en su mano con su acento y su ropa para enterrar definitivamente ese pasado.

–De Londres –le espetó.

–¿De verdad? Habría jurado detectar cierto acento del norte. En cualquier caso, la difunta señora Struthers, en una época tan remota que ni Dios había nacido, era la belleza local de Ancombe. No llegué a conocerla. Una de esas criaturas desaliñadas, de risa escandalosa, ya sabe, del tipo que una se encuentra sentada en un taburete de un bar de carretera, con las faldas levantadas, riéndose como una loca entre sorbo y sorbo de una de esas bebidas que sirven con un parasol de papel dentro de la copa. Andy Stiggs estaba apasionadamente enamorado de ella y juró que Robert Struthers la había seducido.

–Así que ¿todos sabían cuál sería el sentido del voto del señor Struthers?

–Oh, ¿y a quién le importa? Todos nos hartamos de él, porque no paraba de asentir con su estúpida cabeza y repetir: «Tomaré una decisión cuando llegue el momento». Y ahora, si me disculpa, tengo que cambiarme. Estoy esperando la visita de un caballero.

Abrumada por todos esos cotilleos, Agatha salió de la casa. Se subió al coche y estaba a punto de marcharse cuando de repente la asaltó la curiosidad de ver al caballero que acudía a visitarla. Condujo hasta el extremo de la calle

y aparcó bajo un lilo desde donde todavía gozaba de una buena vista de la puerta delantera de Jane Cutler.

Esperó y esperó; al cabo de tres cuartos de hora, cuando ya empezaba a pensar que Jane se había inventado un visitante de ficción para librarse de ella, vio un coche que le resultó familiar deteniéndose delante de la casa. Del vehículo se apeó una figura no menos familiar: ¡James Lacey!

La mano de Agatha se crispó enfurecida alrededor del volante. ¡Así que él también había empezado a investigar!

Recorrió en el coche la calle del pueblo, se detuvo en la papelería, preguntó la dirección de la granja de los Buckley y se encamino hacia allí.

Agatha recelaba de las granjas; siempre había pensando que estaban llenas de ganado del que ella nada sabía y de perros que mordían. Pero la granja parecía más bien una mansión rural, pues era un edificio de estilo georgiano de cuatro plantas, bien conservado.

La puerta estaba abierta. Le llegó el sonido de voces desde el interior.

–¡Hola! –gritó Agatha.

Las voces callaron, luego oyó el sonido de una silla arrastrarse hacia atrás, seguido por pisadas de botas.

Apareció Angela Buckley.

–Es nuestra heroína –exclamó–. Pase.

Agatha la siguió a una cocina con el suelo enlosado. Había tres hombres sentados a la mesa con tazas de té.

–Le presento a mi padre –dijo Angela ladeando la cabeza hacia un hombre de pelo cano–, y éstos son Joe y Ben, trabajan para nosotros. Siéntese y tómese un café. Joe y Ben ya se iban a trabajar.

El granjero recogió una gorra del respaldo de la silla y se la ajustó a la cabeza.

–La vi anoche, señora Raisin –dijo–. Los puso en su sitio.

Salió seguido por los otros dos hombres. Angela y Agatha se sentaron a la mesa.

–Acabo de ver a Jane Cutler –dijo Agatha.

–Oh, ese pedazo de estiércol con flequillo. ¿Y por qué fue a verla?

Agatha optó por ir al grano.

–Quería ver si podía averiguar algo sobre el asesinato.

–¿Y qué relación tiene usted con el crimen? Eso es un asunto de la policía.

–Pero la compañía de aguas para la que trabajo está muy interesada en que el asesinato se aclare cuanto antes.

–¿Y qué pudo contarle esa zorra decrepita?

–Vino a decir, más o menos, que fue usted quien lo hizo.

–A esa mujer no se le acaba el veneno ni queriendo. Se ha hecho tantos estiramientos de cara y la piel le ha quedado tan tirante que cada vez que abre la boca también se le abre el agujero del culo. ¿Qué motivo tendría yo para asesinar al viejo Struthers?

–El prado para caballos.

–Oh, eso. Ha acabado convirtiéndose en una especie de chiste privado. Él solía decir: «Tendrás que esperar hasta que muera». Ay, Dios. ¿No le parece espantoso?

–Pero ¿no lo decía en serio?

–Iba por épocas. Él no necesitaba ese prado, y era testarudo como una mula. Pero lo cierto es que se pasaba por aquí con frecuencia. Éramos amigos.

–Entonces ¿quién pudo hacerlo? ¿No sería para impedir que votara a favor o en contra? ¿Alguno de ustedes sabía cuál era su intención de voto?

–No, le divertía tomarnos el pelo.

–¿Y qué me dice de Mary Owen? Hábleme de ella.

–Siempre quiso presidir el Consejo Parroquial pero no la dejábamos. Es una mandona. Creo que, a su modo, fue ella la que nos mantuvo unidos, pese a nuestras diferencias. Todos la detestamos.

Agatha se planteó sacar a colación el tema del difunto Percy Cutler, pero optó por no hacerlo. Su propio corazón roto por James la había vuelto especialmente sensible con los sentimientos de otras mujeres.

–Siempre discutíamos sobre esto o aquello –decía Angela–, pero todo acababa por olvidarse al cabo de un tiempo. –Miró a Agatha y su cara redondeada y curtida por el clima se endureció de repente–. Olvídese de esa investigación de asesinato de aficionada. Lo único que conseguirá será remover un montón de porquería..., y podría salir mal parada.

–¿Es eso una advertencia? –preguntó Agatha mientras recogía su bolso.

–Sí, lo es. Una advertencia amistosa.

Agatha se despidió y se dirigió hacia donde había dejado estacionado el coche en la granja. Al salir en el automóvil, miró por el retrovisor. Angela la observaba, con los brazos en jarras, mientras se alejaba. La expresión de su rostro era torva.

Agatha regresó a su casa, llamó a Bill Wong y le contó ambas conversaciones, las que había mantenido primero con Jane Cutler y después con Angela. Bill gruñó:

–Esto abre un nuevo campo de investigación muy caótico. Mantenme al tanto de cuanto vayas descubriendo.

–¿Cómo? ¿No me avisas para que no interfiera?

–En este caso, necesito toda la ayuda que puedan proporcionarme.

James Lacey llamó a Bill Wong más tarde.

–Para empezar, fui a ver a la señora Cutler –dijo–. Me temo que ahí no tenemos nada. Según ella, los miembros del Consejo Parroquial de Ancombe se tienen en una gran estima unos a otros. Lo cierto es que me pareció una mujer encantadora.

–No es eso lo que averiguó nuestra Agatha –contestó Bill alegremente.

Siguió un breve silencio y a continuación James preguntó:

–¿A qué te refieres?

Bill repitió lo que Agatha le había contado.

–La señora Cutler no me dijo nada de eso –se quejó James.

–Seguramente se reserva los buenos modales para nosotros, los caballeros. A mí también me pareció encantadora. Tendrías que unirte a Agatha.

–Me lo pensaré –respondió James secamente.

Pero tardó varios días en pensárselo y, para entonces, Guy Freemont había llamado a Agatha y la había invitado a cenar.

–Me temo que esta noche estoy ocupada, James –dijo Agatha mientras se percataba con irritación de que le temblaba la mano con la que sostenía el teléfono–. Tengo una cita para cenar.

–Oh, bueno, ¿y si me paso a verte un momento esta tarde?

–Esta tarde tengo un compromiso –contestó Agatha–. ¿Sabes qué? Ya te llamaré. Adiós.

Agatha se sentó en las escaleras. ¿Por qué, ay, por qué James había decidido ponerse en contacto con ella precisamente cuando había quedado para cenar con Guy y concertado una cita con una esteticista en Evesham para esa tarde?

James tenía la misma edad que ella, y si hubiera salido con él, en ese momento no iría corriendo a la esteticista a que le pusiera electrodos en la cara y el cuello para intentar reducir sus arrugas.

Ésas eran las consecuencias de salir con un hombre mucho más joven, y además apuesto. De algún modo, con el trabajo para la compañía de aguas y con la perspectiva de salir con Guy, no había pensado demasiado en el asesinato, ni había investigado a fondo.

Pero el brillo de esa cita con Guy se había empañado, y la Agatha que condujo hasta Evesham era una mujer taciturna. Había buscado una esteticista en las Páginas Amarillas.

Evesham era un pueblo extraño, pensó Agatha mientras subía una estrecha escalera hacia el establecimiento de belleza. Había muchas tiendas cerradas, y los tablones que tapiaban las fachadas de los edificios abandonados habían sido decorados por un artista local con reproducciones de las antiguas tiendas del pueblo. Si eso seguía así, Evesham no tardaría en convertirse en un pueblo pintado. Sin tiendas. Y, pese a todo, ahí estaba esa esteticista que parecía tener lo último en tratamientos de belleza y, en la misma calle, un almacén hacía su agosto vendiendo perfume francés rebajado. Tendría que haber sido un pueblo próspero y lleno de vida, con mucho tráfico y muchas casas de nueva construcción. Pero había bastante gente en el paro, gente que no parecía muy interesada en dejar de cobrar el subsidio. Una empresa local de empaquetado de fruta contrataba trabajadores de Gales porque los locales no querían esos empleos.

Agatha abrió la puerta de la esteticista y entró.

La mujer, una tal Rosemary, resultó ser acogedoramente maternal y nada amenazante. Agatha, que había esperado toparse con una criatura anoréxica que la haría sentirse fea y avejentada, empezó a relajarse.

Y así se mantuvo hasta que le sujetó los electrodos a la cara y el cuello y accionó el interruptor.

–Menos mal que sé que esto es un tratamiento de belleza –murmuró Agatha–. Si estuviera en una comisaría de un estado totalitario, creería que es un método de tortura y les diría de todo. –Pese a ello reservó nueve visitas más.

Por si acaso, hizo que le repasara las cejas y le tiñese las pestañas. Bajó las escaleras y recorrió High Street mirando con los ojos entornados y de soslayo su reflejo en los escaparates de las tiendas para comprobar si parecía más joven.

Le pareció que tardaba siglos en volver a casa porque se había olvidado de las obras de la circunvalación de Broadway y de los semáforos de Fish Hill. La circunvalación sin duda sería un beneficio para Broadway ya que evitaría el acceso a la ciudad de los inmensos y traqueteantes camiones que estremecían a diario los edificios antiguos del pueblo, pero aun así causaba tristeza ver que habían talado los árboles de Fish Hill para abrir paso a la nueva carretera, y que la tierra donde hasta hacía muy poco habían pastado tranquilamente las ovejas estaba ahora asolada.

Al llegar a casa, empezó con los largos preparativos que requiere cualquier mujer de mediana edad que se dispone a salir con un hombre más joven, aunque se recordaba una y otra vez que no se trataba más que de una relación profesional.

Una vez hubo acabado de aplicarse la última capa de maquillaje y preguntándose delante del espejo si el vestido escotado rojo de lana resultaba demasiado chillón, sintió una punzada de dolor. En lugar de estar pasando por todo eso, podría haber estado comentando el caso con James, tendiendo puentes, recuperando la antigua calidez y cercanía.

Cuando Guy se presentó para recogerla, había perdido todo interés por él.

Guy condujo hasta Oxford, estacionó el vehículo en el aparcamiento subterráneo en Gloucester Green y la llevó a un restaurante francés. Resultó ser uno de esos locales con una carta deliciosa pero una comida abominable. Una buena forma de hacer régimen, se dijo Agatha, sería disfrutar de la prosa de la carta y luego no pedir nada.

Agatha optó por la pechuga de pato rellena de espinacas sobre un lecho de rúcula tibia, que se tradujo en un pedazo de goma rellena de materia vegetal en descomposición; además, la rúcula debía de ser el vegetal más sobrevalorado del mundo. A Agatha siempre le supo a malas hierbas.

Hablaron sobre diversos periodistas y de quiénes mostrarían una mejor predisposición a dar una buena imagen de la empresa. Agatha ya había concertado con algunos periodistas varios almuerzos en Londres. Por su parte, Guy dijo que en un par de días estarían listos los nuevos folletos comerciales en color y que se los llevaría a casa, así ella se ahorraría un viaje a Mircester.

Bebieron una botella de un vino mediocre y muy caro, pero con el suficiente alcohol para ablandarla. Después de los cafés y dos brandis, Agatha se sentía dichosa por estar en compañía de un hombre tan apuesto y elegante.

Cuando les llevaron la cuenta, Guy empezó a palparse los bolsillos. Entonces sonrió a Agatha como un niño avergonzado.

–Vaya, me he dejado la cartera en casa.

–No pasa nada, pagaré yo –contestó Agatha pensando, y no era la primera vez, que la mayoría de los ingleses eran unos roñosos.

Guy la llevó de vuelta a casa. James oyó llegar el coche y saltó hacia la ventana lateral de su *cottage*. Guy, con su cabello negro reluciendo a la luz que había encima de la puerta de Agatha, le cogió las llaves y le abrió la puerta. James contuvo el aliento. Guy la siguió al interior. James esperó y esperó. Acercó una silla a la ventana y siguió esperando. Las luces de la ventana de la planta baja iluminaban el pequeño cuadrado del jardín delantero de Agatha. Finalmente, se apagaron y se encendió la luz del recibidor. Luego ésta se apagó y se encendió la luz de las escaleras. Y entonces la luz procedente de detrás de las cortinas corridas del dormitorio de Agatha iluminó el jardín.

–Tonta –murmuró para sí, pero siguió esperando.

Cuando se apagó la luz en el dormitorio de Agatha y no vio a Guy saliendo de la casa, James se acostó por fin.

Agatha se despertó de golpe la mañana siguiente. No daba crédito a que se hubiera acostado con Guy. Pero ¿qué le estaba pasando? ¿Acaso quería demostrarse a sí misma que a su edad todavía sabía hacerlo sin una hoja de instrucciones?

Se quedó en la cama escuchando el silencio. «¡Ojalá se haya marchado!», suplicó para sus adentros. Ése era el infierno de ser una mujer de mediana edad. Ahí estaba el temor de ir al lavabo para echarse un buen montón de maquillaje antes de que él captara un atisbo siquiera de su cara sin maquillar. Pero no oía más sonido que el del viento soplando a través de las densas flores púrpuras del lilo al otro lado de la ventana.

Se levantó de la cama envarada y dolorida. Tras un buen baño se recuperó un poco. Se maquilló con esmero, se vistió y luego arrancó las sábanas de la cama y las bajó a la lavadora de la cocina. Dio de comer a sus gatos y los dejó salir al sol del jardín.

Llamaron a la puerta. ¡Tal vez fuera James! Pero se topó ante la señora Bloxby, la esposa del vicario.

–Le he traído un poco de mermelada casera –dijo–. Tiene un aspecto estupendo esta mañana.

–Gracias –dijo Agatha conduciéndola a la cocina, donde echó un vistazo nervioso a la cesta de la colada con las sábanas que había dejado en el suelo–. Déjeme que meta esto en la lavadora y luego tomaremos un café.

–Así que ha salido con ese joven de la compañía de aguas –dijo la señora Bloxby.

Una nunca es lo bastante mayor para no ruborizarse. Agatha se inclinó ante la lavadora y la cargó.

–¿Cómo se ha enterado? –preguntó por encima del hombro.

–La señora Darry se pasó por la vicaría a primera hora de la mañana para contarme que el joven que la trajo en coche a casa entró y tardó en salir. Ya sabe cómo son los pueblos.

–¡Si esa foca vive en la otra punta de Carsely!

–Pero tiene un repelente perrito ladrador, y para alguien que está más interesado en las vidas ajenas que en la suya propia los perros resultan muy útiles para pasear por las calles.

Agatha enchufó la cafetera.

–Pues sí, me acosté con él. ¿Le sorprende?

–No, querida, seguramente a quien le sorprende es a usted misma. Las mujeres de nuestra generación no nos hemos acostumbrado al sexo fortuito. La gente joven de hoy en día parece hacerlo sin sentir que pierde la dignidad. Y con todo, es un acto muy indigno, a no ser que uno esté enamorado, claro.

–Supongo que esa Darry lo propagará por todo el pueblo y James acabará enterándose.

–¿Y es eso tan terrible? Él la ha estado rechazando. No puede esperar que usted le esté poniendo velas eternamente.

Agatha sirvió dos tazas de café y se sentó con gesto cansino a la mesa de la cocina.

–Me siento como una estúpida. Creo que Guy Freemont es un aprovechado. Me llevó a un restaurante francés espantoso de Oxford, un local muy caro, y luego dijo que se había olvidado la cartera.

–A lo mejor es cierto y se la olvidó.

–Lo dudo. He sobrellevado una larga serie de comidas y cenas con hombres que se olvidaban la cartera o se iban al servicio en cuanto aparecía la cuenta.

–En ese caso, sugeriría que se olvidara de sus tarjetas y su dinero la próxima vez que salga. Es posible que así su acompañante acabe descubriendo que lleva la cartera encima.

Agatha sonrió.

–Lo probaré. No ha pasado nada más con el agua, ¿no?

–A decir verdad, sí.

–¿El qué?

–¿Ha oído hablar de Greenpeace y de Amigos de la Tierra?

–Sí.

–Pues hay un nuevo grupo que nadie conocía hasta este año. Salvad a Nuestros Zorros.

–¡Pero ese grupo se dedica a sabotear la caza!

–Sí, pero también están organizando una marcha al manantial para el sábado que viene.

–¿Y qué tiene que ver el manantial con ellos?

–Dicen que es un ejemplo de cómo el capitalismo arruina la vida rural.

–Memeces.

–Pues sí. Y no serán muy bien recibidos porque la compañía de aguas ha empezado a contratar personal y los jóvenes de Ancombe son los primeros de su lista.

–Espero que eso no conlleve una publicidad negativa.

–Me temo que provocará algunos actos vandálicos, aunque espero que la policía pueda controlarlos. Mire, la mayoría de esos manifestantes proceden de las ciudades y no parece que entiendan muy bien lo que es la vida en el campo. Me refiero a los manifestantes verdaderos, por lo general gente seria y de buenos modales. Pero a menudo las manifestaciones se las apropian matones que sólo buscan pelea.

–Más valdrá que asista –dijo Agatha.

–Tenga cuidado.

–Lo tendré. Cuando la mujer del vicario se hubo marchado, Agatha se sentó para poner al día los honorarios que debía cobrarle a la compañía de aguas, consciente de la pesadez que suponía dejar las cuentas de gastos para última hora. Abrió el bolso y sacó la cuenta del restaurante francés. Anotó sin vacilar en su ordenador: «Por hacer compañía al señor Guy Freemont, noventa y dos libras, más diez de propina», y sonrió mientras lo imprimía.

Dos días más tarde, Guy Freemont y su hermano estaban sentados hablando de negocios cuando entró su contable, James Briggs.

–Briggs, ¿qué sucede?

–Hay un punto de la cuenta de gastos de Agatha Raisin que he considerado conveniente que debían revisar.

–¿Qué le pasa a la vieja bruja? –preguntó Peter–. Nos cobra la ropa, el maquillaje ¿o qué?

–Se trata de esto. –James Briggs colocó una lista de cifras delante de los dos hermanos–. Todo está en orden, salvo que me parece raro que haya incluido una cuenta de un restaurante caro por hacer compañía al señor Guy Freemont.

Peter le dio unos golpecitos al papel.

–¿Qué es esto, Guy?

–La invité a cenar fuera, pero me olvidé la cartera.

–¿Otra vez? Apruébalo por esta vez, Briggs.

Cuando salió el contable, Peter comentó iracundo:

–Es una buena relaciones públicas. No te la tires hasta que hayamos lanzado el agua como es debido.

–Se me olvidó la cartera –dijo Guy–. Eso es todo.

Agatha se había enterado de que el acto de protesta estaba convocado el sábado por la mañana a las once en punto. Llegó con tiempo de sobra, pero ya había algunas personas congregadas. Mary Owen fue directamente a por Agatha:

–No va a salirse con la suya –le espetó.

–Oh, piérdase –dijo Agatha–. ¿Este acto ha sido idea suya?

–No, pero demuestra que gente de toda Gran Bretaña no va a quedarse con los brazos cruzados viendo cómo se arruina la vida del campo.

Agatha se encogió de hombros y se apartó, pero se topó con Bill Allen.

–Más vale que se ande con cuidado –dijo con su extraña voz sofocada–. Ha tocado sentimientos muy profundos.

–¿Me está amenazando?

–Sólo es una advertencia, señora Raisin.

Se hizo el silencio entre los congregados cuando dieron las once. De repente, Agatha localizó la alta figura de James entre la multitud. Anhelaba ir con él, pero temía verse desairada. Y, pese a todo, él le había telefoneado. Se abrió paso en su dirección cuando alguien exclamó:

–¡Ahí vienen!

Una pequeña procesión se encaminaba hacia el manantial. Encabezaba la marcha gente de mediana edad que mostraba un semblante tranquilo, pero detrás de ellos podía verse a jóvenes fornidos con tatuajes, chaquetas de camuflaje y pendientes, que olían a problemas de pies a cabeza. Había cinco policías delante del manantial.

Los espectadores se apartaron. Una mujer con cara de oveja compungida se volvió hacia los congregados y exhibió un montón de papeles.

–Estamos aquí –dijo con una voz vacilante– para protestar contra la mercantilización de este manantial. Nuestra vida rural debe ser protegida.

–¿Dónde vive usted? –gritó Agatha.

La mujer parpadeó, abrió y cerró la boca, luego aferró las notas con más fuerza y prosiguió:

–Como decía, debemos proteger...

–¿Dónde vive? –volvió a preguntar Agatha.

–¡Cierra la boca! –exclamó uno de los jóvenes tatuados.

–No, no me callaré –chilló Agatha–. ¿Sabe esta mujer algo de la vida de pueblo? ¿O todos vosotros venís de Birmingham o Londres para armar jaleo?

El joven tatuado se encaminó hacia Agatha. Tenía labios gruesos y cejas espesas. Agatha se planteó la posibilidad de salir corriendo. Pero recordó que estaba la policía y James..., James, que había aparecido milagrosamente a su lado.

–Creo que ella tendría que responder a la pregunta –se oyó la voz de Jane Cutler–. Estos manifestantes tienen pinta de haber salido de los barrios de chabolas de Birmingham. No conocen el campo, ni, visto como huelen, tampoco las bañeras.

–Vamos a tener lío –murmuró James.

El joven agresivo había llegado hasta Agatha.

–Cierra la boca o te la cierro yo.

James se colocó delante de Agatha.

–No vas a conseguir nada con la protesta si profieres amenazas.

Justo a tiempo, James vio su cabeza ovalada abatiéndose sobre él para darle un cabezazo, y saltó a un lado. Varias mujeres chillaron. La policía se adelantó.

Una mujer flaca con un chaleco antibalas agarró a Jane Cutler y le tiró del pelo. Jane chilló como una loca. La policía derribó a la mujer. A lo lejos sonaron las sirenas de los refuerzos policiales.

El potencial agresor de Agatha intentaba darle un puñetazo a James. Éste lo esquivaba y rehuía, sabedor de que si le daba un puñetazo a su agresor, podría ser él quien acabara ante los tribunales.

La portavoz de los manifestantes gritaba con impotencia. Agatha vio a la señora Bloxby acercarse a ella, le dijo unas palabras y luego la alejó de allí.

La policía irrumpió entre la multitud. Agarraron al joven que había intentado golpear a James y se lo llevaron.

–¡Cerdos! –exclamó. Y mientras lo arrastraban hacia atrás, sus ojos encendidos se clavaron en Agatha y gritó–: ¡Ya te pillaré!

–Ven –dijo James cogiendo a Agatha del brazo–. Necesitamos una copa.

–¿Dónde? ¿Aquí, en el pueblo?

–No, volvamos a Carsely.

El Red Lion estaba tranquilo y encontraron una mesa en un rincón junto a la chimenea de leña que estaba encendida porque era un día frío.

–Bill Wong me dijo que tuviste más suerte con Jane Cutler que yo.

–¿Así que te lo contó?

–¿Y por qué no iba a hacerlo? Espero que no trabajemos el uno contra el otro.

–Me parece que no voy a poder dedicarme a esto –dijo Agatha–. Tengo que ir a Londres la semana que viene y ver a un montón de periodistas.

–Oh, ¿así que estaré sólo?

–De momento, al menos eso parece.

Agatha se preguntó qué la había impulsado a hacer ese comentario. Si se hubiera estado calladita habrían podido seguir hablando del caso.

–Veré qué puedo hacer –dijo James. La miró pensativamente–. Voy a darte un consejo, Agatha, y espero que no me malinterpretes.

Agatha, al igual que todo el mundo, sabía que cuando alguien dice «No me malinterpretes», lo mejor que puede hacerse es impedir que te digan nada, pero algo en su interior parecía haber pulsado el botón de «destrucción» esa mañana, así que dijo:

–Te escucho.

–Creo que estás quedando en ridículo saliendo con ese joven de la compañía de aguas. Este nuevo gusto por los hombres jóvenes es un tanto... deprimente. Primero fue Charles en Chipre y ahora es éste. No importa que sea rico; «amante jovencito» es la etiqueta que lleva pegada si se relaciona con una mujer de tu edad.

La cara de Agatha se había vuelto del color del fango por lo dolida que se sentía.

Se levantó y, al hacerlo, tiró la silla hacia atrás.

–Maldito seas –dijo con voz entrecortada.

James también se levantó.

–Escucha, Agatha, yo sólo...

–¡Cállate, James! –gritó Agatha–. Sólo quiero que te calles.

Mientras corría hacia la puerta vio a la señora Darry en la barra, con una expresión ansiosa de curiosidad.

James se acabó la copa despacio, consciente en todo momento de las miradas de curiosidad dirigidas hacia él, y del entusiasmo de la señora Darry, que agarraba a todos cuantos entraban para susurrarles algo enérgicamente al oído.

Se levantó, salió y caminó despacio hacia su casa. No admitía que se hubiera equivocado o que sus comentarios estuvieran motivados por los celos. Más bien se sentía abrumado por un ardiente deseo de llevar a cabo algún tipo de descubrimiento sobre el asesinato. En ese caso, tal vez, sólo tal vez, le contaría a Agatha lo que había averiguado. La escenita que ella le había montado en el pub había sido imperdonable.

## CUATRO

El lunes siguiente, Agatha hizo el equipaje y partió hacia Londres. Tenía por delante una dura semana de trabajo hablando con periodistas. Las palabras de James todavía le escocían y dolían.

El Charles al que él se había referido era sir Charles Fraith, un baronet de cuarenta y pocos con el que había tenido una aventura en Chipre. Aunque sólo se había acostado con Charles por despecho tras conocer la infidelidad del propio James, sabía que no la había perdonado por ese breve *affair...* como tampoco por intentar casarse con él cuando ella todavía estaba casada.

Charles había telefoneado varias veces a Agatha desde su regreso del extranjero, pero ella siempre le había dicho que estaba demasiado ocupada para verle, hasta que al final había dejado de llamarla.

Lo cierto es que se alegraba de irse. Ya había una fuerza policial que se ocupaba de las investigaciones del crimen. Se concentraría en su trabajo, se olvidaría de James, se olvidaría del asesinato y se olvidaría de Carsely durante una buena temporada.

Agatha pasó una semana atareada en Londres, persuadiendo a periodistas para que asistieran a la fiesta. En lugar de llevarle los nuevos folletos a Carsely como le había prometido, Guy se los mandó a su hotel en Londres.

Al final de la semana, Agatha finalmente aceptó una invitación a comer de Roy Silver.

Roy la llevó a un antiguo restaurante de la City donde la empresa de relaciones públicas para la que ambos trabajaban tenía una cuenta abierta. Era tranquilo y majestuoso, todo caoba y metales cobrizos, y servía una contundente comida tradicional de la City. No era el tipo de local de Roy. Él habría preferido una vinoteca de moda llena de moderneces, pero no tenía la menor intención de costear la comida si podía cargársela a la empresa.

Roy vestía un traje de Armani que parecía una talla más grande de la que le habría quedado bien a su figura delgada. La corbata centelleaba con un chillón resplandor psicodélico, sobre todo en la penumbra de un restaurante conservador.

Los dos pidieron rosbif, y Agatha disfrutó comiéndose el suyo mientras que Roy apenas pinchaba en el de su plato y daba algún pequeño mordisco ocasional.

Hablaron de diversos aspectos de la fiesta, a la que él iba a asistir finalmente, aunque había tenido sus dudas. Roy se recostó en la silla y se mesó el cabello. Tenía una cara enjuta, un cuerpo larguirucho y ojos astutos y penetrantes. Tras trabajar para Agatha, al ocupar su empleo actual había adoptado un estilo de vestir más sobrio –si se pasaba por alto la corbata–, y el único rastro mudo de su imagen anterior era el orificio de la oreja izquierda, donde antes llevaba pendiente.

–No has mencionado a James Lacey ni el asesinato durante toda la semana, Aggie –dijo.

–He estado muy ocupada –contestó Agatha–. No sé si pedir el pudín.

–Tu cintura es tuya, querida.

Agatha le hizo un gesto al camarero.

–Tomaré el pudín con frutos secos y pasas.

Roy rio entre dientes.

–Menuda combinación para un pudín, parece anunciarnos lo que seremos en el futuro: frutos secos y pasas. Bueno, lo que te decía, ¿cómo va lo del asesinato?

–Ya te lo he dicho, he estado muy ocupada.

–No es propio de ti. ¿Qué ha sido de aquella famosa curiosidad tuya?

–He decidido concentrarme en mi trabajo y dejar que la policía haga el suyo.

–¿Y qué os pasó a James y a ti en Chipre?

–Se fue con una furcia. Dice que formaba parte de sus investigaciones sobre las drogas.

–Y tú no te lo crees. Vamos, Aggie. Nuestro James no es el tipo de hombre que va con furcias por otras razones que no sean la investigación. Es demasiado puritano.

–Bueno, yo tuve una pequeña aventura con alguien y él se mosqueó.

–La traviesa de Aggie... Pues deberías de hacer algo respecto a ese asesinato.

–¿Por qué?

–Sería una buena publicidad que descubrieras quién lo cometió. A ver ¿ni siquiera tienes un sospechoso por improbable que sea?

–Hay una que me gustaría que lo fuera.

–Cuenta.

–Una vieja bruja llamada Jane Cutler. Es un monumento andante a la cirugía plástica y los tratamientos de belleza. Pasa de los sesenta, pero se ha hecho un montón de estiramientos de cara. Auténtico veneno. Son las cosas que pasan en los pueblos. Parece especializada en casarse con hombres enfermos de cáncer en fase terminal, de quienes hereda sus bienes al fallecer. Es una consejera de la parroquia. Otra es Angela Buckley, de cuarenta y tantos, corpulenta, estaba prendada del difunto Percy Cutler, pero la mayor, Jane Cutler, se lo arrebató. De hecho, Angela me advirtió que no me entrometiera.

–Así que ¿crees que el asesinato podría no guardar relación con el asunto del agua?

–No lo sé.

–¿Alguien más te ha dado un toque? ¿Has tenido algún problema?

–Andy Stiggs, otro consejero, uno de los que se oponen a la compañía de aguas. Me hizo una advertencia cuando hubo una bronca con los de Salvad a Nuestros Zorros.

–¿Y éstos quiénes son?

–Un grupo ecologista que ha transferido su atención de los problemas de los zorros al sacrilegio de sacar agua del manantial. Los de siempre. Buena gente realmente interesada en proteger la vida rural aunque de un modo un tanto alocado, seguida por los cabezas rapadas pendencieros habituales. Hubo una pequeña bronca. James casi recibe por protegerme.

–Entonces ¿él sí está investigando el caso de asesinato?

–Creo que sólo pretende insultarme.

–Eso demuestra que sigue interesado en ti, Aggie. Si no, no te ofendería. ¿Por qué no me invitas este fin de semana? Podríamos husmear juntos.

Agatha abrió la boca para negarse, pero la cerró de nuevo. No sabía si Guy pretendía tener una aventura con ella, o si lo que había pasado debía considerarse un polvo de una noche. De repente, la idea de volver sola le hizo sentirse vulnerable. Roy podía ser pesado y malicioso, pero se conocían desde que había empezado a trabajar para ella como chico de los recados.

–De acuerdo –accedió finalmente–. Supongo que podría ser interesante darse una vuelta y hacer unas cuantas preguntas.

–Más vale que te acabes ese mazacote de pudín. Se está enfriando.

Agatha lamentó la invitación en cuanto se encontró con Roy en Paddington Station el sábado por la mañana. Llevaba puestos unos vaqueros ceñidos y una chaqueta de cuero negro, y no paraba de hablar por el móvil mientras miraba a su alrededor para comprobar si la gente se fijaba en que estaba hablando por un teléfono móvil, como si miles de personas no tuvieran ya esos malditos aparatos, que Agatha creía que habían sido diseñados expresamente para molestar a los viajeros.

–Si usas eso en el tren –le espetó Agatha cuando acabó de hablar–, te lo lanzaré por la ventana. Y aún no has cumplido los treinta. Creía que los hombres sólo se ponían tejanos y chaquetas de cuero negro cuando les llegaba la edad de la andropausia.

–Y yo pensaba que las mujeres de mediana edad sólo comían rosbif y pudín cuando creían que ya no podían atraer a nadie.

–Oh, deja de refunfuñar –le soltó Agatha.

Hizo el trayecto hasta Moreton-in-Marsh ignorando a Roy, concentrada en la lectura de una novela que se desarrollaba en los Cotswolds sobre la infidelidad de la gente de cierta edad de clase media. Mientras leía, se maravillaba de su propia convicción de que las clases medias acaudaladas no debían de tener pasiones y recordaba los tiempos de su juventud, cuando se suponía que eran las clases bajas las inmunes a los dolores espirituales que aquejaban a sus superiores. En un momento del trayecto, sonó el móvil de Roy, pero, ante la mirada de basilisco que le clavó Agatha, se alejó por el vagón para contestar.

Más allá de las ventanas del vagón se deslizaban campos de colza de un amarillo intenso, y los lilos cargados de flores se inclinaban sobre los terraplenes de las vías. Con la ahora ya familiar sensación de volver a casa, Agatha recogió sus pertenencias cuando el tren entró por fin en la estación de Moreton-in-Marsh.

Roy cargó con su propia bolsa para el fin de semana y la maleta de Agatha, y se encaminaron al coche de ésta. El cielo era azul y los pájaros trinaban en los árboles que flanqueaban el parque de la estación. Los cardos se agitaban bajo la ligera brisa.

–Cuando sea tan viejo como tú –dijo Roy–, me mudaré aquí.

Sintiéndose una antigualla, Agatha arrancó, salvó el denso tráfico de Moreton y luego giró por la A-44 y subió la empinada pendiente a través de Boreton-on-the-Hill para descender seguidamente hacia Carsely por la carretera que serpenteaba bajo los túneles que formaban los árboles combados.

Se fijó en que el *cottage* de James parecía vacío, y de repente Roy dijo:

–¿Voy a ver a Lacey?

–No. Si coges las bolsas, abriré la puerta.

Mientras Roy entraba el equipaje, Agatha acarició a sus gatos, que la mujer de la limpieza había cuidado durante su ausencia. Luego les dio de comer y les dejó salir al jardín.

En cuanto sacaron sus cosas, se sentaron ante un café en la cocina y Roy dijo:

–Bueno, empecemos. ¿Quién forma parte del consejo?

–A favor de la compañía de aguas, tenemos a Jane Cutler, a Angela Buckley y a Fred Shaw. En contra, a Bill Allen, a Andy Stiggs y a Mary Owen, que es la opositora más vehemente. La mujer de cuyo jardín emerge el manantial se llama Robina Toynbee. Podríamos probar con ella primero. Puede que la hayan amenazado. Hasta es posible que supiera qué iba a votar el difunto señor Struthers.

–¿Y no comemos antes?

–Te llevaré al pub.

–¿No vas a ofrecerme ninguno de tus platos especiales de microondas?

–He aprendido a cocinar –dijo Agatha a la defensiva–. No he preparado nada porque no sabía que venías.

Al entrar en el Red Lion, Agatha recorrió rápidamente el pub con la mirada buscando a James, pero no estaba allí.

–Nuestro señor Lacey ha levantado el vuelo otra vez –dijo el dueño mientras le servía las bebidas y tomaba nota de la comanda.

–Oh –exclamó Agatha con tristeza mientras le preguntaba con toda la despreocupación de la que fue capaz–: ¿Alguna idea de adónde ha ido?

–No, la señora Darry lo vio irse en su coche.

–¿Cuánto tiempo estará fuera?

–Nadie lo sabe. Hizo una parada en la tienda para comprar la prensa, luego fue a comisaría, le dejó la llave a Fred Griggs y le dijo que tenía pensado pasar un tiempo fuera.

Agatha se sintió hundida. De golpe, la vida había perdido color y sentido. Su aventura con Guy Freemont empezaba a parecerle cada vez más sórdida.

Había vuelto a perder todo interés por la investigación. Cuando acabaron su ágape de pub, típicamente inglés, de lasaña y patatas fritas, Agatha dijo:

–Me gustaría ir primero a Gerry’s, en Evesham. Es un supermercado nuevo.

–¿Por qué? –preguntó Roy–. ¿Trabaja allí alguno de los consejeros? Pensaba que todos estaban forrados.

–No, no se trata de ningún consejero, es que no tengo comida en casa y necesito que me ayudes con las bolsas.

–Si tú lo dices... ¿Sabes que hay un círculo en el infierno al que probablemente yo vaya a parar y que es un inmenso supermercado? Los carritos del súper siempre se desvían a un lado, los niños chillan sin descanso, y yo siempre cojo algún producto que no tiene el código de barras y tengo que esperar una eternidad a que alguien vaya a buscar uno igual que sí lo tenga, y la gente en la cola cada vez más larga a mis espaldas me odia. O cuando intento pasar por la caja rápida, donde sólo se permiten diez artículos, tengo a tres personas delante que llevan al menos veinte y carezco del valor de quejarme. O la cajera que conoce a todo el mundo menos a mí y se permite largas y alegres charlas, y cuando por fin me toca le da por cambiar

el rollo de papel de la caja. O la mujer que me antecede en la cola observa cómo todo lo que ha comprado se va deslizando por la cinta y no lo recoge, y luego, lentamente, saca su talonario y, más lentamente aún, rellena un cheque y se empeña en recoger la compra clasificándola según el tipo de producto. Y entonces, cuando por fin todo ha terminado y llego a las puertas giratorias y veo la luz del día del exterior, me encuentro de vuelta al principio de todo el proceso.

–De todos modos, vayamos –dijo Agatha, que no le había escuchado.

Gerry's estaba atestado de gente. De repente, Roy decidió que se encargaría de cocinar y empezó a buscar hierbas y especias esotéricas.

–Detecto por el brillo de tus ojos que te mueres de ganas de preparar algo en el microondas.

–A ti, para empezar –dijo Agatha–. ¿Vamos a salir de aquí algún día?

Cuando por fin llegaron a la caja, el carrito que, en efecto, se deslizaba hacia un lado, iba cargado hasta arriba. La cola avanzó y enseguida el final apareció ante la vista, y tan sólo una mujer delgada delante de ellos.

–¡Hazel! –gritó la mujer a la cajera–. No sabía que trabajabas los sábados.

–Necesito el dinero, Gladys –dijo Hazel, cuya mano oronda y roja se cernía sobre el primer artículo.

–Es una lástima –dijo Gladys–. He solicitado fecha para mi operación de cadera.

–Te harán esperar un tiempo.

–Merecerá la pena. Mi Bert dijo, bueno, dijo que ninguna criatura tendría que soportar el dolor que yo sufro. Pero ya sabes cómo funciona la Seguridad Social en este país. Me tocará cuando ya esté en la tumba.

–A lo mejor este nuevo gobierno... –contestó Hazel con la mano cerniéndose todavía sobre el primer artículo.

–Oh, ¡acabe de una vez! –gritó Agatha.

De repente se hizo el silencio. Agatha se volvió hacia Roy en busca de apoyo, pero había desaparecido. La gente en la cola tras ella evitó su mirada.

–Hay que ver, de verdad –dijo Gladys.

Hazel empezó a pasar los productos por el escáner a toda prisa mientras Gladys los recogía lanzando rápidas e irritadas miradas a Agatha.

Gladys por fin había terminado de recoger y pagar la compra. Lanzó una última mirada fulminante a Agatha y dijo con una voz chillona:

–Lo siento por ti, Hazel. Si tuviera que tratar con cierta gente me volvería loca.

–Adiós, Glad. Dale recuerdos a Bert.

Hazel entonces abrió la caja y cambió el rollo de papel.

La rabia enrojecía la cara de Agatha cuando por fin acabó de llenar de nuevo el carrito y lo sacó al aparcamiento mientras se desviaba irremediabilmente hacia la izquierda.

Roy la esperaba en el coche.

–¿Dónde coño estabas? –gritó Agatha.

–Fui a comprar cigarrillos –mintió Roy.

–Te fuiste como un gallina. Ayúdame a meter todo esto en el maletero.

Esquivaron el nuevo trazado de sentido único que tanto odiaban los comerciantes de Bridge Street, que se sentían aislados desde que los habían convertido en un centro comercial.

Finalmente, Roy habló con timidez:

–¿Vamos a ir a Ancombe?

–Primero llevaremos todo esto a casa –respondió Agatha. Oh, ¿dónde estaría James?

Mientras guardaban la compra, Roy ya no pudo aguantar más la tensión del silencio y dijo:

–No es culpa mía que James se haya ido.

–¿Qué?

–Bueno, por eso te pusiste como una fiera con la mujer del supermercado.

–Permíteme que te diga una cosa: me habría puesto así con esa mujer en cualquier otro momento.

–Entonces ¿por qué te desahogaste conmigo?

–¡Porque eres un pelele!

–Me parece que más vale que me vuelva a Londres –dijo Roy en voz baja.

–¡Cuando quieras!

–Recogeré mis cosas.

Agatha se sentó a la mesa de la cocina y hundió la cara entre las manos. Notaba las lágrimas que asomaban a sus ojos. ¿Por qué la afectaba ese hombre que tantas señales le enviaba de que ya no le gustaba? Tal vez, pensó mientras se enjugaba las lágrimas, era por su edad, porque después de James ya no habría nadie más al que pudiera amar.

Se levantó y gritó escaleras arriba.

–Siento haberme puesto tan borde. ¿Te apetece una copa?

Roy bajó las escaleras exhibiendo una amplia sonrisa. Era un joven ambicioso y no quería ofender a esa mujer susceptible cuya capacidad como relaciones públicas tanto admiraba su jefe.

–¿Una copa? –repitió Agatha.

–Ya no bebo –dijo Roy, que sólo había tomado agua mineral en el pub.

–¿Por qué?

Roy dudó unos instantes. La verdadera razón era que parecía haberse puesto terriblemente de moda no beber, y Roy no quería estar fuera de onda.

–Pudre las neuronas, querida.

–Pues me voy a tomar un brandi bien cargado antes de salir.

–Detesto verte beber sola...

–A mí no me molesta.

–Pues entonces, sírveme uno pequeñito a mí también.

Un brandi llevó a otros tres tragos más y al salir hacia Ancombe formaban una pareja de personas felices. Agatha aparcó en la calle principal, un poco lejos del manantial, donde había un grupo de turistas mirándolo y señalándolo. Se había retirado ya la cinta azul y blanca de la policía que protegía la zona.

La entrada al *cottage* de Robina Toynbee era una gran puerta en una pequeña calle que recorría el costado de la finca desde la calle principal.

–Tendríamos que haber llamado antes –dijo Roy.

–No pasa nada, está en casa. Nos está observando desde la ventana.

A la par que Agatha levantaba la mano para llamar a la puerta, Robina la abrió.

–Encantada de verla, señora Raisin –dijo–. Había pensado llamarla para darle las gracias. Por favor, pase.

El *cottage* era antiguo, incluso era posible que se remontara al siglo XVII, pensó Agatha. El salón era muy agradable: una gran chimenea, vigas bajas en el techo, jarrones con flores, cuadros y libros, y un gato adormilado encima del televisor.

Al otro lado de las ventanas de vidrio emplomado, un jardín largo y estrecho descendía hacia la calle, envuelto en una artística combinación de pensamientos, begonias, glicinias, clemátides y lobelias. Había una parcela de césped con un reloj de sol junto al cual emergía burbujeante el manantial que desde ahí era canalizado entre rocas y flores hacia el punto donde desaparecía a través del antiguo muro del jardín.

Encima de la chimenea había una oscura pintura al óleo de una anciana lúgubre con una enorme caperuza.

—¿Una antepasada? —preguntó Agatha.

—Sí, la señorita Jakes —dijo Robina.

Ésta vestía un traje pantalón de terciopelo verde claro. La propia Agatha tenía también varios trajes pantalón de terciopelo. Mientras miraba a Robina se dio cuenta de que ese tipo de prendas eran las preferidas de las mujeres de mediana edad, de modo que decidió recoger los suyos y donarlos a alguna tienda de beneficencia. Aunque era una hora avanzada de la tarde, el atuendo de Robina era más apropiado para una velada nocturna. Con el traje pantalón, lucía unos pendientes brillantes y un collar de diamantes de imitación y, en los pies, zapatos de satín negros de tacón alto.

Del mismo modo que algunas mujeres solitarias mantienen el árbol navideño con las luces encendidas hasta mucho después de las fiestas, también tienden a llevar ropa de noche durante toda la jornada, como si el brillo y oropel pudieran prolongar un poco más su juventud.

—Y bien —dijo Robina con una sonrisa amable—, ¿qué vamos a tomar?

—No sé... —contestó Roy.

—Vamos. Eso que huelo es brandi, ¿me equivoco? Me apetecería tomar uno con ustedes.

Agatha se quitó de la cabeza una imagen de Roy, Robina y ella misma charlando dentro de una gran copa de brandi y dijo que sí, que estaría bien.

–Por el éxito –brindó Robina cuando hubo servido las copas–. Espero que el asunto haya concluido ya de una vez por todas. Menuda tontería quejarse por un poco de agua. Creo que todo el lío es fruto de los celos porque yo recibo una compensación de la compañía de aguas. No mucho, ya lo sabe, pero nunca sobra. Quiero decir que, como ya debe saber, señora Raisin...

–Llámeme Agatha.

–Agatha. Como ya debe saber, tenemos que pensar en nuestra vejez. Las residencias de ancianos cuestan una fortuna.

–Todavía no he empezado a preocuparme por mi vejez –repuso Agatha.

–Vaya, pues debería. En estos tiempos podemos alargar nuestras vidas espantosamente.

–Yo pienso que, si te crees joven, permaneces joven.

–Muy cierto –dijo Robina lanzando una mirada coqueta a Roy–. Yo no soy de esas mujeres que piensan que es horrible estar con un jovencito.

–Roy no es mi amante –dijo Agatha preguntándose si esta afable mujer la estaba insultando–. Y bien, ¿ha habido alguna repercusión por el acuerdo del agua?

–Algunas cartas de amenazas muy desagradables. «Te mataré, zorra», decía la última. Anónima, por descontado.

–¿Se las ha dado a la policía?

–No, creo que es uno de esos cascarrabias que dicen defender el medio ambiente. ¿Se acuerda de cuando las palabras eran sencillas y la gente hablaba del campo? La palabra «medio ambiente» resulta inquietante.

–Creo que tendría que informar a la policía de las cartas –dijo Agatha.

–Sé que tiene reputación de ser una especie de «sabuesa» –dijo Robina–. Pero aquí no hay nada de que preocuparse. Más vale dejar las cosas en manos de los expertos.

A Agatha empezaba a caerle mal Robina.

El salón, tan agradable cuando llegaron, le parecía ahora claustrofóbico. En la calle, el día parecía haberse oscurecido repentinamente. El perfume de Robina era muy intenso y dulzón, y se mezclaba con el aroma de un ambientador y el del brandi. La señorita Jakes les miraba fijamente como si dijera que ella no habría acogido en su casa a gente como ellos.

–Si se hubiera hallado a un hombre asesinado en las lindes de mi jardín y yo recibiera cartas con amenazas –dijo Agatha–, estaría sin duda muy preocupada.

–Ah, eso es porque usted es forastera. Los forasteros nunca llegan a ser genuinamente de aquí. Nosotros, la gente del campo, vivimos tan cerca de la tierra y de la violencia de la naturaleza que nos volvemos más duros.

–Pues nosotros, los de ciudad, estamos tan acostumbrados a la violencia de las calles que tenemos una saludable cautela –dijo Agatha.

Robina agitó su copa de brandi, miró a Roy y alzó las cejas.

–Ella no lo entiende.

–¿Y qué pasa con el hombre que fue asesinado? –preguntó Roy–. ¿Quién cree que lo hizo?

–Yo diría que los Buckley.

–¿Por el prado? –preguntó Agatha.

–Oh, ya se ha enterado de eso. Angela y su padre son gente tosca y bruta.

–¿Así que no cree que tuviera nada que ver con el agua? –preguntó Roy. Ella emitió una risita tintineante.

–No, nada en absoluto. ¿Más brandi?

–No, tenemos que irnos –dijo Agatha levantándose–. Pero, por favor, informe a la policía de esas cartas.

–Y ahora ¿adónde vamos? –preguntó Roy mientras corrían al coche bajo una lluvia torrencial.

–Podríamos pasarnos por el taller del electricista. A lo mejor pillamos a Fred Shaw antes de que cierre.

–¿Está a favor o en contra?

–A favor –dijo Agatha–. Aunque, después de hablar con Robina, Jane Cutler y Angela, empiezo a creer que los que se oponen no pueden ser más repugnantes que los que están a favor.

Fred Shaw estaba cerrando cuando llegaron. Saludó a Agatha como a una vieja amiga y los invitó a pasar a la trastienda, donde abrió una botella de whisky y empezó a servir un trago largo en cada copa.

–Por el éxito –dijo Fred levantando la copa–. Los puso en su sitio, señora Raisin.

Agatha susurró:

–Éxito.

Examinó disimuladamente a Fred Shaw. Aunque tenía sesenta años, era un hombre fuerte con un cuello grueso, ancho de hombros y manos poderosas.

–Sólo desearía que el bueno de Struthers estuviera vivo todavía –decía Fred.

–¿Por qué?

–Porque mareaba la perdiz como una niña mimada con lo de tomar la decisión. «Les daré mi opinión argumentada a su debido tiempo.» ¡Viejo idiota!

–¿No le caía bien?

–Si yo hubiera sido el presidente –dijo Fred– habría puesto una bomba debajo de esa pandilla. Son incapaces de tomar una decisión ni para salvar sus vidas.

–Pero al menos Angela Buckley y Jane Cutler estaban de su parte en el asunto de la compañía de aguas.

–¡Ésas! Permítame que le diga, señora Raisin, y que quede entre nosotros, que a esa encantadora pareja les da igual la compañía de aguas. Simplemente, estaban hartas de que Mary Owen les dijera lo que tenían que hacer.

–En este pueblo no parecen caerse muy bien entre ustedes –aventuró Roy.

–Aquí tengo buenos amigos –dijo Fred–, pero ninguno es miembro del consejo.

–¿Por qué?

Roy dio un buen trago de whisky y se despidió en silencio de unas cuantas neuronas más. Ojalá nunca le hubieran hablado de ellas. Casi veía en su imaginación a esos diminutos bichos ahogándose y boqueando hasta expirar en un mar de whisky.

–Porque éste es un pueblo de engreídos y todos los consejeros llevamos siglos en el cargo. Nadie se presenta contra nosotros. ¿Saben por qué? Porque nadie quiere asumir la responsabilidad de nada en estos tiempos. ¿Por qué creen que tenemos un gobierno laborista en este país?

–Porque la mayoría del pueblo británico les votó –contestó Agatha.

–No. Fue porque la mayoría de los votantes conservadores se quedaron sentaditos en casa y no fueron a votar.

–¿Tiene alguna idea de quién pudo matar al señor Struthers? –preguntó Roy.

Fred se dio unos golpecitos a un lado de la nariz.

–Tomemos otra.

–Yo creo que no voy a... –Pero Fred ya estaba rellenando las copas.

–Bien –dijo Agatha–. Sí, salud, señor Shaw. Estaba diciendo...

–Por aquí pasan cosas de las que yo me entero. Mantengo la oreja pegada a la vía. ¿Me entienden?

–Sí, sí –dijo Roy removiéndose emocionado.

Fred lo miró con suspicacia.

–El tener lavaplatos me viene muy bien. Esteriliza las cosas –comentó incomprensiblemente–. Sí. Déjenme que les diga: Ancombe no tiene nada que envidiar a Peyton Place. Deben saber que Mary Owen le había echado el ojo al señor Struthers...

–Pero ¡si el señor Struthers tenía ochenta y dos años!

–Y Mary Owen tiene sesenta y cinco, y cuando llegas a esa edad –dijo Fred como si a él le faltara mucho para alcanzarla–, buscas seguridad.

–Todos dicen que Mary Owen es una mujer acaudalada e independiente económicamente.

–Ya, pero alardea de ser una experta manipuladora en Bolsa. Se dice que ha perdido una fortuna, y hace poco de ello. Así que pone en su punto de mira al viejo Robert Struthers. Ahí es donde interviene nuestra Jane Cutler. Jane es una consumada especialista en hombres ricos a los que no les queda mucho tiempo de vida. Es un milagro que Robert Struthers no muriese de un atracón. Si la una no le preparaba banquetes o lo llevaba a cenar por ahí, lo hacía la otra.

–¿Y quién parecía la ganadora?

–Yo apostaba por Jane, y Mary estaba muy cabreada. En la reunión del consejo de hace dos meses, llamó puta a Jane.

–¿Está insinuando que Mary Owen asesinó al señor Struthers? – preguntó Roy–. ¿Y por qué no mató a Jane Cutler?

–Ah, porque en la reunión del consejo donde Mary insultó a Jane, Robert se levantó e hizo que Mary se disculpara. Mary me dijo después que Robert Struthers era un hombre decente que había sido corrompido por Jane.

–Pero ¡de ahí a asesinar! –exclamó Agatha.

–Nuestra Mary es una mujer poderosa y no permite que nadie se interponga en su camino.

–Todo esto resulta fascinante –dijo Agatha. Notaba que la cabeza empezaba a darle vueltas por todo el alcohol que había bebido–. ¿Y le ha contado algo de esto a la policía?

–¡Claro que no! No estoy para perder el tiempo con la policía. ¿Sabe que me detuvieron por conducir ebrio el año pasado, después de haberme tomado tan sólo un par de pintas? Cabrones. El campo es un hervidero de asesinos y violadores, y lo único que hace la policía es perseguir a ciudadanos inocentes. ¿Otra copa?

–No, de verdad, gracias.

Agatha se levantó. Roy había tendido su copa pero ella se la quitó de las manos y la depositó con firmeza en la mesa.

–Y con respecto a lo de la fiesta –dijo Fred–, hablo bien en público.

–Estoy segura de que encontraremos un sitio para usted –dijo Agatha, que se moría de ganas de salir al exterior.

–Es muy amable por su parte –dijo Fred–. Iré a verla cuando se acerque la fecha y así podremos revisar mi discurso.

–No podemos conducir, ninguno de los dos –dijo Agatha al salir.

Había dejado de llover y un pálido cielo vespertino se extendía sobre ellos. Había refrescado.

–Oh, vamos. Yo conduciré –dijo Roy–. No estamos lejos.

–No –dijo Agatha tajante–. Mi permiso de conducir está impoluto y así va a seguir, y mi seguro no cubre a otros conductores.

–No hemos bebido tanto.

–Sí que hemos bebido. Esas copas de whisky eran enormes.

–¿Y qué tal si probamos con Mary Owen?

–No hasta que me haya despejado. Tenemos que comer algo. Vamos, un paseo nos sentará bien a los dos.

Estaban a medio camino de Carsely cuando, por delante del cielo salpicado de las primeras estrellas, empezaron a desfilas unas nubes negras.

Aceleraron el paso, pero, al poco, las primeras gotas empezaron a caer y al momento volvió a diluviar. Cuando por fin llegaron al *cottage* de Agatha, estaban calados hasta los huesos, pero totalmente sobrios.

Después de secarse y cambiarse de ropa, Roy se ofreció a preparar la cena, pero Agatha, temiendo que Roy montara un estropicio en la cocina utilizando hasta la última cazuela para acabar cenando pasada la medianoche, insistió en que fueran al pub.

Cuando volvieron de cenar, Agatha se dio cuenta de que no había comprobado su servicio de buzón de llamadas de British Telecom para ver si tenía algún mensaje. La voz de la mujer del buzón le parecía una reliquia irritante de los tiempos en que las chicas recibían clases de elocución. Tenía un tono de voz de institutriz mandona: «Cómete las gachas o no te llevaré al circo». «Dos mensajes», dijo la voz. «¿Quiere escucharlos?» ¿Es que había alguien que no quisiera escuchar los mensajes?, pensó Agatha enojada.

El primero era de Guy Freemont: «He estado intentando hablar contigo. Llámame».

El segundo era de Mary Owen: «Creo que ha llegado el momento de que mantengamos una charla, señora Raisin. Si es tan amable, llámeme».

Agatha miró el reloj, era medianoche. Demasiado tarde para hacer llamadas. Por la mañana tendrían que ir a pie hasta Ancombe para recoger el coche. Vería a Mary Owen entonces.

Esa noche, mientras el sueño la vencía, sus últimos pensamientos, como siempre, fueron para James. ¿Dónde estaría?

Un James de aspecto muy distinto al habitual había participado esa tarde en una reunión de Salvad a Nuestros Zorros en la trastienda de un pub irlandés en Rugby. Se había teñido el pelo negro de rubio, llevaba tres pendientes en

una oreja y vestía una chaqueta de camuflaje, unos vaqueros sucios y botas militares. Temiendo que su acento le delatara como un impostor, se había comunicado con sus nuevos compañeros básicamente mediante gruñidos.

Pensaba que si podía descubrir quién había estado pagando a los manifestantes para el acto que organizaron ante el manantial, podría tener una pista de la identidad del asesino.

La persona que ocupaba la presidencia –qué manera más estúpida y enrevesada de expresarlo, pensó James con una rabia propia de Agatha: lo normal sería llamarla presidente o presidenta, ¿qué tenía de malo?– era una mujer delgada y neurótica de mechones enmarañados, rostro cetrino y enjuto, y ojos grandes, bastante bonitos. Sybil. Ahí nadie usaba apellidos. James se había convertido en Jim.

La reunión se había convocado porque uno de los miembros de la organización había leído en el periódico local que un vendedor de coches de Coventry iba a hacer una barbacoa en su jardín para celebrar su cuarenta cumpleaños. Y para celebrar su legado «gitano», tenía pensado servir a sus invitados erizos a la parrilla. Un tal Trevor señaló que los erizos no eran una especie protegida, a lo que Sybil replicó gritando: «¡Pues ahora descubrirá que sí lo son!», y recibió una ovación de los demás. James estudió disimuladamente al grupo. Todos parecían militantes convencidos. No había rastro de los miembros de aspecto amable que habían encabezado la marcha hasta el manantial. Seguramente se habían asustado. Por suerte, tampoco había rastro del hombre que había atacado a Agatha.

Su propia presencia había sido aceptada después de que Sybil le hiciera una única pregunta. ¿Cómo se había enterado de su existencia? Le había hablado alguien de Birmingham, había farfullado James.

La reunión tuvo mucho de bronca política. Sybil se emocionó con los sufrimientos de los erizos. ¿Cómo era posible, se preguntaba James, que unos animales que parecen sacados de libros infantiles siempre fueran elegidos como víctimas dignas de protección mientras otros como las arañas podían ser masacrados con la conciencia limpia?

O bien, si se hubieran enterado de la existencia de un granero donde el granjero iba a exterminar las ratas, ¿habrían hablado con la misma pasión? Pero la pregunta realmente importante era: ¿quién corría con los gastos?, la

sala donde se reunían, el transporte a los diversos lugares como el propio manantial...

En algún sitio debían de contar con una oficina.

El único miembro que provocó cierta inquietud en James fue un joven corpulento y fornido con la cabeza rapada y un tatuaje de una calavera con las tibias cruzadas. Se llamaba Zak, y James se sintió incómodo al percatarse de que Zak se fijaba en él.

La reunión llegó a su fin. Sybil dijo que un autobús los recogería a todos en el centro de Coventry el día siguiente a las dos del mediodía para llevarlos a la barbacoa del perverso vendedor de coches.

Cuando se dirigían a la puerta, Zak agarró a James del codo con fuerza.

–Creo que tendríamos que buscar un sitio para tomar algo, colega –dijo.

–He quedado –farfulló James.

–Tu cita puede esperar –replicó Zak sin soltarle del brazo.

Como no quería llamar la atención montando una escenita, James dejó que lo condujera a la calle y fue con él hasta otro pub.

El local era bastante respetable y estaba relativamente lleno. James empezó a relajarse. Siempre podía hacer que alguien llamara a la policía si Zak se ponía violento. Pidieron medias pintas de cerveza amarga y las llevaron a una mesa del rincón.

–A ver, colega –dijo Zak–, ¿de qué vas?

–¿Qué quieres decir? –preguntó James.

–Tú no eres uno de ellos. Lo vi en cuanto entraste.

James examinó el rostro desagradable de Zak y entonces dijo, ya con su propia voz:

–¿De ellos? Has dicho «ellos», no «nosotros». ¿De qué vas tú?

Se estudiaron el uno al otro como dos gatos desconocidos. James miró por debajo de la mesa a los pies de Zak. Los vaqueros que llevaba acababan en un par de zapatos negros de cordones.

James esbozó una lenta sonrisa.

–¿Es usted detective?

–Policía. El Departamento de Investigación Criminal no pierde el tiempo en naderías como ésta. A ver, ¿qué se trae usted entre manos?

–¿Cómo adivinó que no era uno de ellos?

–Va demasiado limpio y con las uñas de manicura. ¿Percibió allí el olor de cuerpos que no se han duchado? Consideran que lavarse es burgués. Sybil dice que la sociedad capitalista ha eliminado todos los olores corporales estimulantes de la población británica.

–Soy de cerca de Ancombe –dijo James–. El pueblo donde se cometió un asesinato en el manantial.

–¿Y qué relación tiene eso con esta pandilla?

–Se manifestaron en el manantial. Me preguntaba qué los había llevado allí. No había animales implicados.

–¿Cree que tuvieron algo que ver con el asesinato?

–No, pero la compañía de aguas que se ocupará de la comercialización del manantial provocó un fuerte resentimiento entre los miembros del Consejo Parroquial de Ancombe que se oponía a la empresa. Pensaba que uno de ellos podría haber pagado a este grupo, y si era así, entonces esa persona sería el asesino. Ya que estamos, ¿quién los financia? He oído que los saboteadores de la caza cobran hasta cuarenta libras al día.

–Créame, amigo, eso es algo que no he podido averiguar. Le pagarán el sábado. Un sobre sencillo, los billetes dentro. Hemos sido capaces de descubrir contribuyentes legales, gente triste y solitaria que sólo sabe relacionarse con animales.

–¿Los que piden un amor incondicional?

–Ahí me he perdido.

–Hay un montón de gente hipersensible por ahí que se siente continuamente herida por los humanos, así que vierten todo su amor en perros y gatos. Y los perros, sobre todo, devuelven ese amor, no pueden hablar y, además, es improbable que salgan corriendo en busca de otro dueño.

–Ya, entiendo. Bueno, el caso es que muere algún vejstorio y, bien por las razones que usted ha explicado o porque cree que sus parientes no le apreciaban, deja su dinero a organizaciones como ésta.

–¿Así que usted se dedica a infiltrarse para informar a la policía de cuándo va a haber una manifestación?

–Si tiene pinta de ponerse la cosa fea, sí. Pero tengo que andarme con cuidado. No me preocupa el acto del sábado. Si se pone violento, me esconderé detrás de un matorral y avisaré por móvil.

–¿Cuánto tiempo lleva haciendo esto?

–Seis meses, aquí y allá, en diferentes grupos.

–Parece bastante duro. Ese tatuaje, por ejemplo.

–Se quita lavándolo. No es auténtico y el pelo me volverá a crecer. Me han prometido cambiarme de servicio y enviar a otro.

–¿Y Sybil es la líder del grupo?

–No. Mire, hablan mucho de la liberación de las mujeres, pero estos grupos son tan machistas como todos los demás. Así que colocan a una mujer chillona en la presidencia mientras que otros se encargan de la organización. A veces se ve a gente de clase alta. Les gusta darse un garbeo para vivir emociones fuertes, y no les importa cuál sea la causa. Ahora hábleme de usted.

Y eso hizo James: coronel retirado, intentando escribir historia militar.

–No me importa que se mueva por aquí, lo digo en serio –dijo Zak cuando James acabó su relato–. Pero ensúciase un poco las uñas.

–Y usted debería cambiarse de zapatos –dijo James con una sonrisa–. Van gritando que es poli.

Ese sábado, el vendedor de coches Mike Pratt revisó complacido su aspecto en el espejo. No aparentaba los cuarenta años que acababa de cumplir. Ciertamente, tenía un poco de pelo gris en las sienes, pero eso le daba un aire distinguido. Sus vaqueros de diseño tenían arrugas finas y sus nuevos zapatos de cuero blancos, pensó, le daban un estilo internacional. Miró su Rolex de oro, no era auténtico, claro, pero lo había comprado en Nathan Street, en Kowloon, así que ¿quién podría notar la diferencia?

Su mujer entró en el dormitorio y se quedó mirándolo, con los delgados brazos cruzados. Kylie era su segunda esposa. Había sido una rubia bonita y pequeña cuando se casó con ella diez años antes, pero ahora, pensó Pratt, mirando el reflejo de Kylie en el espejo, parecía un espantajo, y las raíces oscuras asomaban en su cabello rubio; una camiseta corta, unas mallas ceñidas y los zapatos de tacón alto no hacían más que acentuar su dolorosa delgadez. Se ató un pañuelo rojo al cuello de la camisa azul sin corbata.

–Todo listo para que te hagas el pez gordo –dijo Kylie–. Pero no pienso asar esos erizos, ni hablar.

–Tampoco tú sabrías hacerlo –respondió Mike en un tono burlón–. Yo sí, mira tú, gracias a mis antepasados gitanos.

–Pero ¿qué antepasados? –replicó Kylie–. Tu padre es un ladrón y todavía está cumpliendo condena.

–Me refiero a mis abuelos. Mi abuela era de etnia gitana.

Mike dio un trago de vodka de un vaso que estaba sobre el tocador. Su consumo de alcohol asustaba.

Un triste rasgo de los alcohólicos norteamericanos es afirmar que tienen una abuela cheroqui; entre sus equivalentes británicos, la abuela es gitana.

Mike y Kylie vivían en un bonito bungalow entre otros bonitos bungalós, casi todos idénticos con sus cortinas fruncidas en las ventanas y sus céspedes cuidados.

Mike salió llevándose su vaso, rozando a su mujer al pasar. Oyó llegar el primer coche. Había invitado a todos los vecinos. No sabía muy bien cómo había que asar los erizos, pero, al fin y al cabo, eran carne, como cualquier otro animal, y seguramente sólo habría que salpimentarlos y ponerlos encima de la barbacoa.

Hacía un buen día, sin rastro de nubes en el cielo. Sintiéndose como el señor de la mansión, se adelantó para saludar al primero de sus convidados.

Le había pagado al carnicero para que despellejara los erizos, y los pequeños cadáveres formaban un triste montón sobre una mesa junto a la barbacoa. En las otras mesas había cuencos con ensalada, platos de papel, copas, botellas y vasos.

Lo que más le gustaba era servir las bebidas. El jardín empezó a llenarse de gente. Se elevaron las voces con los habituales saludos entre vecinos, «¿Cómo estamos? Yo, muy bien». Las mujeres rodeaban a sus maridos, escuchando atentamente como si no hubieran oído las mismas palabras durante años, puntuando a sus cónyuges con pequeñas exclamaciones: «Sí, claro. Y tanto».

Mike puso los erizos sobre la barbacoa y los pinchó con un tenedor largo. Tal vez tendría que haber intentado probar con uno antes. El olor no resultaba muy apetitoso.

Y entonces varios manifestantes irrumpieron en el jardín.

–¡Asesino! –gritó Sybil.

Enrojecido por el alcohol y la cólera, Mike se adelantó.

–Fuera de aquí, gamberros.

Le dio un puñetazo a Trevor en el brazo. Éste se lo devolvió con otro en plena nariz y Mike se derrumbó hacia atrás, mientras la sangre le cubría la cara, los invitados se dispersaban y las cámaras de televisión zumbaban, porque no se monta ninguna protesta sin informar a la prensa de lo que se va a hacer.

Zak se agachó detrás de un arbusto y llamó pidiendo refuerzos, que ya sabía que esperaban en una furgoneta a la vuelta de la esquina.

James se hallaba a su lado.

–Salga ahí y deje que lo detengan –siseó Zack–. Ya lo sacaré luego.

Así que James se sumó a la juerga haciendo volar por los aires la barbacoa. El carbón encendido rodaba por el césped.

Kylie estaba apoyada en el umbral de la puerta de su casa, bebiendo una copa a sorbos, con una pequeña sonrisa en la cara. El aniversario de Mike estaba resultando inesperadamente divertido.

## CINCO

A la mañana siguiente, Agatha y Roy remolonearon por la casa, reacios ambos a caminar siquiera las escasas millas de distancia hasta Ancombe para hablar con Mary Owen y recoger el coche.

–Veamos si sale algo en las noticias –dijo Agatha mientras ponía Sky Television.

–Todavía no es hora –se quejó Roy–. Son las once y veinte y emiten los inaguantables deportes.

–Pero sólo los últimos diez minutos –dijo Agatha sentada delante del aparato aferrada a una taza de café.

–No dirán nada sobre el asesinato –insistió Roy.

–Veamos.

Acabaron los deportes y siguieron los anuncios. Entonces los dos se irguieron cuando se reanudaron las noticias y una voz dijo: «La barbacoa que celebraba el vecino de Coventry, Mike Pratt, fue ayer objeto de un ataque por parte de miembros de Salvad a Nuestros Zorros».

–Son ellos –dijo Agatha con entusiasmo.

La locución siguió explicando el intento de hacer una barbacoa de erizos.

–Fíjate en el sol que hace –se quejó Roy–. Uno diría que Coventry está en las antípodas en lugar de en las Midlands como nosotros. ¿Por qué tuvimos que acabar empapados hasta los huesos?

–¡Chiss! –siseó Agatha para que se callara.

Un rubio que esbozaba una sonrisa malévolamente volcaba la barbacoa. Agatha se tensó.

–¿Ese hombre no se parece a James?

–Pobrecita –dijo Roy negando con la cabeza–. Empiezas a ver a Lacey por todas partes. Vamos. Por suerte, el sol de Coventry también ha llegado aquí.

–¿No es hermoso? –preguntó Roy mientras trotaba al lado de Agatha por la carretera hacia Ancombe.

Agatha gruñó a modo de respuesta, pero sin dejar de preguntarse por qué la inmensa belleza de la primavera en el campo no parecía filtrarse del todo en ella. Recordó haber pasado algunos sábados de su lamentable infancia en la galería de arte de Birmingham estudiando paisajes ingleses, disfrutando de las vistas pintadas que habían formado parte de aquel temprano sueño de vivir en el campo algún día futuro. Y por eso veía el paisaje que se desplegaba ahora ante sus ojos como una pintura. El verde intenso de las hojas nuevas ya lo conocía de las clases de arte de la escuela. Y los surcos curvados de un campo arado, con los árboles en las lindes alzando sus ramas hacia el cielo azul, se asemejaban mucho a uno de aquellos cuadros. Quién sabe, se dijo, tal vez uno tenía que criarse en el campo para saber apreciarlo.

–¿Crees en Dios? –quiso saber Roy de repente.

–No lo sé –dijo Agatha, quien se preguntaba si la persona en el cielo con la que frecuentemente hacía pactos («Sácame de ésta y dejaré de fumar») existía en realidad.

–Yo creo en la naturaleza –dijo Roy abriendo los brazos de par en par–. A eso se reduce todo.

–¿No te pondrás a abrazar árboles ahora? –preguntó Agatha con suspicacia–. Recuerda que yo tengo que vivir aquí.

–Lo que intento decir es que soy pagano –prosiguió Roy–. Yo soy uno con todo esto que me rodea.

Agatha estaba a punto de hacer un comentario punzante, pero la cara enjuta y flácida de Roy se había vuelto hacia el sol y él parecía sumamente dichoso.

–Me alegro de que te lo estés pasando tan bien –dijo finalmente con brusquedad.

–Es curioso –dijo Roy cogiéndola del brazo–, siempre había pensado que los que se iban de la ciudad estaban locos, pero tal vez si rebajara mis ambiciones, me iría mejor. Tú y yo, Aggie, podríamos formar un equipo y montar una nueva agencia en Mircester. Tener clientes locales. Casarnos tal vez...

–¿Y pasar mis años de vejez con la gente tomándote por mi hijo?

–Piénsatelo. Nos llevamos bien.

Agatha se dijo que una parte de Roy se estaba pasando de la raya, sin embargo se soltó con amabilidad de su brazo y dijo:

–Muy bien, lo pensaré. –Luego añadió–: ¿De verdad crees que tenemos que seguir con esto? Es curioso lo distinta que puede ser la gente de dos pueblos tan cercanos. Aparte de la espantosa señora Darry y unos pocos más, los habitantes de Carsely son personas encantadoras. Pero los que hemos conocido en Ancombe parecen muy desagradables, y sospecho que Mary Owen será la peor de todos.

–Tú has tratado con gente desagradable toda tu vida, Aggie.

«Eso es verdad –pensó Agatha–, y además a mí me daba igual que fueran repugnantes o encantadores, porque sólo era un trabajo, pero ahora he aprendido a apreciar a las personas.»

–¿Dónde vive Mary Owen? –oyó que preguntaba Roy.

–En Ancombe Manor, al final del pueblo. Recogeremos el coche y nos acercaremos en él.

Al cabo de un rato se adentraron con el auto en la entrada de la mansión. Gruesos setos de tejo flanqueaban el estrecho sendero, y a Agatha le dio la impresión de que conducía por un laberinto. De repente se encontraban delante de la casa. Era antigua, muy antigua, construida con piedra de los Cotswolds, llena de recovecos y cubierta de hiedra. Parecía que llevara tanto tiempo allí que se había fundido con el campo que la rodeaba.

La penetrante mirada de Agatha se fijó en que brotaban malas hierbas en el círculo cubierto de grava delante de la mansión. Empezó a creer que el rumor de que Mary Owen estaba pasando por una mala racha financiera era cierto. En tiempos pasados, una mansión como aquélla debía de haber alojado a todo un ejército de servidores domésticos y para las tareas exteriores.

–Bien, preparémonos para otra lluvia de insultos –dijo Agatha pulsando un anacrónico timbre que había junto a la puerta tachonada de hierro.

En un primer momento pensaron que no había nadie en la casa, pero entonces oyeron unos pasos que se aproximaban.

Se abrió la puerta y apareció Mary Owen. Llevaba un suéter raído, pantalones de montar manchados y botas. Un pañuelo le envolvía la cabeza y sostenía un plumero en la mano.

Su mirada de desprecio recorrió a los recién llegados de pies a cabeza.

–¿Qué quieren?

–Soy Agatha Raisin...

–Eso ya lo sé. ¿Y quién es este niño?

–Éste es el señor Roy Silver –respondió Agatha con firmeza, pensando que el hecho de que una viniera preparada para los insultos ayudaba a no perder los papeles.

–Pues largo los dos. ¿Es que no ha hecho bastante daño ya vendiéndose a esa maldita compañía de aguas?

Roy tironeó tímidamente del brazo de Agatha, pero ésta sonrió complacida.

–Sólo quería hablar con usted.

–¿Sobre qué?

–El asesinato.

Mary seguía con el ceño fruncido y el plumero en la mano. Entonces hizo un gesto con la cabeza.

–Pasen.

La siguieron a un pequeño y oscuro vestíbulo y luego por un pasillo enlosado hasta una cocina.

–Siéntense –ladró Mary.

Se sentaron a la mesa de la cocina. Mary sacó una silla con la punta de una bota y se sentó frente a ellos.

–Tiene cierta reputación como detective –dijo Mary.

–He resuelto algunos casos –contestó Agatha.

–Eso dice usted. El único motivo por el que he accedido a perder el tiempo con usted es que podría hacer que la policía entre en razón. Verá, yo sé quién asesinó a Robert Struthers.

–¿Quién? –preguntaron Agatha y Roy al unísono.

–Jane Cutler, ¡fue ella!

–¿Por qué? –preguntó Agatha—. Tengo entendido que esperaba casarse con él.

–Claro que lo esperaba. Esa necrófaga es una profesional en casarse con hombres a punto de morir, excepto que Robert no padecía un cáncer terminal ni nada por el estilo. Podría haber vivido hasta los cien. Así que ella lo ayudó a acelerar el proceso.

–Pero ¿qué ganaba ella con su muerte?

Agatha era incapaz de disimular su desconcierto.

–Porque creo que convenció al pobre Robert para que hiciera testamento en su favor.

–Pero eso no lo sabe con certeza.

–Lo sé. Hágame un favor y explíquesele a sus amigos policías. Ahora, si me disculpa, tengo cosas que hacer.

–¿Qué opinas de lo que ha dicho? –preguntó Roy cuando salían en el coche.

–Creo que tendríamos que acercarnos a Mircester y ver qué nos cuenta Bill Wong.

–¿Por qué crees que se burló de mí de ese modo? –quiso saber Roy con gestos de evidente fastidio—. Me ha llamado niño, ni más ni menos.

–Estaba furiosa conmigo y dio la casualidad de que tú estabas a tiro.

La expresión de Roy se relajó.

–Eso es. No puede ser mi ropa. Quiero decir, este suéter es italiano y me costó un ojo de la cara, y mis vaqueros son lavados a la piedra.

Agatha pensó para sí que, por más dinero que se gastara en ropa, Roy siempre parecería un miembro de una de esas pandillas callejeras de Londres de jovencitos lívidos y desnutridos.

–Oh, mierda –dijo Agatha cuando llegaban a Mircester—. Día de mercado. No habrá aparcamiento en el centro y estoy harta de andar.

–¡Pues aparca aquí mismo! –exclamó Roy.

–Hay línea amarilla. Está prohibido.

–Tú aparca –insistió Roy, al tiempo que rebuscaba en su bolsillo trasero y sacaba la cartera.

De su interior extrajo una pegatina de «discapacitado» y la pegó en el parabrisas de Agatha.

–¿Dónde has conseguido eso?

–De un amigo –dijo Roy.

–Pero ¿y si viene un policía?

–Siempre podemos babear y decir que somos discapacitados mentales. Vamos.

Entraron en comisaría y preguntaron por Bill Wong.

–Tendríamos que haber telefonado –dijo Agatha mientras esperaban–, seguramente habrá salido.

Pero a los pocos minutos, Bill apareció.

–Espero que tengas algo para mí –dijo–. Estoy muy ocupado.

Los condujo a la sala de interrogatorios.

Agatha hizo un resumen de todo lo que había descubierto desde la última vez que lo había visto, y concluyó con la afirmación de Mary Owen de que Jane Cutler había asesinado a Robert Struthers para así heredar tras su muerte.

–Es falso –dijo Bill–. Su hijo es el único heredero, no hay ni una sola mención a Jane Cutler ni a Mary Owen en el testamento.

–Vaya –exclamó Agatha decepcionada.

–Ese anciano, me refiero a Struthers –dijo Roy–, podría haber estado jugando con ambas. Los viejos a veces actúan así para llamar la atención. Quiero decir que le gustaba hacerse el reservado. No le contó a ningún otro consejero qué pensaba votar. A mí me da la impresión de que era un manipulador y disfrutaba con su poder. Supongamos que Jane Cutler creyera que la había incluido en el testamento.

–Eso está bien visto –dijo Bill–, pero ¿por qué no hacer que se casara con ella y así asegurarse del todo? El sentido común le diría que él le dejaría todo a su hijo. Además, Jane Cutler es rica, y si Mary Owen está pasando por una mala racha y creía que él había cambiado su testamento en su favor, entonces podría haberlo matado y luego acusar a Jane para desviar todas las sospechas hacia ella... aunque todo esto está cogido por los pelos.

–James ha desaparecido –dijo Agatha–. ¿Sabes algo de él?

–No –mintió–. Seguramente habrá emprendido uno de sus viajes habituales.

En realidad sí que sabía: Bill se había enterado por radio macuto de que James se estaba haciendo pasar por un miembro de Salvad a Nuestros Zorros, pero el sargento no quería contárselo a Agatha. Creía que cuanto menos viera Agatha a James, mejor. Ojos que no ven, corazón que no siente.

Agatha recobró la compostura como pudo.

–Dijiste que se llegó a la conclusión de que Struthers había sido asesinado en otro sitio y luego arrojado al manantial. ¿Hay alguna prueba forense que lo demuestre?

–No gran cosa. El forense sostiene que alguien limpió el cadáver antes de deshacerse de él. Sólo había una cosa. Un pelo de gato blanco en uno de los dobladillos de los pantalones. Llevaba unos pantalones anticuados.

Los ojos de Agatha resplandecieron.

–¡Así que estamos buscando a alguien con un gato blanco!

–¿Sabes que no hay un solo gato blanco en todo el pueblo de Ancombe? –dijo Bill–. Fuimos preguntando casa por casa. Aunque, claro está, alguien pudo mentirnos.

–No tiene por qué ser un gato completamente blanco –dijo Roy–. Podría ser uno de esos bichos blancos y negros.

–Lo siento, debería haber especificado que el pelo era de un gato persa.

–¿Con toda seguridad gato y persa? –preguntó Agatha–. ¿No podría ser de un perro?

A Agatha le hubiera encantado que resultara ser de la mascota de la señora Darry.

–No hay la menor duda: un gato persa.

–Aun así, al menos es un punto de partida –dijo ella entusiasmada.

–Agatha, no pretendo echar a perder tu entusiasmo por el trabajo de detective aficionada, pero ha habido muchos policías buscando ese gato, y todavía siguen en ello.

–¿Mary Owen tiene coartada?

–Sí, la noche del asesinato estaba con su hermana en Mircester. Pasó con ella toda la velada.

–Pero podrían haberlo asesinado antes, ese mismo día.

–Siempre es difícil precisar la hora de la muerte, pero el crimen se cometió por la noche. La hermana de Mary Owen dijo que ella llegó a las cuatro de la tarde y no se fue hasta la mañana siguiente.

–Una hermana diría cualquier cosa.

–Es verdad, pero parece una dama muy franca y sincera. Bueno, tengo que volver al trabajo.

Cuando Agatha y Roy se acercaban al coche, vieron a un corpulento policía examinando detenidamente el vehículo.

–¡Cojea! –siseó Roy.

El policía se dio la vuelta y observó cómo se aproximaban.

–Gracias, hijo mío –balbuceó Agatha–. Últimamente me olvido de todo. No recuerdo dónde he dejado el bastón.

Deseando con desesperación que no fuera un agente que la hubiera visto antes, Agatha le sonrió débilmente y dejó que Roy la ayudara a sentarse al volante. En cuanto él se hubo acomodado detrás, le dio al contacto con mucho chirrido y equivocándose de marchas.

–Lo admito, estoy nerviosa –reconoció Agatha–. En cuanto paremos voy a arrancar esa pegatina del parabrisas.

–Y ahora ¿adónde vamos?

–Volvamos a Ancombe y demos una vuelta. A lo mejor vemos el gato.

–No hemos comido aún y me muero de hambre.

–Comeremos en el pub de Ancombe.

–¿Y qué pasa con toda esa comida que ibas a preparar? Tengo que coger el tren para Londres esta noche.

–Pues quedará para la próxima vez.

James y Zak habían acordado que no se les viera pasar mucho tiempo juntos. Había un miembro de Salvad a Nuestros Zorros, Billy Guide, que bebía mucho. James decidió ir a por él invitándole a toda la bebida que pudiera ingerir.

Una semana después de la conversación de Agatha con Mary Owen, James asistió a otra reunión y el pulso se le aceleró cuando se enteró de que la siguiente expedición del grupo sería de nuevo el manantial de Ancombe.

Sybil, con sus bonitos ojos iluminados, propuso llevar sacos de cemento y ponerlos en el pilón del manantial.

James, que se reprimía por señalar que ese plan causaría más destrucción al medio ambiente del pueblo que la compañía de aguas, guardó silencio. ¿Por qué un grupo como aquél cambiaba su objetivo olvidándose de los animales para centrarse en el asunto del manantial? Alguien tenía que sufragar el coste de sus acciones. Sybil dijo que el autocar los recogería en el lugar habitual.

Él escuchó a medias sus desatinos, sin dejar de preguntarse si ella misma se creía una sola palabra de lo que decía.

Algunos miembros del grupo pronunciaron discursos entusiastas. James contuvo un bostezo. Se espabiló cuando oyó preguntar a Trevor si ya se había informado a la prensa.

–No –dijo Sybil–. Cuando el manantial esté cubierto de cemento, los llamaremos.

–Espera un momento –farfulló Billy Guide–, si el pilón se cubre con cemento, significa que el agua del manantial se desbordará e inundará el jardín de esa mujer... ¿Toynbee?

–¡Y bien merecido que lo tiene! –exclamó Sybil–. Es culpa suya que el mercantilismo capitalista haya podido contaminar uno de nuestros pueblos ingleses.

Por fin acabó la reunión. James se acercó a Billy.

–¿Una copa?

–Acepto –dijo Billy–, pero no tengo un céntimo.

–Corre de mi cuenta.

–Genial.

–Busquemos un pub un poco alejado –dijo James, sabedor de que Billy iría a cualquier parte por una copa gratis.

De camino al pub, Billy explicó:

–Mi mujer siempre se queja de que vuelvo a casa apestando a cerveza.

–Pues tomemos vodka –replicó James–. El vodka no huele.

«Y que Dios me perdone», pensó. No creía que ninguno de éstos estuviera casado. Billy ya olía como una destilería, pero a James sólo le interesaba emborracharle lo bastante para soltarle la lengua.

No obstante, no quería que su borrachera llegara al punto de impedirle pensar o hablar.

–¿Llevas mucho tiempo casado?

–Diez años.

–¿Hijos?

–Cuatro.

–No tienes trabajo, ¿verdad que no? ¿De qué vives?

–Mi mujer limpia por ahí y mi suegra se encarga de los niños.

Eso era lo que había dado de sí la liberación de la mujer, pensó James desolado.

Billy se perdió en un interminable monólogo inconexo sobre la injusticia de la vida.

Finalmente, James le preguntó:

–¿Cómo entraste en esto de Salvad a Nuestros Zorros?

–Lo hice para sacar algo de dinero para beber.

–¿Te importan los zorros?

Billy le sonrió maliciosamente.

–Pues claro. Es nuestro deber salvar a los pobres bichos.

–Lo que no entiendo –dijo James– es por qué todos estáis tan interesados en ese manantial. ¿Quién os paga?

–Ya sabes cómo funciona. Nosotros vamos. Armamos un poco de bronca. Nos dan cuarenta libras. No está mal.

–Pero, a ver ¿de dónde sale todo ese dinero para pagarnos?

–Se supone que no debemos saberlo, Jim, pero he oído que...

Billy contempló pensativo su copa vacía.

–Pediré otra –se apresuró a decir James.

Volvió con dos vodkas. Billy nunca estaba ni demasiado borracho ni demasiado sobrio. Parecía capaz de ingerir una cantidad enorme de bebida sin derrumbarse. James empezaba a notar también los efectos del alcohol y ansiaba sonsacarle algo a Billy mientras fuera capaz.

–Estabas diciéndome algo sobre quién nos pagaba –dijo James.

–Ah, ¿sí? –De repente Billy pareció hostil y desconfiado—. ¿Qué pinta un pijo como tú con una pandilla como nosotros?

James había dejado de intentar fingir el acento.

–Pues estoy aquí porque no viene mal un poco de bronca de vez en cuando –contestó.

–Eso era lo que pensaba. –Billy levantó la copa—. A tu salud.

–Bueno, ¿y quién paga? Por no decir quién corre con las multas por desorden público.

Billy se inclinó hacia delante.

–Sybil y Trevor prefieren que no sepamos nada al respecto. Como si jugaran a ser espías. Pero me he enterado de que Sybil dijo algo parecido a: «El dinero me lo da esa Owen».

Mary Owen. «Que me parta un rayo», pensó James, ocultando su nerviosismo.

Para su alivio oyó el aviso del camarero:

–Es la hora de cerrar, caballeros, vayan acabando, por favor.

Había sonsacado la información en el último momento.

Ya fuera del pub, se despidió de Billy y regresó apresuradamente a la habitación que había alquilado. Esperaría unos días para no despertar sospechas y luego volvería a Carsely y llamaría a Bill Wong para informarle de que había resuelto el asesinato. Porque si Mary Owen estaba tan interesada en el manantial, era evidente que ella debía de haber cometido el crimen. Y James quería que Agatha estuviera presente cuando se lo revelara a Bill.

Pensó en Zak un momento. Tal vez debería decírselo a él, pero al instante cambió de opinión porque quería toda la gloria para sí.

James volvió a Carsely a primera hora de la mañana del día antes del ataque previsto contra el manantial.

Telefonó a Bill Wong y le pidió que fuera a verlo a las diez de la mañana. No, no podía contárselo por teléfono. Lo justo era que Agatha se enterara de sus noticias a la vez.

Decidió acercarse al *cottage* de Agatha e invitarla en persona. Se sentía como Poirot y sólo deseaba haber tenido una biblioteca para que todos se situaran en la alfombra y explicarles cómo había logrado averiguarlo.

Pero en cuanto salió por la puerta vio un coche aparcado delante de la de Agatha.

Era aquel tipo de la compañía de aguas. Y James hubiera apostado a que no se trataba de una visita matinal, sino que había pasado la noche allí.

Confusa por el sexo y el sueño, Agatha se despertó al oír el agudo chirrido del teléfono.

Descolgó el aparato.

–¡Agatha! –Era James.

–¿Sí?

–Tengo algo que contaros a ti y a Bill Wong sobre el asesinato. ¿Puedes venir a mi *cottage* a las diez?

–Sí.

–Adiós.

–¿Quién era? –preguntó Guy desperezándose y bostezando.

–Un vecino –dijo Agatha–. Tengo que vestirme.

Fue al cuarto de baño, se apoyó en el lavamanos y contempló su cara hinchada y el pelo enmarañado en el espejo. Cuando era joven, una noche haciendo el amor le daba un aspecto radiante al día siguiente. En cambio, ahora, parecía acentuar sus ojeras y las arrugas en las comisuras de los labios.

¿Qué quería James? ¿Y por qué, por qué, había tenido que elegir precisamente esa mañana para llamarla?

Se lavó y se vistió, se maquilló con cuidado y bajó a la cocina, donde Guy ya estaba sentado a la mesa tomando café, envuelto en una de las batas con volantes de Agatha.

Él le sonrió con calidez. Agatha parpadeó. Deseaba no haberse acostado con él otra vez. Pero James llevaba demasiado tiempo fuera y los dos habían bebido bastante durante la cena de la noche anterior.

Se preguntó si Guy sentiría algún afecto por ella. Charles, aquel maldito baronet, había parecido tratarla como una chica fácil, pero la había engatusado y se habían reído y, a su modo, había dado la impresión de estar sinceramente encariñado de ella. Pero Guy parecía estar interpretando un papel.

Agatha miró el reloj de la cocina. Las diez menos cinco.

–Tengo que salir –dijo precipitadamente–. ¿Podrás irte solo? ¿No tendrás problemas llegando tan tarde a la oficina?

Él se rio.

–Una de las ventajas de ser director de la compañía es que uno puede llegar tarde cuando quiera.

Ella se inclinó y le dio un beso distante en la mejilla.

–Te llamo luego –dijo Agatha y salió a toda prisa.

Por la noche había llovido y el aire era fresco y limpio, lo que la hizo sentirse sucia y depravada. Esperaba tener unas palabras con James, pero cuando llegó delante de su puerta, se encontró con Bill Wong, que había venido en coche.

Bill y Agatha miraron pasmados al James rubio y con pendientes que les abrió la puerta.

–¿Qué te ha pasado? –preguntó Agatha.

–Forma parte de mi disfraz –respondió James–. He estado infiltrado. Venid y sentaos, os contaré quién asesinó a Robert Struthers.

–Así que has estado investigando por tu cuenta.

El rubor incendió el semblante de Agatha.

–Tienes un buen chupetón en el cuello –replicó James con frialdad.

–Vamos, vamos –les reprendió Bill–. Esto es importante.

Todos se sentaron: Agatha y Bill en un sofá frente a James, que se acomodó en su sillón favorito.

–Me uní a Salvad a Nuestros Zorros –dijo James.

–Así que sí eras tú al que vi en la televisión –exclamó Agatha.

–¿En la barbacoa? Sí, ése era yo –afirmó James con orgullo–. Bueno, esto es lo que he averiguado: mañana por la tarde irán al manantial para cubrirlo de cemento. Y eso no es todo. He descubierto quién les financia para que se manifiesten: Mary Owen.

–Pero, según los rumores, está pasando por una mala racha económica –dijo Agatha–. Así que no podría permitirse el gasto.

–Los rumores, como la mayoría de los cotilleos de pueblo, seguramente se equivocan –dijo James en un tono de superioridad–. Cualquiera que pague a esa pandilla de matones para que hagan tonterías debe de sentirse lo bastante afectado por todo el asunto como para haber asesinado a Struthers.

De repente, Agatha se alegró de que James se hubiera teñido tan espantosamente el pelo y se hubiera puesto pendientes. Así era más sencillo pensar en él como un desconocido. De golpe se sintió agotada. Lo único que deseaba era que Guy se hubiera marchado ya para volver a meterse bajo las sábanas y dormir.

–¿Informaste a Zak? –quiso saber Bill de repente.

–¿Quién es Zak? –preguntó Agatha.

–Un policía infiltrado que se presentó a James.

Ambos miraron a James.

–No tuve tiempo de contactar con él.

–Mañana tendremos noticias tuyas por el acto de protesta –dijo Bill.

–Así que tú sabías dónde estaba James desde el principio –comentó Agatha con rabia clavando la mirada en Bill.

–Pero Zak no sabía nada de Mary Owen –se apresuró a decir James–. Lo descubrí invitando a beber a uno de los miembros del grupo.

–La detendremos para interrogarla. Tiene coartada –dijo Bill–. La noche del asesinato estaba con su hermana en Mircester.

–Su hermana podría estar encubriéndola.

–No conoces a la señora Darcy, la hermana; es una mujer franca, decente. Pero comprobaremos la coartada de nuevo.

–Tendrías que haberme hablado de todo esto, James –dijo Agatha–. En el pasado siempre hemos investigado juntos.

–Lo habría hecho si no hubieras estado tan ocupada acostándote con un jovencito.

–Ya basta. –Bill se puso en pie–. Vamos, Agatha.

Cuando se hubieron marchado, James llamó a un peluquero de Evesham y pidió cita para que le devolviera el color natural de su pelo. Agatha y Bill habían conseguido que se sintiera mezquino. Bill tenía razón. Tendría que habérselo dicho a Zak.

Cuando Agatha entró en su *cottage*, sonó el teléfono. Contestó y resultó ser Roy Silver.

–Sólo llamaba para saber cómo van las cosas –dijo animadamente.

–¿Qué cosas? ¿El asesinato o el agua?

–El asesinato.

Agatha le contó lo de James. Roy escuchó y luego dijo:

–Eso ha sido un acto mezquino.

Ella reaccionó con amabilidad.

–¿Por qué no te acercas el fin de semana y vamos a la manifestación?

–Genial. Cogeré el tren de primera hora de la mañana.

Agatha se sentía mejor al colgar. Por más espantosamente que se hubiera comportado en el pasado, Roy siempre reaparecía y a ella le apetecía algo de compañía. Entonces se acordó de Guy y maldijo en voz baja. Se sentía tan aturdida cuando salió de la casa de James que ni siquiera había comprobado si el coche de Guy estaba fuera todavía.

–¡Guy! –llamó por las escaleras.

No hubo respuesta. Con un leve suspiro de alivio, subió y cambió las sábanas, la funda y la colcha. Luego se desvistió, se acostó y se sumió inmediatamente en un sueño sin sueños. Una hora más tarde, oyó el timbre del teléfono de abajo. Había desconectado el de la habitación. Dejó que sonara y volvió a dormirse.

En el *cottage* contiguo, James colgó el aparato. Había pensado pedirle a Agatha que le acompañara a Evesham, pero optó por colgar en cuanto saltó el contestador automático.

La lluvia repicaba sobre el andén de la estación de Moreton-in-Marsh la mañana siguiente mientras Agatha esperaba la llegada de Roy Silver.

Acababa de recibir un inmenso ramo de flores de Guy justo antes de salir. Las había puesto en un cubo de agua, con la intención de arreglarlas más tarde. Se preguntaba por qué la idea de que un hombre apuesto le enviara flores le resultaba tan infinitamente deprimente.

El tren Great Western se deslizó con suavidad por el andén. Roy se presentó con una apariencia bastante normal para variar: una Burberry por encima de unos pantalones de pana y una camisa debajo de un jersey en pico.

–¿Qué hay, Aggie? –la saludó dándole un beso empapado en la mejilla–. Espero que no tengamos este tiempo el día de la fiesta. ¿Qué haremos si llueve?

–He contratado los servicios de una de esas empresas que alquilan carpas. Tienen que estar decoradas y disponer de alguna fuente de calor. No hay nada tan frío como un montón de gente amontonada en tiendas húmedas mientras llueve a cántaros. Los Freemont querían contratar una orquesta, pero les convencí de que la banda de Carsely sería más tradicional. De hecho, son bastante buenos. No quiero que parezca demasiado elegante. Cuando hace buen tiempo, siempre me imagino que la fiesta se celebrará en un día despejado, pero si hace un día como hoy, me la imagino como una celebración fría y espantosa, y con muchos niños llorando.

–Ya veremos –dijo Roy–. ¿Cómo podemos averiguar si Mary Owen tiene dinero o no?

–Podríamos preguntar a Angela Buckley. Aunque, ahora que lo pienso, es una mujer muy directa, y me dijo que no me entrometiera.

–¿Y por qué? Debe de tener algo que ocultar. Vayamos a verla.

–Muy bien. Primero dejaremos tu equipaje en casa y tomaremos un café.

Después de subir su bolsa al cuarto de invitados, bajó a la cocina donde le esperaba Agatha.

Miró las flores en el cubo y cogió la tarjeta de la floristería que Agatha había dejado encima de la mesa.

–Vaya, vaya –dijo Roy–. «Con cariño, de Guy.» No será el encanto de Guy Freemont, ¿verdad que no?

–Lo cierto es que mantenemos una estrecha colaboración –dijo Agatha con frialdad.

–Si tú lo dices, querida... –Aceptó una taza de café–. Así que después de ver a esa Angela, supongo que iremos al manantial para la bronca. Me pregunto si Mary Owen tiene dinero de verdad. ¿Y si le preguntamos a James?

–No.

–Como quieras. ¿Hace sol?

Agatha se acercó a la ventana y se asomó. Las gotas brillaban en los arbustos y las flores del jardín.

–Podré dejar salir a los gatos –dijo abriendo la puerta.

*Hodge* y *Boswell* se deslizaron por la rendija y desaparecieron entre la maleza.

–Podría hacerte una gatera –dijo Roy–. Se me da bien el bricolaje.

–Nunca he acabado de decidirme a poner una. Siempre me imagino a un pequeño y delgado ladrón colándose dentro por la noche.

–Como quieras.

Media hora más tarde, salieron hacia Ancombe y atravesaron en coche el campo resplandeciente recién lavado por la lluvia. Agatha bajó las ventanillas del coche. El aire estaba saturado del perfume de las flores.

Pasó por encima de charcos, levantando cortinas de agua a ambos lados del vehículo. Roy empezó a canturrear alegremente con una voz atiplada y desafinada.

–No sé qué hacer cuando tengo tiempo libre –comentó Agatha.

Roy dejó de cantar.

–¿Cómo es posible?

–Estaba pensando que, en un día como éste, debería estar sentada en el jardín con mis gatos, leyendo o simplemente mirando el paisaje. Siempre me da la impresión de que tengo que hacer algo. Si estoy ociosa, me siento culpable.

–En ese caso, haz deporte, no sé, tenis o algo así. Va bien para la línea. La marca que tienes en el cuello ¿es un mordisco, Aggie?

–Más bien una picadura de insecto.

–¿No me digas? Conozco esa clase de insectos. En Londres también hay.

–Ya hemos llegado a Ancombe –dijo Agatha ansiosa por cambiar de tema–. La granja de los Buckley está por ahí.

Al poco ascendían por el camino de entrada de la granja.

–Parece próspera –dijo Roy.

–Con los granjeros nunca se sabe –dijo Agatha–. No pueden tener todas unas vidas tan plenas e idílicas porque en ese caso no se suicidarían tantos.

–Es por todo lo que les hacen a los animales. No creo que mucha gente coma carne ya. Yo, por ejemplo, no como. Y he leído que nadie quiere comer cerdo. Comen beicon, pero no chuletas.

–Yo te diré por qué. ¿Cuándo fue la última vez que comiste una chuleta con sabor? No pretenderás afiliarte a un grupo de defensa de los derechos de los animales, ¿verdad?

–¿Yo? No, querida. Lo que pasa es que no me gusta mucho la carne. Me parece poco saludable.

–Ya hemos llegado. –Agatha se detuvo delante de la puerta de la granja–. Y ahí está Angela.

Angela Buckley los estaba mirando, con sus robustos brazos cruzados sobre el pecho cubierta con una camisa a cuadros y las fuertes piernas embutidas en unos pantalones de pana y botas camperas.

–No me gustaría cruzarme con ella en una noche oscura –murmuró Roy. Se bajaron del coche. Agatha presentó a Roy.

–¿Qué quieren? –preguntó Angela con aspereza–. No seguirán entrometiéndose en asuntos que no les incumben, ¿verdad que no?

–¿Sabía que Mary Owen pagaba a esa gente de Salvad a Nuestros Zorros para que se manifestaran y que esta tarde van a ir al manantial para llenarlo de cemento?

–¿Qué? Más vale que entren. Tengo el hervidor en el fogón.

–Esto me gusta –dijo Roy mirando la cocina de la granja–. Es genuinamente rural.

Angela le lanzó una mirada de desprecio.

–¿Qué pasa con Mary?

Sacó el hervidor del fogón de la cocina Aga tradicional y preparó una olla de café.

Roy observaba entusiasmado. La forma de preparar el café de Angela consistía en echar cucharadas de café a la olla y verter el agua hirviendo encima. Roy esperaba que permitiría que el poso de café se asentara, pero ella no paraba de remover la mezcla con un largo cucharón. Agatha lo pidió solo, y Roy con leche, y luego se quedó mirando desolado el café grumoso que flotaba en su taza.

Agatha retomó el tema de Mary.

–Esa vieja zorra... –dijo iracunda Angela–. Espero que la policía la haya detenido.

–Se la han llevado a comisaría –informó Agatha–. Pero hay algo que no me encaja: Fred Shaw dijo que Mary estaba sin un céntimo y que por eso quería casarse con Robert Struthers. Si no tiene dinero, ¿cómo pudo financiar a esa gente, sus jornales, transporte, por no mencionar los sacos de cemento y las multas que les impongan en los tribunales?

–Creo que Fred Shaw se lo inventó todo. Siempre anda burlándose porque Mary vive en la mansión y no parece invertir mucho dinero en ella. Se encarga de toda la limpieza, cosas así. ¿Dijo él que ella quería casarse con el viejo Robert?

–Sí, y que Jane Cutler también iba tras él.

La expresión de Angela se ensombreció.

–Eso sí podría creérmelo. La vieja bruja mercenaria.

–¿No cree que Mary podría haber asesinado a Struthers? Debe de haberle afectado mucho lo del manantial para pagar a esos tipos de Salvad a Nuestros Zorros.

Agatha se sacó un pañuelo de papel y se dio unos toquecitos en el bigote para enjugarse los posos de café que se le habían formado encima del labio.

–Lo que la afectaba sobre todo era haber perdido la herencia. Me fijé en que cada dos por tres invitaba a comer fuera a Robert, pero pensé que era porque le disgustaba no salirse siempre con la suya y Robert la sacaba de quicio al no contarle qué decisión había tomado.

–¿Por qué ha querido que no me entrometiera?

–Porque –dijo Angela con paciencia– una vez empieza a hurgar en las vidas de los demás, mucha gente acaba dolida, y no hace ninguna falta. –Clavó una mirada hostil en Roy–. ¿Y quién coño es usted?

–Un amigo de Aggie; he venido a pasar el fin de semana. Aggie y yo nos conocemos desde hace mucho.

–Usted era muy joven hace mucho. No tiene por qué molestarse en intentar que me parezca respetable un lío amoroso.

–Oh, por lo que más quiera –gruñó Agatha–. ¿Es que no puedo mantener una conversación con nadie en este pueblucho sin que me insulten?

–Si usted se mete en las vidas privadas de los demás buscando lo peor, es obvio que los demás pensarán lo peor de usted –dijo Angela–. Bueno, estoy ocupada. ¿Por qué no se largan?

–¡Buf! –dijo Roy cuando se alejaban en el coche–. ¿Hay algo en la tierra de estos parajes que hace que todos sean retorcidos y estén amargados? ¿Tienes ganas de ver a alguien más?

Agatha miró el reloj del salpicadero.

–No, vayamos a comer algo, y luego iremos al manantial a divertirnos un rato.

Mientras estaban sentados comiendo, Roy preguntó si había novedades sobre el gato de pelo blanco.

–No que yo sepa –dijo Agatha–. Y eso que miramos por todas partes.

Oyeron el ulular de sirenas de policía a lo lejos.

–Han llegado los refuerzos –dijo Roy–. Anímate, Aggie. Todo esto hará que Ancombe salga en las noticias.

Dejaron el coche delante del pub y fueron andando hasta el manantial. Alertados por las sirenas, otros vecinos también se dirigían hacia allí.

Agatha vio a Bill Wong hablando con algunos policías y se dirigió hacia él. Bill hizo un aparte con ella.

–Mary Owen tiene una coartada incontestable.

–Pero su hermana podría estar encubriéndola, ¿no?

–La vieron los vecinos. Aquella noche las cortinas estaban sin correr y pudieron ver a las dos hermanas cenando y charlando.

–Hay que fastidiarse. De vuelta al punto de partida. ¿Has detenido a Mary Owen?

–No, no hay nada ilegal en donar dinero a estos grupos. A no ser que uno de ellos confiese que Mary Owen les dijo que llevaran a cabo los actos vandálicos, no tenemos nada contra ella. Y ella afirma que eso de que está arruinada no es más que un bulo y que podemos comprobarlo con su banco.

–¿Y qué pasa con ese tipo que le contó a James que era ella la que les pagaba?

–¿Billy Guide? Con un poco de suerte vendrá con los demás. Aquí está James.

James y Agatha intercambiaron leves y gélidos saludos con la cabeza.

–Ahí llegan los manifestantes –dijo Roy.

El autocar que los traía se detuvo en la carretera, a cierta distancia. Agatha vio que varios de ellos miraban enfurecidos al descubrir la inesperada y abundante presencia policial. Discutieron unos minutos, luego se abrió la puerta del autocar. Aparecieron cuatro de los hombres cargando un saco de cemento.

Seguidos por los demás, se encaminaron hacia el manantial. James, con el pelo ya de su color natural y sin pendientes, le dijo a Bill Wong:

–Billy Guide no está entre ellos, ¿y por dónde anda Zak?

–Lo han apartado de la misión. Después de ver a tanta policía aquí, empezarán a buscar un confidente. Probablemente pensarán que eras tú, pero también podrían descubrir a Zak, y, además, estaba harto de este servicio. Billy Guide está ingresado en el hospital desde el día siguiente de tu invitación, aquejado de una pancreatitis.

Un policía salió al paso a los cuatro hombres que cargaban el saco de cemento.

–¿Adónde van con eso?

–¡Seguid adelante! –gritó Sybil desde detrás de ellos–. No dejéis que esos cerdos os detengan.

Para sorpresa de los manifestantes, el policía se apartó. Avanzaron hacia el manantial y uno rajó un extremo del saco de cemento.

Agatha se dio cuenta de que ése era el momento que estaba esperando la policía. Tenían que detenerlos en el acto de intentar taponar el manantial. Los hombres fueron arrestados; el saco, arrojado a un lado. Los otros manifestantes, una veintena, empezaron a atacar a los policías a patadas, puñetazos y empujones.

Dos policías se llevaron a Sybil a rastras por delante de James. Ella lo miró al pasar y, al reconocerlo, le escupió en plena cara.

–Cómo entiendo a esa mujer –dijo Agatha.

## SEIS

Después de ese fin de semana, Agatha volvió a Londres con Roy. Conocía a los periodistas, criaturas siempre veleidosas –y por eso mismo muy capaces de olvidarse de la fiesta–, de modo que había que recordárselo y acosarlos una y otra vez para que acudieran. Pero también necesitaba una excusa para alejarse de Carsely, de James y de Guy.

Al principio le pareció que los periodistas se mostraban tibios ante la perspectiva de realizar una visita a la campiña para asistir a una fiesta rural con motivo del lanzamiento de una nueva agua, ni más ni menos. Así que Agatha les contó el intento de taponar el manantial, del que se habían enterado demasiado tarde los canales de televisión y los periódicos nacionales para obtener pruebas gráficas del ataque. Agatha insinuó la lúgubre posibilidad de una bronca mayúscula el día de la fiesta, dibujando una imagen alarmante de encantadores niños pequeños arrojados por los aires por los manifestantes y de damas de pueblo chillando aterrorizadas. El interés por la celebración se reavivó de tal modo que Agatha llegó a pensar que incluso sería una buena idea que ella misma pagara a algunos manifestantes para que hicieran acto de presencia.

A finales de esa semana, creyó que había hecho un buen trabajo, pero tuvo una decepción justo cuando estaba a punto de volver a Carsely. Jane Harris, la estrella cinematográfica que había aceptado inaugurar la fiesta, había cambiado de opinión. Su agente llamó para comunicarle que la señora Harris había leído las noticias sobre el asesinato en Ancombe y las manifestaciones y que simpatizaba con los que protestaban, pues consideraba que había que proteger la vida rural inglesa.

–Pero si esa estúpida zorra vive entre Chelsea y Los Ángeles –aulló Agatha.

El agente le colgó el teléfono.

«Estoy perdiendo el tacto –pensó Agatha desconsolada–. Ahora ¿a quién puedo conseguir? Más vale que sea alguien importante o los Freemont me rescindirán el contrato.»

Sonó el teléfono. Era la señora Bloxby, la esposa del vicario.

–¿Cómo ha conseguido mi número? –preguntó Agatha.

–Me lo dio usted, ¿no se acuerda? ¿Cómo van las cosas?

–No muy bien. Tengo que quedarme más tiempo. Jane Harris ha cancelado su asistencia. Todavía no se lo he dicho a la compañía de aguas. Tengo que encontrar a un sustituto.

Siguió un largo silencio.

–¿Está ahí? –preguntó Agatha.

–Estoy pensando.

Agatha suspiró. Le caía muy bien la esposa del vicario, pero ¿cómo iba a ayudarla ella?

–Ya lo tengo –dijo la señora Bloxby.

–¿Qué? –preguntó Agatha.

–The Pretty Girls.

–¿Y quiénes son ésas? No creo que las conozcan ni en sus casas.

La señora Bloxby rio.

–Nunca habría imaginado que yo estaba más al día que usted. Son un grupo de pop. Número uno en la lista de éxitos. Son lo último en cantantes pop. Muy guapas y visten ropa *vintage*. Hacen un montón de obras de caridad. ¿Quién se beneficia de la fiesta?

–La compañía de aguas, supongo.

–Si dice que el dinero se destinará a colaborar en la lucha contra el sida, que es algo que apoyan The Pretty Girls, creo que aceptarían si estuvieran libres. Atraerían a una multitud. También están a favor de la liberación de los animales, así que su presencia dará a la fiesta cierta respetabilidad entre los grupos medioambientalistas.

–Es usted un genio –dijo Agatha–. Me pondré manos a la obra ahora mismo.

Unas cuantas llamadas más tarde, Agatha, para su alegría, había confirmado la presencia de The Pretty Girls. Entonces llamó a la compañía de aguas a Mircester y le pusieron con Peter Freemont.

–No creo que Jane Harris sea la estrella apropiada –dijo Agatha mintiendo, pensando que el hecho de que Jane Harris rechazara asistir a la fiesta le daba mala fama profesional–. Así que he conseguido a The Pretty Girls.

–Es usted un genio, Agatha. ¿Cómo las convenció para que aceptaran?

–Contribuiremos con el dinero de la fiesta a la lucha contra el sida.

–¿Después de habernos deducido los costes?

–Por supuesto.

–No sé cómo lo hace. Son el número uno en la lista de éxitos.

–Lo sé.

Le incomodaba no poder atribuirle a la señora Bloxby la idea, pero así era el mundo, y no quería admitir que ella no tenía ni idea de quién era ese grupo pop. Su interés por los grupos de música había acabado cuando se jubiló y dejó de representar a algunos de ellos.

Más tarde descubrió que The Pretty Girls habían alcanzado la fama meteóricamente hacía tan sólo un mes y se sintió mejor al comprobar que no estaba tan desfasada. Entonces decidió alargar su estancia en Londres para informar de la noticia buscando a los periodistas de la sección de espectáculos.

Agatha también había conseguido la asistencia de lord Pendlebury, un aristócrata local, para entregar los premios en un concurso de talentos infantiles.

Cuando regresó a Carsely, sentía que estaba a un paso de tener el mayor éxito como relaciones públicas de toda su carrera.

En julio hizo un tiempo perfecto, con un día soleado tras otro. Agatha se mantuvo ocupada. Si bien había decidido poner fin a la aventura con Guy, cada mirada gélida y dura de James cuando se cruzaban la enviaba de vuelta a sus brazos siempre abiertos. Detestaba la diferencia de edad. Había acabado su serie de sesiones postergadas con la esteticista, pero aún sentía la obligación de guardar las apariencias. Se dio cuenta de que se fijaba en las mujeres de su edad, preocupada por no vestir el tipo de ropa que llevaban, como los trajes pantalón de terciopelo. De hecho, concluyó Agatha, a no ser

que la figura de la mujer de mediana edad fuera esbelta y de aspecto juvenil, todos los trajes chaqueta quedaban prohibidos. Y también todos los suéteres a rayas. Eran un signo de frivolidad a esa edad. Como la señora Wentworth-Brewster de la canción de Noel Coward «A Bar on the Piccola Marina».

Por suerte, todas las preocupaciones por el envejecimiento y los preparativos para la fiesta la mantuvieron muy ocupada, así que James pasó a algún rincón muy perdido en su interior, como un pequeño y molesto dolor, pero nada más.

Los espléndidos días se prolongaron hasta ya entrado agosto. El asesinato y el inexistente gato persa cayeron en el olvido. No hubo más manifestaciones contra el manantial.

Finalmente, llegó la víspera de la fiesta. Agatha regresaba con Roy de dar una vuelta por el espacio elegido para celebrarla, una vez comprobadas las carpas y revisados todos los preparativos. La previsión del tiempo era ambigua. Se esperaban lluvias, pero no hasta última hora de la tarde del día siguiente, cuando la fiesta ya habría acabado.

Agatha y Roy se sentaron en el jardín de su *cottage* con unas bebidas frías en vaso largo.

–¿Te ha llamado alguien? –preguntó Roy despreocupadamente.

–Más vale que compruebe el buzón de llamadas –dijo Agatha–. Dentro de un momento.

–¿Así que James y tú habéis roto de verdad?

–Hace mucho que todo acabó entre nosotros. Prefiero no hablar de ese tema. Iré a comprobar los mensajes.

Agatha marcó su código, recordando cuántas veces habría marcado esos números con la esperanza de escuchar un mensaje de James.

–Tiene tres mensajes –dijo la voz remilgada–. ¿Quiere escucharlos?

–Sí –dijo Agatha. No tenía sentido gritar–, claro que quiero escucharlos, zorra estúpida. –Además, el ordenador no reconocía los insultos.

El primer mensaje era de Robina Toynbee. Parecía tensa.

–«Por favor, llámeme, señora Raisin. Es muy importante.»

El segundo mensaje era de Portia, la elegante secretaria de los Freemont. Agatha no le caía bien y su voz sonó distante y fría.

–«Por favor, reúnanse con el señor Peter en la carpa de dirección a las nueve de la mañana.»

El tercer mensaje era de la agente de The Pretty Girls.

–«Un verdadero desastre, ¿no? Por supuesto, ellas no acudirán. ¿Puede creerlo? ¿Cómo han podido destruir su carrera así?»

Agatha buscó el número de la oficina de la agente, pero sólo obtuvo la señal de comunicar. Llamó a Roy.

–Tengo un mensaje sin pies ni cabeza de Carol, la agente de The Pretty Girls, y su teléfono no para de comunicar. Dice que no vendrán y que han destruido su carrera.

–Enciende la televisión. Es casi la hora de las noticias.

Agatha sintonizó Sky y se sentaron delante del aparato, los dos con la espalda erguida y mirando fijamente la pantalla.

Era la noticia que abría los informativos. La policía había entrado en una casa de Fulham donde The Pretty Girls daban una fiesta y habían descubierto grandes cantidades de éxtasis, heroína, anfetaminas y marihuana. Pretty Girl Sue, la líder del grupo, estaba metida en un armario, inconsciente a causa de una sobredosis. Luego seguía una breve historia del grupo, cuya fama se había erigido sobre una imagen familiar y limpia.

–¿Qué vamos a hacer? –dijo Agatha, que se había quedado lívida–. Es demasiado tarde para conseguir a nadie más.

–Pues no nos queda otro que lord Pendlebury –contestó Roy.

–Pero ¿acaso no te das cuenta de lo que eso significa? –aulló Agatha–. La prensa no se presentará, al menos no la nacional, sólo vendrá la local. No quiero que los medios me dejen tirada a última hora por culpa de The Pretty Girls. Más vale que empiece ya, ¿qué digo?

–Sabe Dios –dijo Roy–. Insinúa que puede haber otro asesinato. Insinúa que se ha convocado otra manifestación.

Agatha empezó a telefonar a todos los periódicos y canales de televisión. Decía cosas como: «Espero que esos defensores de los animales no arruinen la fiesta. Cientos de ellos han amenazado con manifestarse. Tuvimos un asesinato en Ancombe. Espero que no tengamos otro». Cuando se cansó, la sustituyó Roy.

Entonces Agatha llamó a Guy.

–Sí, lo he visto en las noticias –dijo él–. Esperemos que podamos sacar algo. No es culpa tuya, Agatha.

Como puntilla, cuando Agatha y Roy se despertaron a la mañana siguiente, una lluvia constante de las que calan hasta los huesos caía de unos cielos bajos.

Roy intentó consolarla.

–Tú ya hiciste los preparativos necesarios por si llovía, Aggie, ¿te acuerdas? Todos los actos pueden realizarse a cubierto bajo las carpas.

–Pero íbamos a desfilas tras la banda del pueblo hasta el manantial –se lamentó Agatha–, y yo me imaginaba la escena en un día soleado. Ahora lo único que tendremos será una fila mal formada de gente cubierta con paraguas.

–Sólo nos queda hacerlo lo mejor que sepamos –suspiró Roy.

Agatha esperaba que los hermanos Freemont le echaran la culpa por el tiempo que hacía, pero los dos parecían bastante tranquilos y de buen humor.

–Todo parece bastante animado –dijo Guy–, y empieza a llegar un montón de gente.

–¿Y los periodistas?

–Ya están cargándose de licor en la carpa de prensa.

–Más vale que vaya con ellos. Roy, acompáñame.

Al entrar en la carpa, el ojo experto de Agatha recorrió a los periodistas reunidos y se le cayó el alma a los pies. Estaban el *Birmingham Mercury* –un buen periódico–, el *Cotswold Journal*, el *Gloucester Echo*, la Midlands Television y demás, todos medios locales. Pero ¿dónde estaban los nacionales?

Agatha se movió entre los periodistas charlando animadamente. Lord Pendlebury abriría la fiesta a las once en la carpa principal, luego todos tendrían ocasión de comprar en los puestos de venta. A las doce la banda del pueblo encabezaría una procesión hasta el manantial.

Cuando Agatha fue a la carpa principal para escuchar el discurso de lord Pendlebury, supo que había sido un fracaso espantoso. La lluvia lo empapaba todo, pese a las flores y los radiadores colocados en las carpas. El suelo

estaba fangoso y se esponjaba bajo los pies y, además, hacía frío. Se había levantado un viento malicioso que agitaba la lona calada.

Lord Pendlebury pronunció un largo y tedioso discurso sobre su servicio militar durante la Segunda Guerra Mundial. No mencionó a la compañía de aguas y Agatha de repente creyó que el hombre se había olvidado por completo de dónde estaba. Un bebé rompió a llorar. Un niño pequeño pateó a su hermana en la espinilla y la niña empezó a chillar, a lo que otros pequeños respondieron igual, como si compitieran entre ellos.

Los adolescentes que se habían desplazado desde Birmingham con la esperanza de ver a The Pretty Girls bebían cervezas de lata y parecían malhumorados.

Cuando llegó la hora del desfile hasta el manantial, el único deseo de Agatha era salir corriendo de allí y esconderse. Lo planeado era que los hermanos Freemont, lord Pendlebury y ella encabezaran la procesión. En un principio, estaba previsto que The Pretty Girls fueran delante. ¡Y cuántas veces se había imaginado Agatha esa imagen! Las multitudes, la risa, la banda alegre, el sol brillando con fuerza.

Vio a James hablando con una mujer atractiva en la carpa donde se servían refrigerios. Se reía de algo que ella le contaba. La desdicha de Agatha era completa.

De repente Guy se puso a su lado.

—¿Dónde estabas durante el discurso de lord Pendlebury? —le preguntó ella.

—Por ahí, pensando en emborracharme, pero sin hacerlo. Vamos a unirnos al desfile.

—¿Cómo va a tocar la banda con esta lluvia?

—El director me ha asegurado que están acostumbrados. Avisa a la prensa de que salimos.

Los periodistas, era evidente, habían compensado la falta de una celebración que fuera digna de noticias charlando entre ellos y bebiendo mucho. Parecían reacios a salir, pero recogieron obedientemente sus equipos y siguieron a Agatha bajo la lluvia.

Al acercarse al manantial a la banda le dio por interpretar «Bridge Over Troubled Water». «Suena como una canción de funeral –pensó Agatha, a la que le entraron ganas de llorar–, y parece como si ésta fuera una procesión fúnebre.»

–Oh, Dios mío –dijo Guy agarrando el brazo de Agatha.

–¿Qué?

–¡Mira ahí!

La música a sus espaldas titubeó hasta acallarse, salvo el tambor, que no veía bien qué era aquello que paralizaba a los demás.

Robina Toynbee colgaba boca abajo del muro de su jardín. La sangre de una herida abierta en la cabeza goteaba en el manantial. Bum, bum, bum, repicaba el tambor. Luego, también enmudeció.

Una mujer chilló, un sonido agudo, fuerte y prolongado.

Siguió el caos.

Los periodistas se despabilaron y se abrieron paso a empujones para hacer fotografías.

Guy sacó apresuradamente su teléfono móvil y se lo lanzó a Agatha.

–Busca un rincón tranquilo y avisa a los medios nacionales, ¡deprisa!

–Pero la policía...

–Yo la avisaré. ¡Vamos!

Le dio un pequeño empujón.

Agatha se abrió paso rodeando a los congregados y luego corrió a la carpa de prensa vacía. Se sentó, se sirvió un brandi sin hielo y empezó a telefonar mientras en su interior crecía una sensación de asco por su trabajo.

Llegó Roy. Ella le dio una lista de los medios a los que ya había llamado.

–Yo me pondré en contacto con los demás –dijo Roy–. Dios, me ha revuelto el estómago. Esa pobre mujer.

–Me llamó anoche, pero la noticia de The Pretty Girls me la quitó de la cabeza –dijo Agatha.

–Qué le vamos a hacer, centrémonos en esto. Peter Freemont quiere que le prepares una especie de declaración, para leerla a la prensa.

Agatha abrió el maletín, sacó el portátil y lo encendió. Casi sin pensarlo, le vinieron las palabras. «Agua de Ancombe, el Agua de la Vida, tendrá éxito porque es la mejor agua mineral del mercado. Los desgraciados asesinatos no impedirán que la compañía la produzca o pierda la confianza en su calidad. Ya han corrido rumores de que cierta compañía rival sin escrúpulos está dispuesta a hacer cualquier cosa para sabotear el lanzamiento», y así hasta el final.

Percibía vagamente la voz de Roy hablando.

Entre las botellas de licores que tenía delante, el Agua de Ancombe resplandecía con su tono blanco, con la calavera de la etiqueta grabada en negro. Una pequeña fila de apretadas calaveras le sonreían malévolamente.

–Tengo que ir a casa para imprimir esto –dijo.

–Yo la he traído –dijo Roy, que acababa de colgar tras hacer una última llamada–. Quiero decir que he traído mi impresora. La llevo en mi bolsa, la del rincón. Iré a buscarla.

–¿Cuándo crees que llegarán los medios nacionales?

–Los corresponsales estarán aquí en cualquier momento y el grupo potente debería llegar, tráfico mediante, dentro de una hora y media. Vamos a estar muy ocupados. Espera un momento, Aggie. Tomemos una copa y sentémonos un minuto tranquilos. No sé tú, pero ahora mismo detesto este maldito trabajo y quiero incorporarme a los Cascos Azules.

–¿Sabes una cosa? Que eres un tipo bastante decente, Roy. Yo estaba pensando en algo parecido.

–¿En casarte conmigo?

Agatha se rio.

–No hablas en serio. Ya me he tomado un brandi. Más vale que siga con lo mismo. Va a ser un día muy largo.

Roy sirvió dos brandis.

–Escucha la lluvia. Cada vez llueve con mayor intensidad. O, Dios, dijimos a los medios nacionales que sucederían cosas terribles. La policía va a creer que nosotros, o los Freemont, matamos a esa pobre mujer para conseguir publicidad.

–Es un poco descabellado. Pero hay algo que sí puedo asegurarte, Roy: he acabado con Guy Freemont. Sí, ya sé que tiene que salvar un negocio, pero al menos podría haber avisado a la policía y a una ambulancia en lugar de pasarme su móvil y mandarme que llamara a los medios.

–¿Estabas enamorada de él?

–Un poco. Tal vez..., pero no, no. Me sentía halagada porque él era mucho más joven y atractivo, y James me estaba desairando cada dos por tres y luego se lanzó a investigar por su cuenta. Pero nada de eso importa ahora. Robina no me caía bien, pero ¿quién le haría algo así? ¿Y por qué? Había recibido esas cartas de amenaza y, pese a todo, no quería enseñárselas a la policía.

–Hablando de policía, más vale que imprimas tu texto inmortal. No tardarán en presentarse. ¿Viste a alguno de nuestros sospechosos por aquí? Me refiero a que pudo haber sucedido justo antes de que empezara el desfile.

–No. Tampoco los estuve buscando, la verdad. Simplemente me alegré de que ninguno de ellos se presentara para insultarme.

Roy conectó su impresora al portátil de Agatha.

Cuando el texto empezaba a salir, la carpa de prensa se llenó. Se oían voces hablando por móviles, se colocaban portátiles entre los vasos y las botellas.

–El Agua de la Vida –oyó Agatha gritar a un periodista por el móvil–. El Agua de la Muerte sería un buen titular.

Portia apareció junto a Agatha. El traje de *tweed*, pensó Agatha con amargura, le quedaba tan bien que parecía que se lo hubieran pintado encima. El hecho de que pudiera llevarlo tan ceñido y, a la vez, tan liso debía de ser fruto de un milagro de la confección.

–¿Tiene la declaración del señor Peter? –preguntó.

Agatha recogió las páginas de la impresora y se las pasó.

–Sugiero que las lea Guy en público.

–¿Por qué?

–Es más guapo y muy fotogénico en televisión.

Portia se inclinó hacia delante y susurró:

–¿No le parece que su encaprichamiento por Guy resulta un poco penoso a su edad?

–Piérdete –replicó Agatha con rabia.

–Tanto da. ¿Hemos llamado a todos?

–Sí, y con esta pandilla informando a sus redacciones, y sus redacciones avisando a Londres, diría que ya lo sabe todo el mundo. Ya estará saliendo en las noticias de la radio.

El resto del día pasó como un borrón de actividad frenética para Agatha. Peter Freemont leyó la declaración que ella había redactado. Había cámaras por todas partes, disparando fotos y flashes. Los reporteros de televisión hicieron su trabajo, y entrevistaron a todos cuantos creyeron que podrían tener algo interesante que decir, precedido por el eterno cliché televisivo de que se viera al entrevistado andando. ¿Por qué había que ver a la gente andando antes de encarar las cámaras?

Sobre las cabezas colgaban micrófonos de jirafa, oblongos y cubiertos de pelo. La lluvia seguía cayendo implacable. Los niños que no habían podido realizar sus actuaciones en el concurso de talentos gritaban y chillaban, y los adolescentes, de mal humor y enrabiados, arrancaban trozos de hierba con sus Doc Martens.

Para horror de Agatha se topó con lord Pendlebury, que hacía otra declaración a la prensa.

–Todo es culpa de los forasteros –decía–. Gente desagradable. Nunca tuvimos estos problemas cuando los de ciudad se quedaban en la ciudad.

Rápidamente se colocó delante de él y dijo en voz alta:

–Estamos en deuda con lord Pendlebury por ofrecer su apoyo al lanzamiento del Agua de Ancombe. Coincidirá conmigo en que todo aquello que atraiga negocios y cree empleo en una zona rural es bienvenido. ¿Saben que la compañía de agua de Ancombe da prioridad a la contratación de los vecinos del pueblo?

Y así siguió, hasta que el distinguido caballero se alejó arrastrando los pies y los chicos de la prensa empezaron a bostezar.

Finalmente, Roy y ella tuvieron que sentarse en una furgoneta de la policía.

–A ver, vosotros dos –dijo Bill Wong en un tono severo–, ¿qué os proponíais insinuando a la prensa que iba a suceder algo terrible? Debéis saber que andan murmurando que Robina Toynbee fue asesinada como parte

de una estrategia publicitaria.

–¡Eso es absurdo! –exclamó Agatha.

–Entonces ¿por qué dejaste caer la posibilidad de que algo así sucediera? Agatha parecía hundida.

–Creí que la prensa estaba perdiendo el interés. No insinué que se tratara de un asesinato. Tan sólo dejé caer que podría haber otra manifestación. Era algo que bien podría haber sucedido. Es mi trabajo, Bill. Tenía que atraerlos.

–Pues ahora los tienes a todos aquí –dijo Bill en un tono de voz sombrío.

–Ahora que lo pienso, ¿por qué no asistió Robina a la fiesta? –preguntó Roy.

–Parte del acuerdo era que Robina Toynbee estuviera en el muro de su jardín junto al manantial cuando llegara el desfile. Eso le dijo a su vecina.

–¿Y con quién llegó a ese acuerdo? –preguntó Agatha–. Porque yo no sabía nada. ¿Habló con los Freemont?

–No, por suerte para ellos, porque habría empezado a pensar que se trataba de algún macabro ardid publicitario. Según su vecina, la señora Brown, fue a la propia Robina a quien se le ocurrió todo el montaje. Estaba molesta porque no se le había pedido que pronunciara un discurso, teniendo en cuenta que el agua era suya. Así que pensó esperar en el muro de su jardín y, cuando llegara el desfile, soltar su discurso. Las notas para el discurso se encontraron en la hierba, junto al cadáver.

–¡Ay, Dios! –Agatha miró fijamente a Bill con los ojos desorbitados–. Robina me dejó un mensaje anoche. Quería que la telefonara. Entonces me enteré de que el grupo de pop no podría venir y me olvidé de ella. Tal vez quería comentarme lo de del discurso.

–Es posible –dijo Bill–. ¿Grabaste el mensaje?

–Sí, seguirá en el buzón de voz.

–Me acercaré a tu casa más tarde y lo escucharé.

–Así que parece que volvemos a los miembros del consejo que se oponían a que la compañía de aguas se saliera con la suya –dijo Agatha–. Los que se oponían eran Bill Allen, Andy Stiggs y Mary Owen. ¿Se sabe dónde estaban?

–Mary Owen estaba en casa. Dijo que no quería saber nada de esto. Bill Allen afirma que se encontraba en su vivero, pero teniendo en cuenta que le había dado una hora libre a sus empleados, dos jóvenes, para que fueran a la fiesta, no hay testigos. Andy Stiggs afirma que estuvo trabajando en su jardín.

–¿Con el tiempo que hace?

–Ha declarado que como la lluvia era tan fuerte había estado a punto de soltar una rosa trepadora y la estaba atando. Con toda la maleza que había en el jardín de Robina Toynbee cualquiera podría haberse escondido allí y, en cuanto ella llegó al muro, asestarle un golpe a traición. La mayoría de la gente del pueblo estaba en la fiesta.

–Sí, y cuando nos encaminamos hacia el manantial, aparte de los de la fiesta que acompañaban el desfile –dijo Agatha–, no había nadie más a la vista.

–Os voy a tomar declaración a los dos –dijo Bill–. Quiero que expliquéis detalladamente y sin titubeos por qué insinuasteis a la prensa que podría haber problemas y qué hacíais en el momento en que se cometió el asesinato.

Pareció llevarles mucho tiempo.

–Necesito una copa –dijo Agatha cuando finalmente acabaron–. Vamos a ver a los Freemont. Quiero salir de aquí cuanto antes.

Encontraron a Guy, Peter y Portia en la carpa de la prensa. Portia se reía de algo que contaba Guy, y apoyaba la mano en el brazo de él. Agatha entrecerró los ojos. Entonces se recordó a sí misma que no quería saber nada más de Guy, es decir, al menos desde un punto de vista romántico. Ansiaba ser una mujer de la edad que tenía, comportarse como tal y dejar de preocuparse por las arrugas y la carne flácida.

–¡Agatha! –exclamó Guy soltándose de Portia. La abrazó y le dio un beso–. ¿No es espantoso? Pero lo has manejado espléndidamente.

–No sé –dudó Agatha zafándose con torpeza del abrazo–. Oí que uno de los periodistas sugería que un buen titular sería el Agua de la Muerte.

–No te preocupes. Ya deberías saber cómo funciona. Cuando todo esto haya pasado, lo único que recordará la gente es el nombre verdadero. Mañana habrá titulares en todo el mundo. Tenemos un gran director de *marketing*. Hemos enviado remesas complementarias a todos los restaurantes de los alrededores, así como a los principales establecimientos de Londres. Es un

diseño ingenioso. Habría salido más económica si hubiéramos embotellado el agua en un envase de plástico, pero nos dimos cuenta de que el éxito de Perrier, por ejemplo, se debe a que viene presentada en botella de cristal con tapón de rosca, y así no pierde el gas.

–¿Habéis declarado ante la policía?

–Sí, todo eso ya está solucionado. No te preocupes, Agatha. Todo ha salido muy bien.

–Bueno, el acuerdo era que mi trabajo terminaba el día de la fiesta –dijo Agatha–. No os veré mucho a partir de ahora.

–¿Llegamos a ese acuerdo?

–Sí –dijo Roy adelantándose–. Tengo la semana libre, Aggie. Si puedes aguantarme como yo te aguanto, me gustaría quedarme unos días más.

–Muy bien –dijo Agatha.

–Espere –se apresuró a decir Peter–, tal vez podría pasarse por la oficina el lunes. No tenemos sustituto. Necesitamos un experto para que la campaña despegue, pero ahora, con el asesinato y todo lo demás, podríamos aprovechar sus servicios.

–Deme una semana –dijo Agatha rápidamente–, y me lo pensaré.

Al salir de la carpa de la prensa, Roy y Agatha se encontraron con un sol resplandeciente.

–Típico –dijo Agatha y, entonces, se echó a llorar.

## SIETE

Bill Wong llegó al *cottage* de Agatha con el inspector jefe Wilkes y una agente. Escucharon atentamente el servicio de contestador automático de Agatha.

–Parece alterada –dijo Wilkes.

–Robina podría haber recibido más cartas amenazantes –dijo Agatha–. Llevaba tiempo recibéndolas y yo le dije que se las enseñara a la policía, pero se negó. Ya te hablé de ellas, ¿no es así, Bill?

–Más vale que vuelvas a contarnos, para que lo escuche el inspector, todo lo que descubriste.

Así que Agatha volvió a empezar por el principio. Todo parecía un tremendo embrollo, y la idea de que uno de los respetables miembros del Consejo Parroquial de Ancombe fuera de repente un asesino, resultaba difícil de creer.

Llamaron al timbre.

Roy fue a abrir y regresó seguido de James.

Agatha lo miró con frialdad, y en el fondo de su corazón le echó la culpa por su aventura con Guy.

–Bien –dijo Bill levantando la mirada de sus notas–. Nos disponíamos a hacerte una visita, y así ahorramos tiempo. ¿Crees que alguno de esos tipos de Salvad a Nuestros Zorros está lo bastante loco para cometer un crimen?

–Cabe la posibilidad –contestó James dejándose caer en un sillón–. Eso explicaría el segundo asesinato, pero no el primero. Nadie sabía en qué sentido votaría el viejo Struthers.

–Es una pena lo de Mary Owen –dijo Agatha–. Ella era mi principal sospechosa. Es lo bastante fuerte y lo bastante ruin.

–Parece tener una buena coartada al demostrarse que realmente no había mentido, que estaba en casa de su hermana.

–¿Habéis pensado en la compañía de aguas? –sugirió James–. Con el suceso de hoy conseguirán publicidad en todo el mundo. El lanzamiento apenas habría tenido repercusión si no hubiera sido por el asesinato. Sin siquiera un grupo de pop. Nada con que llamar la atención.

–Eso me parece una tontería –repuso Agatha acalorada.

–Bueno, es tu opinión. –La voz de James sonó fría–. Pero si podemos dejar a un lado la implicación emocional y mirarlo con objetividad, esta publicidad vale millones para los hermanos Freemont.

–Si tú dejas a un lado los celos –dijo Roy–, y lo piensas mejor, no tiene por qué hacerles tan buen servicio. ¡Dos muertos chorreando sangre en el manantial!

–¿Y por qué crees que iba a tener celos?

–Por la aventurilla de Aggie con Guy Freemont.

–Tonterías.

–No hay nada entre Guy Freemont y yo –aulló Agatha.

–Ah, así que su coche se pasa la noche aparcado delante de tu *cottage* por casualidad –comentó James con acritud–. ¿Qué hacíais toda la noche? ¿Beber agua?

–¡Sal de mi casa! –gritó Agatha mientras le afluían las lágrimas.

–Tranquilícense todos –dijo Wilkes–. Quiero que ustedes tres se presenten en comisaría mañana por la mañana, y lo repasaremos todo de nuevo.

James se marchó con la policía.

–¿Y ahora qué? –preguntó Roy–. ¿Qué os parece si cenamos algo?

–Antes demos una vuelta en coche –dijo Agatha–. Ya sé, iremos a Mircester. Ha abierto un restaurante chino nuevo.

–Mira el tiempo que hace –dijo con amargura Roy mientras un crepúsculo incandescente descendía sobre los Cotswolds y las primeras estrellas titilaban débilmente en un cielo perfecto.

–Esta historia ha estado maldita desde el principio –dijo Agatha desolada–. Tal vez, después de cenar, podríamos dar un paseo hasta quedar exhaustos.

–Yo ya estoy cansado. –Roy bostezó.

–Quiero estar agotada cuando me acueste o no podré quitarme a la difunta Robina de la cabeza.

Aparcaron en la plaza de Mircester y fueron andando hasta el restaurante chino. Agatha agarró el brazo de Roy antes de que éste pudiera entrar y le dijo en voz baja:

–Mira quién está sentado junto a la ventana.

Roy vio a un chino de mediana edad con un bigote mustio compartiendo mesa con lo que parecía una típica ama de casa de Gloucestershire.

–¿Y?

–Son los padres de Bill Wong.

–El padre es chino, de eso no hay duda. Buena señal.

–No, en absoluto. Les gusta la comida muy mala.

–Oh, vaya, entonces ¿adónde vamos? No tengo mucha hambre.

–Yo tampoco. Paseemos un rato.

Fueron hacia el oeste, mirando sin propósito definido las tiendas, cada uno de ellos absorto en sus propios pensamientos.

Finalmente llegaron a las afueras y caminaron por una calle tranquila flanqueada de mansiones.

–¿Estoy viendo visiones? –preguntó Agatha–. ¿O es Mary Owen la que está entrando por aquella puerta?

A la luz de una farola de la calle un poco más adelante de donde se encontraban, la alta figura ciertamente parecía Mary Owen.

Agatha aceleró el paso.

–¡Mary! –la llamó.

La mujer se detuvo, con la mano apoyada en la puerta, y se volvió para mirarles.

–¡Mary! –repitió Agatha.

–Soy la hermana de Mary –dijo la mujer–, la señora Darcy, ¿y ustedes son...?

–Yo soy Agatha Raisin, y éste es Roy Silver.

–He oído hablar de usted. Es la cotilla entrometida que se cree detective. Buenas noches.

La señora Darcy entró y cerró la puerta con un ruidoso clang. Agatha y Roy siguieron su camino.

–¿Te has fijado en lo mucho que se parecen? –dijo Agatha emocionada–. Podrían ser gemelas. ¿Por qué Bill no dijo nada al respecto?

–¿Y qué importa eso?

–Así pudieron forjar la coartada. Los vecinos podrían haber imaginado que veían a Mary cuando en realidad estaban viendo a la señora Darcy.

–Espera un momento. Las cortinas estaban descorridas la noche del asesinato. Las vieron cenar juntas.

–Pero una cena no se alarga toda la noche.

Agatha dio un salto de emoción.

–¿A qué hora fuiste al manantial?

–Era casi medianoche. No han determinado con precisión la hora de la muerte, pero la sitúan en torno al anochecer. Bien, cuando tú y yo pensamos en la hora de cenar, nos imaginamos las ocho o incluso más tarde, pero no es poca la gente que cena mucho más temprano.

–Podríamos preguntar a los vecinos.

–Tengo la sensación de que, si lo hacemos, Mary y su hermana nos denunciarían por intrusión en su intimidad. Mañana le preguntaremos a Bill. Roy, había empezado a no preocuparme por quién cometiera el primer asesinato. Pero ¡dos! Y James adelantándose e investigando sin mí. Por Dios, me gustaría descubrir quién lo hizo sólo por verle la cara.

–Ahora sí que estoy cansado –se quejó Roy–, y hambriento. Por Dios, mira qué hora es, Agatha. –Le mostró el Rolex–. Las once. Un montón de pubs ya habrán cerrado. Tendremos suerte si encontramos algo abierto.

Recorrieron cansinamente el largo camino de vuelta al centro de Mircester.

–El chino aún está abierto.

–Oh, bueno, tomemos un plato de cualquier cosa –dijo Agatha.

El restaurante estaba casi vacío.

–Pidamos un plato del día –propuso Agatha–. Estoy demasiado cansada para perder el tiempo mirando la carta.

La comida estaba deliciosa.

–Así que resulta que hemos estado dando vueltas para nada –dijo Roy.

–Para nada, no. Ahora sabemos que Mary se parece mucho a su hermana.

–¿Puedo beber algo? Conduces tú.

–Creía que habías dejado el alcohol.

–Es la tensión.

–Ya sabes lo que dicen: en cuanto empiezas a decir que necesitas una copa, es que tienes un problema.

–Pero si ésa es tu frase favorita, querida Agatha.

–Bueno... éstas son circunstancias excepcionales. –Agatha llamó al camarero y le pidió la carta de vinos–. Cogemos un taxi para volver a casa. James puede acercarnos por la mañana.

–¡Uy, uy! Creía que no querías saber nada de él.

–Ahora somos competidores y quiero saber qué se trae entre manos.

Agatha durmió profundamente y al despertarse vio que ya eran las nueve de la mañana. Se le escapó un chillido de alarma y llamó a James.

–Hola, ¿qué quieres, Agatha? –Sonó cortante, muy cortante.

–He dejado el coche en Mircester y me preguntaba si podrías acercarnos a Roy y a mí hasta allí esta mañana.

Tras un breve silencio, James respondió secamente:

–Te recogeré a las diez.

Agatha subió corriendo, llamando a Roy para despertarlo. Se aseó y se arregló con esmero.

Roy y ella caminaron hasta el *cottage* de James sin demora para llegar a las diez. James se puso al volante del coche. Roy hizo ademán de ocupar el asiento del copiloto, pero Agatha se lo impidió de un empujón.

–Sólo quería evitar que te sintieras incómoda, Aggie –dijo Roy en voz baja acomodándose en la parte de atrás.

–¿Quién crees que cometió esos asesinatos? –preguntó James.

–Mary Owen.

–¿Por qué?

–Por nada, sólo es un presentimiento.

–Bueno, algo más que eso –dijo Roy con entusiasmo–. Anoche dimos un paseo por Mircester y nos topamos con su hermana, la señora Darcy. Es la viva imagen de Mary.

«Te mataré, Roy», pensó Agatha, que había decidido no compartir esa información.

–Pero Bill dijo que los vecinos las habían visto cenar juntas.

–Ya, pero Aggie no encontró el cadáver de Struthers hasta cerca de la medianoche. Mary podría haber ido en coche desde Mircester, matarlo en alguna parte y arrojar el cuerpo al manantial. O a lo mejor la ayudó su hermana.

–No me seduce esa idea –dijo James–. Quisiera saber más acerca de los Freemont.

–No fueron ellos, ni lo pienses –repuso Agatha.

–¿Por qué no? Podrían haberse enterado de que Struthers iba a votar en contra del proyecto del agua.

–¿Qué me dices de Robina? –preguntó Agatha.

–Bueno, tal vez había cambiado de opinión.

–Demasiado tarde para eso –señaló Roy–. Ya debía de haber firmado algún tipo de contrato y el discurso, o, mejor dicho, las notas que tenía preparadas..., si hubieran contenido algo acerca de incumplir el acuerdo con la compañía de aguas, habría estado en esas notas y la policía habría comentado algo.

–Es verdad. –James tomó una curva demasiado rápido y Agatha se vio encima de él. Rápidamente se irguió. El contacto de su hombro contra el de James había hecho que una descarga eléctrica la recorriera de pies a cabeza–. ¿Qué pasado tienen los Freemont, Agatha?

–Negocios en Hong Kong, del sector textil. Y luego regreso aquí.

–Eso ya lo sé. ¿Algo más? ¿Alguno de ellos está o estuvo casado?

–Guy no está casado –se apresuró a decir Agatha–. En cuanto a Peter, no lo sé.

–¿Cómo sabes que Guy no está casado?

–Lo sé –replicó Agatha con rabia–. ¡Eh, cuidado!

James frenó con brusquedad. Un pequeño ciervo pasó corriendo por delante del coche y se desvaneció en la sombra moteada del bosque que bordeaba la carretera.

James aminoró la marcha.

–Me refiero –prosiguió Agatha– a que no ha intentado ocultarse conmigo en oscuros restaurantes.

–Su esposa no tendría por qué vivir en la zona –repuso James.

–Sigo pensando que el asesino es uno de los miembros del Consejo Parroquial de Ancombe –apostilló Roy–. Todos parecen bastante ruines.

–Si hay algo que detesto –dijo Agatha– son los grupos en defensa del medio ambiente, con sus sandalias abiertas y sus mentalidades cerradas.

–Admito que pueden llegar a ser un incordio. –James aceleró por la Fosse Way–. Pero alguien tiene que echar el freno a algunos de vez en cuando. ¿Sabes lo que hicieron con aquellas espléndidas mansiones georgianas antiguas de Mayfair? Se suponía que debían conservar las fachadas, pero demolieron el edificio de forma que todo se vino abajo. ¡Vaya!, lo sentimos, dijeron, y en su lugar construyeron una horrible caja rectangular moderna. Luego hablan de Greenpeace.

–Por favor –susurró Roy en voz baja desde el asiento de atrás.

–A menudo se presentan como una pandilla que busca publicidad pero que nunca hace nada constructivo, y con todo fueron sus quejas sobre la suciedad de las playas británicas las que pusieron en marcha la campaña de limpieza.

–Una discusión interesante –dijo Agatha suspirando–, pero no nos conduce a averiguar quién asesinó a Robina ni a Struthers.

–¿Y no podrías reunirlos a todos en una sala? –preguntó James–. Quiero decir que, como representante de la compañía de aguas, podrías mandar invitaciones para una reunión. Una especie de junta para enterrar el hacha de guerra. Les ofreces champán y un bufé. Algo que les atraiga.

–Podría funcionar –dijo Agatha pensando en ello rápidamente–. Todos se saben sospechosos y eso podría acercarlos entre sí. Buena idea. Ya sé: mi jardín está precioso. Podría organizar una fiesta allí.

–Yo pagaré la mitad –ofreció James–. Más vale que la compañía de aguas no apoquine con esto.

–Pues debería –comentó Agatha con cierta cautela–. La cuestión es que quieren que siga trabajando para ellos, así que podría vendérselo como un gesto de buena voluntad. De hecho, en cuanto acabemos en comisaría, podríamos acercarnos hasta las oficinas y sugerírselo.

«Esto es lo que ha dado de sí la rivalidad con James», pensó Roy. Pero sabía que, si Agatha seguía trabajando para la compañía, su empresa recibiría una prima sustancial y él se convertiría en el niño mimado de su jefe.

A Agatha se le hacía extraño que James y ella, que hasta hacía nada estaban enfrentados, conversaran ahora tan afablemente. Aunque bien pensado, James siempre había sido así.

Mientras realizaba su declaración en comisaría, no dejó de recordar las ocasiones en que había hecho declaraciones similares con James. ¿Se acordaría él también? ¿Pensaba alguna vez en las veces en que habían hecho el amor? Con James, nunca se sabía.

Tras completar sus testimonios, se acercaron en coche a la compañía. Era un hervidero de actividad, en absoluto el espacio semivacío que había sido cuando Agatha llegó el primer día.

Mientras James aparcaba, Agatha sacó la polvera y contempló con angustia su rostro en el espejito. Volvían a asaltarla los temores por las arrugas ahora que iba a ver de nuevo a Guy.

Aguardaron en recepción hasta que Portia salió a buscarlos. Sonrió a James y a Roy, pero no a Agatha. Vestía una chaqueta a medida y pantalones cortos, también a medida, que dejaban a la vista sus largas, larguísimas piernas enfundadas en unas medias negras.

Los condujo a la sala de juntas. Guy y Peter les estaban esperando.

—¿A qué viene esta delegación? —preguntó Guy.

Agatha explicó que habían acudido juntos a comisaría para declarar y, dado que Roy era su huésped y venía de la sede central de la empresa, y James Lacey, su vecino, le había traído amablemente en coche, había decidido que la acompañaran.

—¿Así que acepta seguir colaborando con nosotros? —preguntó Peter.

—De eso quería hablarles. Estos asesinatos han enrarecido el ambiente en Ancombe. He pensado que sería un buen gesto como relaciones públicas celebrar una pequeña fiesta al aire libre en mi jardín, a la que se invitaría a los miembros del Consejo Parroquial de Ancombe.

Guy pareció divertido.

—No me imagino a la prensa presentándose a un acto como ése.

–Se trata más bien de un gesto de buena voluntad que de una fiesta para la prensa –dijo Agatha.

–Aprecio sus motivos –dijo Peter–, pero ya hemos hecho bastantes cosas por este pueblo y debemos controlar nuestro presupuesto. No veo la razón de financiar nada que no nos dé publicidad en los periódicos.

–En ese caso, lo haré por mi cuenta –dijo Agatha. Con James a su lado, quería distanciarse más que nunca de Guy–. Y, a decir verdad, voy a dejar de representarles. El lanzamiento ha terminado. El agua está en el mercado. Ya no hay ninguna necesidad de seguir trabajando para ustedes.

Portia, que estaba sentada a una punta de la mesa, intervino de repente:

–Se lo he estado repitiendo una y otra vez: soy perfectamente capaz de encargarme de las relaciones públicas. El lanzamiento fue un fiasco.

–No fui yo quien planeó la lluvia, ni el asesinato, ni la espantada de The Pretty Girls –contestó Agatha.

–Yo ya lo había advertido, ¿no es así, Guy?, lo de traer a The Pretty Girls era una mala idea –dijo Portia–. Una escucha murmuraciones.

–Murmuraciones que no te molestaste en contarme –repuso Agatha con rabia.

Portia se encogió de hombros con elegancia.

–No queremos perderte –dijo Guy.

–Eso es muy halagador. –Agatha se puso en pie–. Pero voy a estar muy ocupada. Dale el puesto a la «señorita Ideas Brillantes» aquí presente.

Guy se precipitó a sostenerle la puerta abierta para que saliera.

–¿Cenamos esta noche? –preguntó.

–No puedo –dijo Agatha–. Roy se aloja en mi casa. Ya te llamaré.

Portia los acompañó hasta la recepción. Agatha se despidió con un gesto brusco de cabeza y salió. Para su espanto, oyó que James le preguntaba a Portia:

–¿Aceptaría cenar conmigo una noche que tenga libre?

Agatha se paró en seco con los hombros envarados.

Oyó que Portia se reía y decía:

–No creo que a mi novio le hiciera gracia, pero, aun así, ¿por qué no me da su teléfono?

Agatha, con Roy detrás, caminó hasta el coche de James y esperó echando humo.

–Está convencido de que lo hizo uno de los Freemont –dijo Roy con una voz tranquilizadora–. Por eso le ha pedido una cita.

Pero la cabeza de Agatha se había llenado de imágenes de James cenando a la luz de las velas con la hermosa Portia y llevándola a casa para pasar la noche con ella.

–Bien. Entonces ¿seguimos adelante con la fiesta? –preguntó James cuando llegó.

–No veo por qué no. Intentaré convocarlos para el domingo que viene. ¿Te quedarás hasta entonces, Roy?

–Si no te importa, creo que será mejor que vuelva a Londres esta noche –contestó Roy.

Una cosa era estar con Agatha Raisin, relaciones públicas de primera de la compañía de aguas, y otra muy distinta, a los ojos de su jefe, quedarse en casa de la desempleada señora Raisin.

Agatha le lanzó una mirada cínica. El trabajo siempre sería lo primero para Roy.

James los acercó hasta el coche de Agatha y lo siguieron de regreso a casa.

Al llegar a Carsely, James dijo:

–¿Cuándo hablaremos de los preparativos para la fiesta, Agatha?

Roy se había bajado el primero del coche y esperaba ante la puerta de Agatha.

James y Agatha estaban fuera de sus vehículos, en la calle.

–Si quieres trabajar conmigo... –dijo Agatha en voz baja.

–Firmemos una tregua –propuso James–. Olvidémonos de todas las barbaridades que nos hemos dicho. Siempre hemos trabajado bien juntos.

–De acuerdo –accedió Agatha, desgarrada entre la euforia y el miedo, ese temor a verse arrastrada de nuevo a todas las desdichas que le causaba la cercanía de James–. Bien, en ese caso, deberíamos hacer las llamadas pertinentes e invitarlos a todos, ¿no?

–Sí. Usaremos mi teléfono.

–Bien, le diré a Roy que recoja sus cosas. Te veo dentro de un rato.

–Voy a casa de James a hacer unas llamadas –le dijo Agatha a Roy–. Te dejo para que prepares tu bolsa.

Para su sorpresa, Roy no se quejó de que lo dejara fuera. Agradecía la ocasión de llamar a su jefe a solas, sin tener a Agatha escuchando. Si alguien podía sacar algún beneficio del lanzamiento sería él; si había que culpar a alguien, entonces Agatha siempre estaba ahí para asumir la responsabilidad.

Agatha fue andando al *cottage* de James. La puerta estaba abierta y ella entró en el salón con las paredes cubiertas de libros.

–Siéntate y traeré café –gritó James desde la cocina.

Agatha sacó la polvera y se empolvó la nariz. La guardó de nuevo en el bolso cuando James entró con una bandeja con dos tazas.

–Bien –dijo James–, veamos a quién tenemos. Contra la compañía de aguas están Mary Owen, Bill Allen y Andy Stiggs; y a favor, Jane Cutler, Angela Buckley y Fred Shaw. –Extrajo un cuaderno–. Tengo sus nombres y números de teléfono aquí. Tómate el café y empezaremos. ¿Quién se ocupa de hacer las llamadas?

–Me parece que será mejor que te encargues tú de ello –dijo Agatha–. Me da la impresión de que yo saco la bestia que llevan dentro.

–¿Qué vamos a servir? ¿Y cómo sabemos que hará buen tiempo para una fiesta al aire libre?

–Te diré por qué va a hacer buen tiempo –respondió Agatha con amargura–. Porque ya hizo todo el mal tiempo que podía hacer para hundir el lanzamiento, y la previsión a largo plazo es buena. ¿Crees que vendrán? Es casi seguro que Mary Owen se negará. No dejo de preguntarme quién pudo matar a Robina. ¿De verdad fue todo a causa del agua? No sé quién heredará su *cottage* y su dinero.

–Oí decir a alguien que tenía un hijo. Bien, vamos allá. Empezaré por la presa más difícil, Mary Owen.

–Buena suerte. Pero no creo que lo consigas. ¿La conoces?

–Pues, ahora que lo pienso, sí. La fui a visitar antes de unirme a Salvad a Nuestros Zorros. Nos llevamos bien.

–¡Tendrías que habérmelo dicho!

–Estamos en periodo de tregua, ¿lo recuerdas?

–Ah, ya, sí, pero quiero un cigarrillo. Me lo fumaré en el jardín. ¿Sólo invitaremos a miembros del Consejo Parroquial de Ancombe? Nuestros amigos del pueblo se lo tomarán como un desaire si no los invitamos también.

–Pues en ese caso no deberían saber que has dimitido de tu puesto en la compañía de aguas. Que piensen que es un asunto de trabajo.

Agatha salió al pequeño jardín delantero de James, se sentó en el peldaño del umbral y se encendió un cigarrillo.

Lo oyó hablar por teléfono. ¡Esa agradable risa! James tenía mucho de actor. Cuando acabara las llamadas, lo abordaría y le diría algo así como: «Y ahora ¿en qué punto estamos tú y yo, James?».

Aunque él podría responderle que no estaban en ningún punto en concreto, en ninguno en absoluto.

–Mary –le oyó decir en un tono adulator–, es sólo una reunión, un poco de champán y un bufé frío. Todo a cuenta de la compañía de aguas. Míralo así: tenéis que olvidaros del pasado y trabajar juntos por el bien de la parroquia. Sí, una buena ocasión para limar asperezas. ¿Que a qué hora? Oh, las doce o doce y media. Muy bien, hasta entonces.

Así que Mary había aceptado.

Agatha se acabó de fumar el cigarrillo y arrojó la colilla por encima del seto, a la carretera, donde fue a parar a los pies de la señora Darry, que la recogió y se la arrojó de vuelta.

–¿Es que no tiene un cenicero? –le espetó con irritación–. Esto no es la ciudad.

–Si tanto le preocupa un entorno limpio, entonces impida que ese asqueroso perrito suyo se mee y defaque delante de mi casa –gritó Agatha.

–Y tenga un poco de pudor –le replicó la señora Darry ruborizada–. Está enseñando las bragas.

Agatha, enfurecida, se bajó la falda, que se le había subido por encima de las rodillas.

Deseó que la asesina hubiera sido la señora Darry. Ojalá pasara algo para que se fuera de Carsely.

Malhumorada, encendió otro cigarrillo. Algunos médicos británicos se estaban negando a tratar a pacientes que fumaban. ¿Por qué? Con todos los impuestos sobre el tabaco que pagaban los fumadores tendrían que recibir un tratamiento gratuito de primera. ¿Por qué rechazar a los fumadores? ¿Por qué no a los borrachos? ¿Por qué no a los obesos? Maldito Estado paternalista. La señora Darry había puesto a Agatha de un humor de perros. La gente manoteaba delante de tu cara y decía: «No quiero morir como fumador pasivo», y entonces se subía al coche y se marchaba, expulsando sustancias cancerígenas al aire nocturno. El cigarrillo sabía a rayos. Bien pensado, todos los cigarrillos tenían mal sabor a partir del tercero. Pero, si se piensa todavía un poco más, justo cuando uno se plantea dejarlo, aparece algún puritano para sermonearle con mojigaterías sobre los males de la nicotina y consigue que le vuelvan las ganas de fumar. La única vez en que los cigarrillos tenían buen sabor todo el día era durante el Día Sin Tabaco anual. Qué curioso, pensó Agatha. Si lo cambiaran por el Día de Fumar hasta Reventar, seguramente más adictos dejarían de hacerlo.

–Ya puedes entrar –la llamó James–. He terminado. Vienen todos.

Agatha se levantó y entró.

–¿Qué ofreceremos para comer? –preguntó.

–Normalmente pido ayuda a gente como la señora Bloxby –dijo Agatha–, pero dado que se supone que esto corre a cuenta de la compañía de aguas, sería mejor contratar una empresa de *catering*. Pediremos platos como salmón frío, ensalada, fresas con nata.

–Ya no es temporada de fresas.

–Le gente come fresas, tanto da cuándo. Les gusta el concepto. Como el pescado con patatas fritas. Qué buena idea, piensas, sobre todo en una noche fría, muy hecho, caliente, dorado y oliendo a gloria. Aunque lo que te dan realmente es un paquete empapado de comida grasienta que se deposita como plomo en el estómago.

–¿Y las mesas y todo lo demás?

–Seremos sólo ocho, ellos seis y nosotros dos. Mi mesa de cocina es bastante grande y pediré prestada una mesa del salón de actos de la escuela para el champán. No todos serán bebedores. Una botella por cabeza me parece más que suficiente.

–Bien. Propongo que lo pagues tú todo y luego me digas a cuánto asciende y yo pagaré la mitad.

–Creo que a lo mejor podría conseguir que la compañía de aguas corra con los gastos. No les presioné demasiado.

–Ah, pero eso conllevaría la asistencia de los Freemont, y el propósito de la fiesta es ver la reacción de los miembros del consejo cuando estén todos juntos.

–Creía que sospechabas de los Freemont.

–Ya llegaré a ellos en su momento.

Agatha miró a James pensativamente.

–Así que hemos vuelto a lo nuestro, James.

–¿Cómo? –Alzó la mirada de las notas que había estado tomando–. Ah, sí, lo nuestro.

–¿No te parece raro?

–No hablemos de eso, Agatha.

«No –pensó Agatha–, no hablemos de sentimientos, de las veces que hicimos el amor, de las riñas ni del dolor. Convivamos como una pareja de solteros interesados por un crimen.»

–Será mejor que vaya a hablar con Roy.

–Sí –dijo James alegremente.

«¿Para qué habré dicho nada? –se lamentó Agatha al entrar en su *cottage*–. Me prometí a mí misma que no lo haría. ¿Qué esperaba? ¿Una repuesta cálida y humana? ¿De James? ¡Bobadas!»

Roy bajó ruidosamente las escaleras.

–¿Cómo te ha ido con el enamorado?

–Si te refieres a James, corta el rollo. Vendrán todos.

–¿Y qué pasa con el pobrecito de mí?

De repente a Agatha no le apetecía tener a Roy cerca. Ya estaba pensando en qué ponerse.

–Déjalo por esta vez, Roy –dijo–. Estaré demasiado ocupada para aguantar a un huésped.

Roy pareció dolido.

–Como quieras. Pero recuerda: no siempre estaré a tu disposición cuando me necesites.

–Creía que tu único interés en mí era para impulsar tu carrera profesional.

–Me parece que cogeré un tren anterior si lo hay.

Roy pareció ofendido.

–Primero comamos. Puedes coger el de la tarde.

Fue una comida silenciosa.

–Mira –dijo Agatha transigiendo por fin cuando tomaban el café–. No he sido sincera contigo. Lo que pasa es que quiero estar a solas con James.

–Una pérdida de espacio, querida.

–Tal vez –dijo Agatha suspirando–. No discutamos. Te acercaré hasta Oxford. Allí tendrás más opciones horarias de trenes.

–Puedes hacer algo para compensarme.

–¿El qué?

–Siempre he querido pasear en un *punt*, una de esas barcas planas típicas.

–¿Cómo? ¿En Oxford? ¿En el río?

–Sí.

–Muy bien. Acábate el café y saldremos enseguida.

Agatha se las ingenió para encontrar aparcamiento en High Street, pasearon hasta el Magdalen Bridge y bajaron las escaleras hasta el embarcadero.

–Nunca había estado aquí –dijo Agatha–. No sabía que el río fuera tan estrecho en este tramo. Y hay muchas barcas. ¿Estás seguro de que quieres probar?

–Sí, sí. –Roy dio un saltito de emoción–. Leí lo de las barcas en el suplemento dominical.

Cuando pidieron un *punt*, el barquero les informó de que el alquiler eran ocho libras la hora, más un depósito de otras veinticinco y un documento de identificación.

–Estoy un poco pelado –dijo Roy–. ¿Podrías...?

–Vale.

Agatha pagó y dejó su carné de conducir.

–Creo que estamos cometiendo un error. –Agatha se arrastró al asiento del *punt*. Roy agarró la larga pértiga–. Tiene palas de remar –dijo Agatha–. ¿No te parece que deberíamos remar hasta un sitio tranquilo?

En el río no sólo había *punts* sino también barcas de remos.

El barquero los empujó para alejarlos de la orilla. Roy clavó la pértiga en el fondo y empujó. El *punt* giró trazando un amplio círculo y chocó con otro *punt* lleno de estudiantes.

–Tranqui –gritó uno.

Roy se ruborizó de vergüenza.

–Usaré la pala.

Dejó la pértiga, se agachó en la proa y remó. Tras unas cuantas salidas fallidas más y algunos choques, por fin partieron río arriba. Entonces se levantó y volvió a coger la pértiga.

Agatha se recostó en el *punt* y optó por olvidarse de los esfuerzos de novato de Roy. El sol se filtraba entre los árboles. Los invernaderos resplandecían en una orilla, un pabellón de críquet en la otra, los sauces rozaban el agua, la luz era matizada y se respiraba paz. Pero aun así no se trataba de una escena típicamente inglesa, se dijo Agatha mirando a los estudiantes. «Siempre me había imaginado que todos los hombres vestirían de blanco y las damas llevarían parasoles.» Los estudiantes parecían todos tremendamente jóvenes y desnutridos y tendían a llevar camisetas, vaqueros deshilachados y coletas..., eso, los chicos, claro. Eran de una amplia variedad de nacionalidades. La despertó de su ensueño una rama al golpearla en la cabeza.

–¡Mira por dónde vas!

–Lo siento, estoy pillándole el tranquilo.

James. ¿Volverían a estar juntos alguna vez? ¿Podría quitárselo de la cabeza? ¿Por qué Guy le importaba tan poco? Tal vez porque el sexo no significaba intimidad. Hablar con confianza, sí la implicaba; ser amigos, también. Tal vez si ella hubiera tenido más amigos en un periodo anterior de su vida, sabría cómo estar con él. «O dejarle en paz –clamó una voz cínica en su cerebro–. Esto es enfermizo. Necesitas un exorcista.»

–Voy dominándolo.

–¿No puedes seguir una línea recta? –preguntó Agatha–. Has estado a punto de chocar con una barca de remos.

–Vamos bien –dijo Roy–. Uno sólo tiene que clavar la pértiga en el fondo, Aggie, y luego empujar...

Para horror de Agatha, Roy salió despedido como en un salto de pértiga y acabó boca abajo sobre la orilla cubierta de hierba, mientras ella y el *punt* se alejaban por el impulso en la dirección opuesta. El *punt* chocó contra la otra orilla con fuerza justo cuando ella, instintivamente, se ponía en pie, y Agatha se vio catapultada al río.

Roy se echó al agua para rescatarla, nadó hacia ella y la agarró inútilmente del pelo.

–¡Suéltame! –gritó Agatha–. Mi bolso va en el *punt*. Cógelo. Quiero decir que cojas el *punt*.

Bajo la divertida mirada de una barca llena de japoneses, Roy agarró la cuerda de delante del *punt* y tiró de él hacia la orilla en la que él había caído antes. Agatha nadó tras él.

La ayudó a salir del agua.

–¿Están bien? –gritó un estudiante japonés–. Muy divertido. ¿Están rodando una película?

–No –respondió Agatha con brusquedad. Se volvió contra Roy–. Volvamos a subir a ese maldito instrumento de tortura y regresemos.

Mientras los japoneses contemplaban divertidos la escena, ellos subieron a bordo.

–Les remolcaremos –dijo un japonés.

–No, ya nos arreglaremos –contestó Roy.

–No, no sabremos. Sería genial que nos ayudaran –respondió Agatha.

Se sentaron en el *punt* empapados, con las caras enrojecidas por la humillación mientras los japoneses los remolcaban de vuelta al embarcadero. Un grupo de estudiantes ingleses esperaban a sus amigos japoneses y se rieron y aplaudieron mientras ayudaban a Roy y Agatha, chorreando y muertos de vergüenza, a salir del *punt*.

Recorrieron juntos High Street, a un metro de distancia el uno del otro, y la gente se volvía para mirarlos.

–Voy a acompañarte directamente a la estación –dijo Agatha cuando subieron al coche–. Llevas tu equipaje. Puedes cambiarte en los servicios de la estación.

–No sabes cuánto lo siento –se disculpó Roy en actitud sumisa–. Era algo que siempre había querido hacer.

Agatha condujo sumida en un tétrico silencio.

–Mira, Aggie. Dejé la escuela a los quince, no fui a la universidad. Todos tenemos sueños. Montar en un *punt* de Oxford era uno de los míos.

Agatha redujo la velocidad.

–Te diré lo que haremos –dijo–. Sécate y cámbiate en la estación. Coge un taxi hasta Marks and Spencer, cómprame ropa seca y me cambiaré. Luego te llevaré a tomar el té al Randolph.

Tres horas más tarde, Agatha volvía a Carsely vistiendo un nuevo atuendo, blusa y falda, junto con la ropa interior nueva, y un par de zapatos planos nuevos que resultaban muy cómodos. Roy había disfrutado del té y ambos habían empezado a reírse sin parar de sus hazañas en el río. Agatha sonrió al recordarlo. No se acordaba de haberse reído con tantas ganas desde hacía mucho tiempo.

Mientras Agatha conducía por la serpenteante carretera rural que llevaba a Carsely bajo el túnel en forma de arco que formaban los árboles verdes, muy verdes, se sentía como una especie de animal que se dirige de vuelta al hogar, a una confortable madriguera.

Y, además, desde la caída en el río, no había pensado en James ni una sola vez.

Esa noche asistió a una reunión en la Carsely Ladies Society en la vicaría. La señora Bloxby sirvió té y sándwiches en el jardín. La señora Darry no estaba presente y Agatha divirtió a las demás con una versión muy embellecida de su aventura remando en el río.

Luego la reunión fue al grano. La sociedad había decidido organizar un concierto. Agatha gruñó. Los conciertos eran una pesadilla de tan aburridos como eran. Ninguna de ellas tenía el menor talento y aun así a muchas les

encantaba subirse al escenario y cantar con sus voces rotas.

Y, pese a todo, asistían a otros conciertos en otros pueblos cuyas actuaciones eran igual de espantosas. La señora Bloxby le había explicado con paciencia que todo el mundo tenía un secreto inconfesable: actuar en un escenario, y esto les daba la oportunidad de tener sus quince minutos de gloria. Sin embargo, Agatha se fijó en que la esposa del vicario, al igual que ella, nunca actuaba.

La conversación tras la reunión oficial se centró en los asesinatos de Ancombe.

–Todos los miembros del Consejo Parroquial de Ancombe acudirán a la fiesta que voy a celebrar en mi jardín –dijo Agatha–. No he invitado a nadie más porque corre a cuenta de la compañía y es una cuestión de relaciones públicas.

–Son una pandilla curiosa –dijo la señora Simms, la secretaria.

Vestía unas sandalias blancas con tacón de aguja y los tacones se clavaban en el césped blando de la vicaría como estacas de una tienda de campaña.

–No me quejo –había dicho la señora Bloxby–. Airea el césped.

–Me refiero –prosiguió la señorita Simms– a que llevan años atacándose los unos a otros. Creo que la razón por la que ninguno de ellos dimite es que no quiere dar el gusto a los otros. Lo siento por usted, señora Raisin. Tiene pinta de ser una fiesta al aire libre más propia del infierno.

Pero James había vuelto a ocupar los pensamientos de Agatha, junto con la preocupación sobre qué ponerse para deslumbrarle.

El día de la fiesta hacía un tiempo ideal. Un cielo azul despejado y un sol cálido.

Agatha, con un elegante vestido de seda delicadamente estampado de flores y con un amplio sombrero de paja adornado con grandes rosas de seda, supervisó a los empleados del *catering* y echó un último vistazo al jardín. Luego subió a la planta de arriba y comprobó su maquillaje.

El ruido de coches en la calle bajo su ventana le hizo asomarse. Era como si todos hubieran llegado a la vez. Mary Owen llevaba una sencilla blusa abotonada de algodón y zapatos planos, y Angela Buckley, unos pantalones blancos de algodón y un top azul también de algodón. Jane Cutler lucía un vestido estampado de Liberty.

Sintiéndose repentinamente ridícula por haberse puesto tan elegante, Agatha se quitó el sombrero y el vestido y se puso una falda de algodón y una sencilla blusa blanca. A continuación, corrió a la planta baja a recibir a los invitados.

James estaba en el jardín con los empleados del *catering*. Llevaba unos tejanos desteñidos y una camisa sin corbata. Agatha se dio cuenta con una punzada de melancolía de que debía de haber entrado con la llave de su *cottage* que ella le había dado en tiempos más felices.

Se preparó para recibir a sus invitados.

Los hombres, Bill Allen, Andy Stiggs y Fred Shaw, como si quisieran compensar los atuendos informales de las mujeres, vestían de etiqueta, con chaqueta y corbata. La chaqueta de Bill Allen lucía un gran escudo bordado en oro en el bolsillo.

Se sirvió champán a todos. Agatha alzó la copa.

—Por la buena voluntad —brindó—. Todos hemos tenido nuestras diferencias, pero creo que deberíamos ser amigos.

—¿Por qué? —preguntó Mary Owen.

—Porque así todo es más agradable.

Angela Buckley miró a Agatha con suspicacia.

—Usted no pertenecerá a una de esas sectas religiosas de locos, ¿no?

—Yo diría que es una terapia —dijo Mary Owen—. La gente que asiste a grupos de terapia siempre quiere hacerse amiga de todos. En cualquier momento tendremos que sentarnos formando un círculo y hablar del desagradable incidente en la leñera hace muchos años.

—Esa ha sido buena —dijo Bill Allen y soltó una sonora carcajada.

—No me sorprende que vayan por ahí asesinándose unos a otros —dijo James con una voz fría y arrastrada.

–Vaya, hombre, nada de eso –dijo Andy Stiggs con la cara enrojecida y el cuello embutido en una corbata que parecía estrangularle–. Todos somos ciudadanos respetables y, ya puestos, le diré que es la compañía de aguas la que está detrás de esos asesinatos.

–Eso es lo que yo creo también –dijo Bill Allen.

El musculoso Fred Shaw estaba sudando.

–Vosotros no tenéis ni idea de nada, ésa es mi opinión. Odiabais a Robina como si fuera un veneno. Tú Mary, y tú también, Angela.

–Yo no la odiaba –repuso Mary–. Era una de esas mujercitas blandengues y sin cerebro.

Mientras se intercambiaban improperios mordaces, todos seguían bebiendo champán en copas que un diligente camarero se ocupaba de mantener siempre llenas.

–Angela y tú podríais haber aprendido de Robina algo sobre feminidad –dijo Fred–. Era toda una mujer, no una víbora como vosotras.

–Un hombrecito tan vulgar como tú no sabría reconocer a una mujer femenina ni aunque te lamiera la cara y te mordiera el culo –replicó Angela.

–¿Cómo han podido hacer nada por la parroquia si se pasan las reuniones atacándose a la yugular? –preguntó James–. ¿Ninguno de ustedes siente curiosidad por saber por qué fueron asesinados Robert Struthers y Robina Toynbee ni quién lo hizo? Podría haber sido uno de ustedes.

Se hizo un silencio confuso.

–¿A qué se refiere? –preguntó Fred Shaw–. ¿Uno de nosotros? ¿Por qué?

–¿Y por qué no? –intervino Mary Owen–. Tú estuviste en el *cottage* de Robina la noche antes de que la asesinaran, Fred. Seguramente te contó que tenía pensado pronunciar aquel discurso desde el muro de su jardín.

–Yo soy el único de vosotros al que le caía bien Robina. –Fred se aflojó la corbata, luego se quitó la chaqueta y se remangó la camisa–. Iba a visitarla a menudo, y también Bill y Andy. Erais Angela y tú las que siempre la despellejabais.

–Tonterías. –Angela miraba la mesa del bufé–. ¿Vamos a comer ya o no? Estoy muerta de hambre.

Se concedió un momento de respiro mientras se servían los platos. Aunque Agatha había sacado sillas al jardín, Angela y Mary se sentaron en la hierba, un gesto sensato porque significaba que no tenían que hacer equilibrios con los platos llenos sobre las rodillas. Los demás las imitaron.

James empezó a preguntarles qué opinaban de la circunvalación propuesta en Ancombe. Al poco, Fred Shaw afirmó que era un desastre porque arruinaría a los comerciantes locales como él si alejaban el tráfico del pueblo, y Bill Allen, el propietario del vivero, coincidió con su apreciación.

–Pues a mí me parece una buena idea –intervino Mary–. A ver, ¿a quién le apetece tener el pueblo invadido por manadas de americanos?

–¿Y qué tienen de malo los americanos? –preguntó Andy Stiggs–. Maldita corbata. Has hecho bien, Fred.

Se la quitó, y se quitó también la chaqueta.

Qué poco se parecen los sueños a la realidad, se maravilló Agatha. En su sueño sobre la fiesta, se había imaginado espléndida con su precioso vestido, con la más leve de las brisas agitando las flores de su sombrero. James, con camisa blanca, chaqueta y pañuelo de cuello, se inclinaba sobre ella, sonriendo admirado. Pero ahora James estaba sentado en la hierba con los demás, comiendo salmón frío y bebiendo champán, visiblemente concentrado en conocer mejor a aquellos consejeros.

–Oh, esos americanos. Para ellos todo es muy «pintoresco» y «bonito». ¡Puag!

–Pensaba que meterse con los americanos estaba pasado de moda –dijo Agatha–. Me refiero a que los que visitan un sitio como éste son bastante sofisticados y parecen saber más de los Cotswolds que los propios lugareños.

–Son descarados y vulgares. –Mary miró a Agatha–. Tal para cual, supongo.

–Oh, cállese y coma –dijo James y, para sorpresa de Agatha, Mary se rio y le lanzó una mirada casi coqueta.

–¿Y qué tiene que ver usted con este asunto del agua? –le preguntó Andy Stiggs a James.

–Es trabajo de Agatha. Yo sólo estoy aquí para darle apoyo moral.

Angela paseó la mirada de Agatha a James, con atención. Entonces dijo:

–Bueno, no puede ser apoyo romántico. El lío de Agatha con Guy Freemont es la comidilla de los dos pueblos.

Iracunda, Agatha notó que enrojecía.

–No tengo ningún lío con Guy Freemont –replicó.

–Claro que no, Agatha –dijo Mary–. Angela sólo estaba siendo un tanto malévola. Guy Freemont es demasiado joven para usted.

–¡Escúchenme todos! –Agatha dejó el plato y la copa con cuidado sobre la hierba–. El objetivo de esta reunión al aire libre era limar asperezas, hacer que se llevaran bien de nuevo. Ha sido un tremendo error. Siempre han sido así, con asesinato o sin él..., ruines, criticones, mezquinos y maliciosos. Lo que me asombra es cómo fue posible que tanta gente así fuera a parar a un consejo parroquial.

Se levantó, entró en la casa y subió a su habitación, donde se sentó en el borde la cama y se quedó mirando desoladamente al vacío. Las palabras que habían dicho sobre ella y Guy le escocían y dolían. Si no las hubieran pronunciado en presencia de James, no le habrían importado tanto.

Se abrió la puerta del dormitorio y James entró silenciosamente.

–Eres un milagro, Agatha.

–¿Qué?

Agatha alzó la mirada hacia él, aturdida.

–Tu estallido los ha unido. Baja, siéntate conmigo en un rincón del jardín y déjales que sigan. Y escucha lo que dicen. Han empezado a hablar de los asesinatos.

–James...

Pero él bajaba ya ruidosamente por las escaleras. Con el espíritu magullado, Agatha le alcanzó en el jardín. Se sentaron juntos en la hierba, un poco alejados de los demás.

–¿Cuánto champán encargaste? –preguntó Agatha. James se había ocupado de las bebidas.

–Pedí una botella por cabeza, pero la empresa de *catering* ha traído un montón de botellas de más, lo que nos viene pintiparado. Nuestros consejeros parecen acabar con todo.

–Es por el camarero. No para de servir.

–Creo que el champán es un poco como tu pescado con patatas fritas, Agatha. A todos les gusta el concepto, pero en realidad a pocos les gusta el sabor. ¡Escúchales!

–Así que Robina me dice la noche antes de que la asesinaran –Fred Shaw estaba ruborizado y un poco achispado–, me dice: «Fred», eso me dice, «Fred, ojalá nunca les hubiera permitido que se llevaran el agua». «¿Por qué?», pregunto, «si estabas a favor». «Bueno», me dice: «He recibido estas cartas amenazantes y lo único que quiero es una vida tranquila».

–¿Y pensaba explicar algo así en su discurso?

–Es posible. Le pregunté a la policía por el contenido de las notas mecanografiadas, pero fue en vano.

–Habrá que preguntar a Bill Wong –murmuró James.

–¿Sabe alguien qué iba a votar Robert? –preguntó Bill Allen.

Todos negaron con la cabeza.

–Tú eras íntima de él, Mary –dijo Angela–. Debió de comentar algo.

Mary volvió a negar.

–A mí no. ¿Y a ti, Jane?

Todas las miradas convergieron en Jane Cutler. Ella había estado relativamente callada desde el principio de la fiesta. El sol brillaba sobre su cabello peinado con esmero y la extraña tersura de su cara, desde la que miraban unos ojos envejecidos y repentinamente cansados.

–Dijo que le gustaba tener a la gente ocupada haciendo suposiciones. Me enfadé bastante con él. Le dije que no tenía razones para comportarse como el servicio secreto. –Se volvió hacia Fred Shaw–. Has dicho que las notas de Robina estaban mecanografiadas. ¿Quién te lo contó?

–La policía.

–Qué raro –comentó Jane.

–¿Qué es raro? Sí, tomaré un poco más, gracias.

Angela sostuvo su copa en alto.

–No recuerdo que Robina tuviera una máquina de escribir. A ver, era el tipo de mujer que se enorgullecía de ser incapaz de hacer nada manual. ¿Alguien recuerda que tuviera una máquina de escribir?

Todas las cabezas negaron.

–Podría haberle pedido a alguien que se las mecanografiara –sugirió Jane.

–La policía me dio a entender que se trataba simplemente de notas, no de un discurso mecanografiado –apostilló Fred Shaw.

–No sé por qué le dais tantas vueltas a si las notas eran mecanografiadas o no –dijo Angela Buckley–. ¿Pensáis que la asesinaron porque escribía a máquina? Es absurdo.

Los ojos de Fred Shaw centellearon.

–Pero es que no lo entiendes: si ella había escrito algo originalmente en sus notas a mano sobre su cambio de opinión acerca del agua, alguien podría haber pasado a máquina unas notas diferentes para así despistarnos.

–¿Y a quién le interesaría hacer eso más que a la compañía de aguas? –preguntó Mary Owen–. He estado contra esta historia del agua desde el principio.

–Oh, eso ya lo sabemos todos –dijo Angela con desdén–. Hasta el punto de que pagaste a una pandilla de matones para armar jaleo. Ésa es tu maldita supuesta preocupación por el medio ambiente, Mary, querida. Mira que traer gamberros al pueblo... Iban a echar cemento al manantial. A nuestro manantial, Mary, ¡no sólo tuyo!

–Yo no sabía cómo eran –dijo Mary.

–¡Oh, claro que lo sabías! –Los ojos de Angela estaban encendidos–. Ya viste perfectamente cómo eran en la primera manifestación, pero seguiste pagándoles.

–Como ya le expliqué a la policía, simplemente contribuí con dinero a lo que a mi juicio era una causa justa. No sabía que organizarían manifestaciones.

–¿Salvad a Nuestros Zorros, Mary? ¡Salvad a Nuestros Zorros! Por favor. ¿Sabe la policía que eres miembro de la Sociedad de Cazadores de los Cotswolds?

–Presenté mi dimisión hace un año.

–¡Y nos explicaste que lo hiciste porque ya eras demasiado mayor!

–Yo no dije nada por el estilo. No creo necesario justificar mis razones a una ramera como tú. Comprendí lo equivocada que estaba y contribuir económicamente a la causa de Salvad a Nuestros Zorros era una forma de

reparar el daño.

Jane Cutler se rio nerviosa.

–Qué raro. Sencillamente, soy incapaz de imaginar que tengas ni un pelo de sensibilidad en tu cuerpo, Mary. Serías una buena asesina.

–Ah, pero tengo coartada –le replicó Mary–, que es algo más de lo que tú puedes decir.

–Los culpables siempre tienen una coartada incuestionable.

–Señoras, por favor. –Bill Allen levantó las manos, enrojecidas y fuertes a la luz del sol–. Tranquilidad. Todos hemos tenido nuestras diferencias a lo largo de estos últimos años, pero a pesar de los pesares hemos permanecido unidos, en las duras y en las maduras. Hace un día espléndido y parece haber mucho más champán. Así que enterremos el hacha de guerra y disfrutemos.

–Mataré a ese camarero –le susurró Agatha a James–. Esto va a costar una fortuna.

–Vale cada penique que cuesta. Yo pagaré las botellas, Agatha.

Los consejeros empezaron a cotillear sobre cuestiones de la vida cotidiana del pueblo. Parecieron olvidarse de Agatha y James.

Cuando por fin todos se encaminaron tambaleantes a sus coches, tan embriagados que pasaron por alto el hecho de que todos superaban con creces el límite de alcohol para conducir, James y Agatha se despidieron de ellos y entraron para supervisar al servicio contratado para recoger.

–Bueno, si el propósito de la fiesta era lograr que esa gentuza volviera a sentirse unida –dijo Agatha–, no hay duda de que hemos tenido éxito.

–Hemos conseguido mucho de lo que buscábamos. Veamos si podemos ponernos en contacto con Bill Wong y averiguar algo más sobre esas notas. Y luego hagámosle una visita a la hermana de Mary. Si la está encubriendo, a lo mejor lo intuimos por su comportamiento. Necesitamos una excusa.

–Ya sé. –Agatha sostuvo en alto un encendedor plateado–. Es de Mary. Podemos decir que pasábamos por Mircester y pensamos que podría estar allí. ¿Alguno de los dos está en condiciones de conducir?

–Yo –dijo James–. Hice que el camarero me sirviera zumo de manzana con gas. Creí conveniente mantener la cabeza despejada.

–Pues más vale que yo me tome un café mientras esta gente recoge. Un café muy cargado.

## OCHO

Salieron en coche bajo el inmenso cielo de los montes Cotswolds, agitado por un viento frío, un presagio del otoño. Agatha pensó que, cuanto mayor se hacía, más breves eran los veranos y más largos y oscuros los inviernos. Desde luego, vivir en el campo influía. En la ciudad no se notaba tanto el rigor del invierno.

Cuando llegaron a comisaría se enteraron de que era el día libre de Bill Wong y estaba en casa.

–Odio ir allí –refunfuñó Agatha–, sus padres son unos seres deprimentes.

–Llama antes y asegúrate de que no molestamos –dijo James.

Agatha fue a una cabina y marcó el número de Bill. Contestó la señora Wong.

–Oh, es usted –dijo–, ¿qué quiere?

–Me gustaría hablar con Bill –contestó Agatha con paciencia.

–Bueno, no puede... –empezó la señora Wong cuando le quitaron el aparato y la voz de Bill sonó en la línea.

–Detestamos molestarte en tu día libre –dijo Agatha.

–¿Detestamos?

–James y yo. Pero queríamos preguntarte algo.

–Pasaos por casa. Mi novia está aquí.

–Oh, en ese caso, será mejor que lo dejemos para otro momento.

–No, no, de verdad, me gustaría que la conocierais.

Agatha dijo que llegarían al cabo de diez minutos y luego habló con James.

–Dice que vayamos, pero su novia está en casa.

–¿Supone eso algún problema? –preguntó James.

–En cierta manera, sí. Siento un gran cariño por Bill y no quiero estar presente cuando sus padres arruinen su vida amorosa una vez más.

–Si a ella le importa él, nada se interpondrá.

–Oh, a la señora Wong ya se le ocurrirá algo.

Condujeron hasta la moderna casa de ladrillo de los padres de Bill, encajada entre otras del mismo diseño en una pulcra urbanización privada.

–Estamos tomando una copa antes de comer –dijo Bill cuando abrió la puerta–. Me gustaría invitaros también a comer, pero mi madre dice que no tiene bastante para todos.

–No te preocupes –se apresuró a decir Agatha–. Sólo nos quedaremos unos minutos.

–Pasad al salón y os presentaré a Sharon, luego saldremos al jardín de atrás para charlar en privado.

Cuando entraron en el pequeño y frío salón, la atmósfera estaba saturada de silencio. Sharon, una joven bonita, levantó la mirada, y su rostro esbozó una sonrisa de alivio.

–¿Jerez? –les ofreció Bill. Sirvió dos copitas llenas de jerez dulce y se las dio a Agatha y James–. Bueno, ésta es Sharon Beck. Sharon, te presento a la señora Raisin y el señor James Lacey.

–Encantada de conocerles –murmuró Sharon.

–Es su día libre –gruñó el señor Wong–. No entiendo por qué la gente tiene que molestar a Bill en su día libre.

–¿Te gusta trabajar en la comisaría? –le preguntó Agatha a Sharon.

–Oh, sí, muchísimo. Las otras chicas son muy amables.

–No me parece bien que las chicas trabajen después de casadas –afirmó el señor Wong.

Se hizo un silencio incómodo, que rompió la señora Wong:

–Por suerte, tenemos un cuarto de invitados.

Otro silencio.

–¿Por qué? –preguntó Agatha desesperada.

–Para que cuando Bill se case, puedan vivir aquí.

–Si me lo permite, no creo que en estos tiempos ninguna pareja de jóvenes casados viva en casa de los padres de uno o de otro –dijo James.

–Pues no veo por qué no –repuso la señora Wong–. Si Bill se casa con Sharon, aquí presente, bueno, ella tendrá que dejar de trabajar cuando vengan los hijos y todo lo demás, y él no gana lo suficiente.

Sharon parecía un animal asustado agazapado entre la maleza.

–Lamento haber interrumpido su comida. –Agatha se levantó–. Si pudiéramos hablar un momento, Bill.

–Claro. Vamos al jardín.

–No tardes –dijo la señora Wong–. Hay pastel de carne con puré de patatas.

El jardín era los dominios de Bill y su belleza contrastaba con la fría formalidad de su hogar familiar.

–Y bien, ¿qué queréis saber? –preguntó.

–Las notas que dejó Robina Toynbee –dijo James–, ¿estaban mecanografiadas?

–Sí.

–Pero ella no tenía máquina de escribir –replicó Agatha.

–No, no encontramos ninguna en su casa. Preguntamos en el pueblo si alguien se las mecanografió.

–¿Qué ponía en las notas?

–Poca cosa, la verdad. Eran anotaciones para el discurso, el encabezamiento de bienvenida a los asistentes, un resumen de los beneficios que obtendrá el pueblo de la compañía de aguas, ese tipo de notas. Sólo dos breves páginas.

–¿No te pareció raro? –preguntó Agatha–. Me refiero a que no encontrarais la máquina de escribir.

–Eso es lo que estamos investigando.

–Fred Shaw estuvo en el *cottage* de Robina la noche anterior –dijo James.

–Lo sabemos. –Bill cortó una rosa–. Fue él quien vino a contárnoslo. Dijo que ella estaba asustada por unas cartas anónimas, pero que debió de haberlas quemado todas. No encontramos ninguna.

–Espera un momento. –Agatha frunció el ceño–. Acabo de recordar algo. Fred Shaw. También él quería dar un discurso en la fiesta. Yo no sabía cómo disuadirlo. Dijo que me visitaría y lo repasaríamos juntos, pero

finalmente no lo hizo.

–Tal vez cambió de opinión cuando se enteró de que The Pretty Girls abrirían el acto.

–Cierto. Pero es un hombre muy vanidoso e intimida a los demás. Y hay algo más. No recuerdo si te lo dije. Andy Stiggs y Robert Struthers no se llevaban bien. Andy quiso casarse con la difunta señora Struthers y sostenía que Robert se la había robado.

–Pero ¿por qué matar a Robina Toynbee? –preguntó Bill.

–Porque Andy Stiggs se oponía a la compañía de aguas.

–¡Bill! –La señora Wong, con voz estridente y de mal humor, apareció en la puerta–. ¿Vienes o no? Precisamente ahora le estaba explicando a Sharon que cuando estéis casados, ella tendrá que ocuparse de preparar tus comidas a la hora en punto.

–Ya voy, mamá.

–No os habéis comprometido, ¿verdad? –preguntó Agatha.

–Todavía no –dijo Bill con una sonrisa–. Pero así es mi madre. Siempre se hace esperanzas.

–Sí, así es su madre –dijo Agatha con amargura mientras se alejaban en coche–. ¿Es que Bill no se da cuenta de que las espanta a todas? Pues no, no se da cuenta. Adora a sus padres y no ve nada malo en ellos.

–Supongo que, en ese sentido, es más afortunado que la mayoría. ¿Adorabas tú a tus padres, Agatha?

–Estaban borrachos la mayor parte del tiempo. No veía la hora de alejarme de ellos. ¿Y tú?

–Los míos fueron magníficos. Mi padre murió hace diez años y mi madre sólo le sobrevivió un año. Estaba consagrada a él.

–¿De qué murieron?

–Mi padre de un derrame cerebral y mi madre de cáncer.

–Mucha gente muere de cáncer –se lamentó Agatha–; tengo que dejar de fumar.

–En Mircester hay un hipnotizador con un buen índice de éxito. Salió un artículo sobre él en el *Cotswold Journal*. Todavía lo conservo.

–Pásamelo cuando volvamos. Probaré a ver.

–Bueno, ¿recuerdas dónde vive la señora Darcy?

–Si vuelves al centro puedo guiarte desde allí.

Al poco pasaban por la calle tranquila donde vivía la hermana de Mary Owen.

–Para aquí –dijo Agatha–, nos bajamos e iremos andando. No estoy muy segura de dónde estaba. Era de noche.

Se apearon y caminaron.

–Me parece que era por aquí. –Agatha se detuvo–. Había una farola y, sí, ahora lo recuerdo, un lilo.

–La verdad es que por aquí hay bastantes lilos.

–Da igual, probemos.

Pero la mujer que les abrió la puerta no era la señora Darcy. Les dijo que vivía en el número 22.

Así que fueron hasta el 22.

La señora Darcy abrió la puerta y los miró con desdén.

–Ah, es usted –le dijo a Agatha–. Y éste ¿quién es?

–El señor James Lacey.

La señora Darcy llevaba unas gafas de montura de carey y un vestido de algodón planchado; el enorme parecido con su hermana disminuía considerablemente a la intensa luz del día. Era un poco más baja que Mary Owen.

–¿Qué quieren?

–Estamos intentando ayudar a resolver esos terribles asesinatos –dijo James esbozando una sonrisa encantadora–. Y Mary se dejó el encendedor plateado en el *cottage* de la señora Raisin. Como pasábamos por Mircester, se nos ocurrió dejárselo a usted.

Se lo entregó.

–¿Y qué tienen que ver esos asesinatos con usted? Entiendo que esta mujer se entrometa, pero es evidente que usted es un caballero.

–Había pensado que usted, especialmente usted, estaría muy interesada en que se aclarasen esos crímenes.

–¿Por qué yo?

–Porque la señorita Owen es su hermana.

–¿Y qué tiene eso que ver?

Una mujer que paseaba su perro se detuvo junto a la puerta del jardín escuchando con suma atención.

–Será mejor que entren –dijo la señora Darcy con hosquedad.

Les condujo a un salón, un espacio bastante despejado de paredes verdes con unos cuantos cuadros al óleo descoloridos.

Agatha y James se sentaron uno al lado del otro en un sofá. La señora Darcy permaneció en pie delante de la chimenea.

–¿Y bien? ¿Qué pasa con Mary?

–Su hermana –dijo James con paciencia–. Pagó a la gente de Salvad a Nuestros Zorros para que se manifestaran.

–¡No hay ninguna prueba de eso! Mary es una persona de buen corazón. Simplemente estaba contribuyendo a una buena causa.

–Me resulta difícil creer que a Mary le importen un pimiento los zorros, en ningún sentido –dijo Agatha.

–Dudo que usted tenga la menor idea de cómo es el campo.

La señora Darcy se volvió hacia James.

–No hay necesidad de ser tan maleducada con la señora Raisin –dijo James cortante–. De hecho, creo que la única razón por la que reacciona así es porque está preocupada por su hermana.

–No tengo ningún motivo para estarlo. Se equivoca de todas todas. No hay nada que yo pueda decir que les sirva de ayuda. La noche que Robert Struthers fue asesinado, Mary estuvo aquí. Y no tenía ningún motivo para matar a Robina Toynbee. Es más, la insinuación de que mi hermana pudiera haber matado a alguien me ofende. Esa noche cenamos juntas. No corrí las cortinas y nos vieron varios vecinos.

–¿A qué hora fue? –preguntó James.

–A eso de las siete. No me gusta cenar tarde.

–¿Y a qué hora se acostaron?

–Serían las diez. Mary salió a comprar leche y los periódicos al colmado por la mañana y después del desayuno se fue a Carsely. Les sugeriría que dejaran este asunto en manos de la policía. Ahora, si me disculpan, me gustaría seguir con mis cosas...

Una vez fuera, Agatha agarró el brazo de James y dijo:

–Mary tuvo tiempo de sobra para acercarse a Carsely y asesinar a Robert Struthers.

–Me cuesta creerlo. –James negó con la cabeza–. Alguien habría visto su coche en Ancombe.

–No tenía por qué ir en su propio coche. Podría haber utilizado el de su hermana. Podría haber planeado quedarse en casa de su hermana para así tener una coartada.

James sonrió.

–Ya sé que quieres que Mary sea la asesina. Pero creo que estamos perdiendo el tiempo. Probemos con Fred Shaw.

–Podemos pasarnos por el colmado y comprobar si en realidad compró la leche y los periódicos.

–Ya lo habrá hecho la policía.

–Aun así...

–De acuerdo, nos acercaremos andando.

El colmado resultó ser uno de los últimos supervivientes de su clase. No sólo ofrecía productos de alimentación y periódicos, sino también postales, regalos y bolsas de fertilizante para el jardín.

Había un hombre pequeño y marchito detrás del mostrador.

–Estamos colaborando en las pesquisas de la policía –dijo James mientras sacaba rápidamente la tarjeta de crédito, que centelleó en la penumbra del establecimiento.

–Ya le conté a la policía todo lo que sé. La hermana de la señora Darcy estuvo aquí la mañana posterior al asesinato. Compró *The Express*, *The Daily Telegraph* y una pinta de leche.

–¿Está seguro de que era la señorita Owen? –preguntó Agatha.

–Sí, había estado antes aquí. Además, dijo algo como: «He venido a visitar a mi hermana. Ojalá se encargara ella de comprar sus cosas».

–Pero la señorita Owen y la señora Darcy tienen un gran parecido.

–Ya, sin embargo la señora Darcy lleva gafas y su hermana no.

–Pero ¿y si la señora Darcy se hubiera quitado las gafas? ¿Sabría usted diferenciar a una de la otra?

–Supongo que sí. La señorita Owen lleva siempre pantalones y la señora Darcy, vestidos.

James tiró del brazo de Agatha.

–Eso es todo. No le molestamos más.

–¿No lo ves? –dijo Agatha mientras regresaban andando al coche–. La señora Darcy podría haber estado encubriendo a su hermana. Más vale que se lo contemos a Bill.

–¿Sabes lo que pienso? –dijo James, sombrío–. Que ese tendero le contará nuestra visita a la señora Darcy y que ella se quejará a la policía y nos echarán un sermón por hacernos pasar por detectives o algo así.

–Ya verás como no.

–Ya verás como sí. Ese tendero les contará a sus clientes que nosotros prácticamente acusamos a la señora Darcy de encubrir a su hermana. Espero que no acabemos ante un tribunal. De hecho, creo que lo mejor será que se lo contemos a Bill.

Bill Wong los escuchó mientras su rostro se iba ensombreciendo.

–En esta ocasión habéis ido demasiado lejos –dijo–. Si ella presenta una denuncia, no podré protegeros. Así que lo dejaréis ahora mismo. No tendría que haberos animado.

–Pero descubrimos algo que puede servirte –contestó Agatha suplicante.

–No, habéis hecho algo que está muy mal. Y no puedo hacer nada para minimizar los daños. Esperemos no volver a saber nada más de este incidente.

–Y ahora ¿adónde vamos? –preguntó Agatha mientras estaban en el aparcamiento delante de la comisaría.

–¿Fred Shaw?

–Me siento una nulidad –dijo Agatha cansada–, como si el profesor me hubiera echado una bronca. Me siento mala persona. Nunca me habían insultado tanto ni tanta gente como desde que se cometió el primer asesinato.

–Oh, no te pasa nada, eres normal –dijo James distraídamente–. Vayamos a ver a Fred.

Salieron de Mircester. Era finales de agosto. Algunas hojas ya amarilleaban y en el aire se notaba un poco de fresco. Agatha empezó a sentir que cada invierno en el campo, con sus nieblas y sus carreteras heladas, era como una nueva pequeña muerte. Podría irse de vacaciones a algún lugar soleado y librarse del mal tiempo y la frenética jovialidad jo-jo-jo de las Navidades, pero lo cierto es que cada vez era más reacia a dejar a sus gatos. Se prometió que cuando murieran no tendría más animales. No era divertido marcharse por ahí cuando una parte de su corazón siempre estaba preocupada por su bienestar.

Sus pensamientos derivaron hacia Guy. Al menos le había dado cierto aliciente a su vida cuando salía con él, pero la sensación de «mirad lo que tengo» se había visto mitigada por la percepción de que la gente pensaría que era demasiado mayor para él.

¿Y qué decir de James? Ahí estaba, conduciendo con seguridad, visiblemente ajeno a los graves problemas que se les podrían venir encima. Seguramente él saldría bien parado, pensó Agatha con amargura, y dejaría que ella sola cargara con el muerto. Ya no sabía qué sentía por él. Las relaciones tenían que avanzar, aunque fuera un par de centímetros, o si no, como en esos vídeos que alquilaba, al terminar la película la cinta empezaba a rebobinarse repitiendo en su imaginación no las escenas felices sino una larga lista de rechazos.

Ella seguiría con el caso hasta el final, si es que había un final, y luego se distanciaría de James.

Entraron en Ancombe y se detuvieron delante del taller de Fred Shaw. Estaba atendiendo a un cliente. Recorrió la tienda con la mirada y los vio.

–Enseguida estaré con ustedes –dijo.

Vendió cuatro pilas al cliente, se despidió y se acercó a ellos.

–¿Qué quieren? –preguntó con hostilidad.

–Hacerle unas preguntas –respondió James.

–Voy a cerrar para comer –contestó–. Vengan a la trastienda.

Cerró la puerta y bajó la persiana. Hizo un gesto con la cabeza y ellos le siguieron a la trastienda.

–Y bien, díganme. –Esta vez no les ofreció whisky.

–Pensamos que la vida en Ancombe no volverá a la normalidad hasta que se hayan resuelto esos asesinatos –empezó a explicar James.

–¿Y qué tiene eso que ver conmigo? La policía ya está investigando.

–Sí, pero usted es un hombre de negocios, un hombre astuto –se apresuró a decir Agatha.

La hostilidad desapareció del rostro de Fred.

–Es cierto, veo muchas cosas que otros no ven –dijo en un tono más sereno.

–He oído que Andy Stiggs estuvo enamorado de la señora Struthers. La señora Struthers debía de ser más joven que su marido.

–Sí, lo era. Andy también creía que él tendría que haber sido elegido presidente del consejo. Ahora lo será.

–¿Cree que él podría haber asesinado también a Robina? –preguntó Agatha.

–A ver...yo no he dicho que asesinara a Robert. Pero siempre andaba por casa de Robina. Tal vez vio algo.

–Dado que Andy Stiggs se oponía a la compañía de aguas, eso debió de amargar sus relaciones con Robina –dijo Agatha.

–Me parece que él se creía capaz de persuadirla para que cambiara de opinión.

Agatha lo miró pensativamente, preguntándose cuándo podría deslizar en la conversación una pregunta sobre su discurso. Pero en cambio lo que preguntó fue:

–¿El señor Stiggs estuvo casado?

–Sí, se casó con Ethel Fairweather, por despecho, justo después de que Robert se casara, y vivió infeliz hasta que ella murió. La mujer era una arpía. En cierto sentido, él culpaba a Robert de su desastroso matrimonio, ¿me entienden?

–¿Dónde vive? –preguntó James–. Tengo su dirección, pero no estoy seguro de dónde está exactamente el *cottage*.

–Pasada la iglesia, el segundo a la izquierda.

–No me llamó para vernos y revisar su discurso –dijo Agatha.

–¿Qué discurso?

–El que iba a dar en la fiesta.

–Cuando me enteré de que venía ese grupo de pop, supe que yo ya no le interesaría.

Pero, aun así, el grupo de pop fue una contratación de última hora, pensó Agatha. Y cuando Fred creía que Jane Harris iba a inaugurar la fiesta, la presencia de la actriz no fue un obstáculo para seguir adelante con su discurso.

–No cree que Mary Owen tuviera nada que ver con lo sucedido, ¿verdad? –preguntó Agatha–. Quiero decir que, al final, hasta donde he podido saber, no está arruinada. Ella pagó a los manifestantes.

–Es lo bastante corpulenta, lo bastante fuerte y lo bastante ruin para hacer cualquier cosa –dijo Fred–. Pero yo me inclino a pensar que fue Andy Stiggs.

–Pues antes pensaba que había sido Mary Owen.

–¿Yo? Pues no me acuerdo.

–Bien, probemos con Andy Stiggs –dijo James cuando salieron de la tienda.

–¿Cómo lo enfocamos?

–Igual que con Fred. Sólo queremos aclarar las cosas.

El *cottage* de Andy Stiggs era un delicado edificio de piedra de los Cotswolds con un tejado de paja reciente. Tenía una agradable mezcla de flores pasadas de moda: alhelíes, alegrías de la casa, delfinios, lupinos y rosas, rosas por todas partes.

Andy Stiggs estaba arrancando las malas hierbas de un parterre. Se incorporó cuando ellos entraron por la puerta del jardín.

–¿Qué quieren? –preguntó.

«Oh, quién fuera policía para poder decir: “Sólo hacerle unas preguntas”, con aire de autoridad», pensó Agatha.

–Hemos venido al pueblo por unos asuntos –dijo James– y se nos ocurrió pasar a hacerle una visita.

–¿Por qué?

Se limpió la tierra de las grandes manos.

–Como vicepresidente del consejo, y en breve futuro presidente, debe de estar al corriente de lo que pasa en el pueblo.

–¿Y qué le importa a ustedes? No viven aquí.

–Sin duda, querrá que se aclaren esos asesinatos.

–Por supuesto, y la respuesta la tienen delante de sus narices. Fue la compañía de aguas. Estoy convencido de que la pobre Robina cambió de opinión, así que la mataron.

–Me parece que las empresas sólo van por ahí matando a la gente en las series de televisión –dijo Agatha.

–Usted es incapaz de ver lo que tiene delante de las narices porque se ha dejado engatusar por ese Guy Freemont –dijo Andy.

–¡Eso no tiene nada que ver! –exclamó Agatha enfurecida.

–En mi opinión, sí que lo tiene. ¿Qué otro interés podría tener un joven como él en una mujer de su edad?

–Ya basta –intervino fríamente James–. Usted es igual de sospechoso. Creo que Robert Struthers le arrebató el amor de su vida ante sus propias narices.

–De eso hace siglos.

–A veces los resentimientos se agudizan con el paso del tiempo.

Andy alzó una azada y la blandió ante ellos.

–Salgan de aquí. Márchense y no vuelvan nunca por aquí o...

–¿O qué? –preguntó James–. ¿Nos matará? Vámonos, Agatha.

–Me parece que empieza a dolerme la cabeza –dijo Agatha cuando volvían andando al coche–. Si no te importa, me gustaría volver a casa y echarme un rato.

–De todos modos, creo que por hoy ya hemos hecho más que suficiente –dijo James.

Media hora después, Agatha se acurrucaba bajo el edredón de su cama y subía las rodillas hasta la barbilla. Tenía la sensación de que no podía seguir investigando esos asesinatos. Los miembros del consejo habían acabado por intimidarla con su retahíla de insultos.

Pese a la calidez del edredón y el calor del día, temblaba. Toda la seguridad, toda la protección y toda la comodidad que sentía en Carsely parecían haber desaparecido y estaba de nuevo sola en un mundo hostil.

Sonó el teléfono, ruidoso y autoritario. Se incorporó apoyada en un codo y lo miró. ¿Y si era James? No, seguramente sería Roy intentando convencerla de que volviera a dedicarse a las relaciones públicas o algo así. Más valía que lo dejara sonar, ya escucharía el servicio de contestador automático unos minutos más tarde para saber quién había llamado.

Esperó y luego marcó el 1571.

–Tiene un mensaje –dijo la voz remilgada de siempre–. ¿Quiere escucharlo?

–Sí –dijo Agatha en voz baja.

–Me temo que no he entendido bien su respuesta. ¿Le importaría repetirla?

–¡Sí! –gritó Agatha exasperada.

Esperó. Entonces una voz áspera dijo:

–«Soy Mary Owen. Venga a verme cuanto antes.»

«Ay, Dios –pensó Agatha desolada–. Se ha enterado de que interrogamos al de la tienda. Será mejor que avise a James.»

Pero cuando lo llamó no obtuvo respuesta. Se levantó de la cama, se aseó y se vistió. De repente no le apeteció esperar a James. Quería acabar con aquello de una vez por todas.

Condujo con pulso firme hasta la mansión de Ancombe, preguntándose si Mary pretendía denunciarla por acoso, vulneración de la intimidad o algo por el estilo.

Mary abrió la puerta.

–Sígame –dijo con brusquedad. La condujo hasta el salón: techo con vigas, gruesas cortinas, criaturas embalsamadas en vitrinas, una urna de metal con carrizo de la pampa... aquel salón parecía salido de una película de terror de la Hammer–. Siéntese –gruñó.

–Prefiero quedarme de pie.

Agatha creía que así podría emprender la huida más rápidamente.

–Muy bien. Ha estado escandalizando al vecindario de mi hermana, ha interrogado al tendero. Si vuelve a hacer algo así, podría sufrir un accidente muy desagradable.

Mary se había acercado a Agatha mientras hablaba. Agatha dio un paso atrás.

–¡Sólo intentábamos atar cabos sueltos! –se quejó–. Si es inocente, no tiene nada que temer.

–Pero ¿quién se cree usted que es? –Agarró a Agatha por el hombro y tiró de ella hacia un gran espejo que había sobre la chimenea–. ¡Mírese! Es una mujer de mediana edad, ni siquiera una dama. Mete las narices en asuntos que no son de su incumbencia. –Le dio otro empujón–. Ahora salga de aquí y recuerde: ¡otra intromisión más e iré a por usted!

Hundida por completo, Agatha se encaminó tambaleándose hacia la puerta. Arrancó, sin siquiera comprobar en el retrovisor si Mary la estaba observando. No quería volver a verla en su vida.

Mientras se bajaba del coche en la entrada de su *cottage*, la señora Darry se acercó corriendo, con el pequeño bulto peludo aullador que se hacía pasar por perro trotando delante de ella.

–¡Señora Raisin! –la llamó.

Darry, Darcy, son todas unas zorras, pensó Agatha, que sacó rápidamente las llaves del bolso, entró en su *cottage* y cerró de un portazo.

Se apoyó de espaldas en la puerta y respiró hondo.

Llamaron a la puerta.

–¡Váyase! –chilló.

–¿Está usted bien, querida?

Escuchó débilmente la voz de la señora Bloxby al otro lado.

Agatha abrió la puerta y al instante se echó a llorar.

–Oh, vamos a la cocina –dijo la señora Bloxby poniendo un brazo alrededor de los hombros temblorosos de Agatha.

Enjugándose las lágrimas con la vuelta de la manga, Agatha permitió que la llevara a la cocina y se dejó caer en una silla.

–Le prepararé un té fuerte y dulce –dijo la esposa del vicario, que enchufó el hervidor eléctrico y luego le alcanzó a Agatha la caja de pañuelos de papel que había sobre el mármol.

Agatha se sonó la nariz y dijo con voz débil:

–Lo siento. Todo esto es demasiado para mí.

–Espere a que haya preparado el té y me lo cuenta.

Al poco, con las manos alrededor de la taza de té, Agatha lo soltó todo: la vergüenza por su aventura con Guy, el no saber cuál era el estado de su relación con James y, por último, la amenaza de Mary Owen.

–Eso es muy interesante –dijo la señora Bloxby–, lo de Mary Owen.

–¿Se refiere a que si ha sido capaz de amenazarme también habría podido asesinar a los otros?

–No exactamente. Si Mary Owen y su hermana fueran las personas rectas y ofendidas que afirman ser, ¿por qué no acudieron a quejarse a la policía?

–A lo mejor sí lo hicieron.

–¿Puede averiguarlo?

–Espere un momento. Intentaré hablar con Bill.

Para alivio de Agatha, Bill estaba en comisaría.

–¿Qué pasa ahora, Agatha? –le preguntó bruscamente–. ¿Qué has hecho?

Agatha le contó la amenaza de Mary y luego preguntó:

–¿Han ido Mary o su hermana a quejarse de mí y de James a la policía?

–No, a Dios gracias.

–Esto es muy extraño, Bill... Si su hermana y ella fueran tan inocentes como afirman ser, simplemente habrían acudido a la policía.

Tras un momento de silencio, Bill dijo:

–¿Acaso estás denunciando a Mary Owen por amenazarte?

–No sé, Bill. No hay testigos. Aunque llamó y dejó un mensaje en mi servicio de contestador pidiéndome que fuera a verla.

–¿Conservas todavía el mensaje?

–Sí.

–Pues no lo borres. Me gustaría escucharlo. Pero iré a hablar con ella.

–¿Estás seguro de que no necesita dinero, Bill?

–Oh, eso. No, comprobamos sus cuentas bancarias. Es bastante rica.

–Entonces ¿por qué Fred Shaw dijo lo contrario?

–Se lo pregunté. Me dijo que, dado que ella se encargaba de todo el trabajo de jardinería y limpieza, con sólo alguna ayuda ocasional, había supuesto que estaba arruinada. En cualquier caso, déjalo en mis manos.

Bill colgó. Agatha volvió junto a la señora Bloxby en la cocina.

–Ni Mary ni su hermana han presentado denuncia ante la policía.

–Qué raro –dijo la señora Bloxby–. No me gusta verla tan angustiada.

–Es por todos los insultos y pullas sobre mi aventura con Guy. Han hecho que me sienta como una vulgar ramera.

–No debe tomárselo tan a la tremenda. La verdad es que está usted tratando con un grupo de gente asustada. Todos son sospechosos y lo saben, así que proyectan su miedo sobre usted porque la ven como un enemigo que está removiendo las aguas turbias.

–No lo había afrontado desde esa perspectiva. Le cerré la puerta en las narices a la señora Darry justo antes de que usted llegara. Es un espanto de mujer.

–En su caso, me temo que tiene razón: lo es. Anímese. Sé que anda quejándose de que se siente muy decepcionada en Carsely y dice que no es un lugar agradable. Creo que no tardará en dejarnos.

–Eso espero. Esa mujer es como halitosis del alma.

Cuando la señora Bloxby se fue, Agatha subió a la planta de arriba, se lavó la cara y se maquilló. Decidió que le haría una visita a James y le contaría lo de Mary. Ojalá la abrazara y la mantuviera pegada a él.

Reuniendo valor, fue a la puerta del *cottage* contiguo y llamó al timbre.

James abrió un tanto confuso.

–¿Qué ocurre, Agatha?

–¿No me vas a invitar a pasar?

–Estoy muy ocupado preparando las maletas.

–¿Adónde vas?

–Voy unos días a Londres.

–¿Por qué?

–Asuntos privados.

Agatha se sintió tan repudiada, tan abandonada, que no le contó nada de Mary.

–Adiós –dijo en voz baja y se marchó.

James la miró con impaciencia y se fijó en sus hombros hundidos. Abrió la boca para llamarla, pero la cerró de nuevo y volvió dentro para acabar de hacer las maletas.

Agatha, de nuevo en casa, llamó a la oficina de Roy. No quería estar sola. Roy seguramente vendría corriendo si se lo pedía.

Se puso al teléfono.

–¿Has cambiado de opinión sobre la compañía de aguas, Aggie?

–¿Qué?

–Me refiero a que si, al final, vas a seguir trabajando para ellos.

–No.

–Entonces ésta es una llamada amistosa, ¿no?

–Me preguntaba si te apetecería venir el fin de semana.

Su jefe lo había invitado a una barbacoa el sábado y Roy no estaba dispuesto a declinar una invitación de tanta importancia, sobre todo porque el jefe tenía una hija casadera.

–Lo siento, querida. Tal vez en otra ocasión.

–Sí, bueno, adiós.

Agatha se quedó mirando fijamente el teléfono. Se preguntaba si hacía las maletas también, conducía hasta el aeropuerto de Heathrow, cogía el primer vuelo para el que hubiera billete y se largaba a cualquier parte.

Sonó el teléfono. Agatha lo cogió con cautela, como si el aparato fuera a morderle.

–¡Agatha! –Era la voz de Guy–. Te echo mucho de menos. ¿Qué te parece si cenamos el sábado?

–No sé...

–Vamos. Será agradable vernos de nuevo. En aquel restaurante francés de Mircester, ¿qué me dices? Podría pasar a recogerte a las ocho.

–Muy bien –dijo Agatha que, tras despedirse y colgar el aparato, pensó: «Qué importa, al fin y al cabo nadie más parece quererme».

El viernes, Agatha estaba más tranquila. Unos saludables paseos y una afable reunión de la Carsely Ladies Society la ayudaron a recuperar la serenidad, a lo que había que añadir la grata noticia de que la señora Darry se

había ido de vacaciones.

La noche del viernes había decidido anular su cita con Guy. Iba a coger el teléfono cuando éste sonó. Lo descolgó despacio, mientras sus viejos temores volvían de golpe.

–Soy Portia Salmond –dijo una voz distante–. Creo que deberíamos hablar.

–Pues hablemos.

–Prefiero no hacerlo por teléfono. ¿Puede venir aquí?

–¿Dónde es aquí?

–Vivo en el número cinco de Glebe Street. Está cerca de la abadía de Mircester.

–La conozco. ¿Por qué ahora? Es tarde.

–No me llevará mucho tiempo.

La curiosidad venció las dudas de Agatha.

–Dame media hora.

Condujo por las tranquilas carreteras nocturnas y luego cogió la A-44 hasta la Fosse Way. El aire se notaba fresco. El verano había llegado a su final.

Se preguntó si James habría invitado a cenar a Portia. Eso era lo que en realidad quería averiguar.

Glebe Street era una calle estrecha, adoquinada y oscura. Un gajo de luna colgaba en el cielo al final de la calle y la imponente masa de la abadía se cernía sobre las casas a la izquierda.

A Agatha, las grandes abadías y catedrales inglesas siempre le habían recordado más al poder del Estado, la Corona y el Ejército, que al poder divino.

Aparcó el coche. El número 5 era una casita muy pulcra, como una antigua cochera remodelada.

Las luces estaban encendidas detrás de las ventanas.

Agatha llamó a la pretenciosa aldaba de latón con la forma de un demonio sonriente.

Oyó un repiqueteo de tacones altos al otro lado de la puerta y al momento abrió Portia, con la luz del pequeño recibidor brillando sobre su cabello rubio.

–Pase, señora Raisin.

La llevó a un pequeño salón pintado en tonos verdes: alfombra verde, cortinas verdes y doradas, tapicería de telas verdes en el sofá y los dos sillones. En las paredes había varias fotografías de Portia.

–Siéntese –dijo Portia con brusquedad–. Quiero acabar cuanto antes con esto.

–Muy bien. Dime.

–Tengo una aventura con Guy Freemont –dijo Portia.

–¿No me digas?

Agatha se preguntó por qué no la sorprendía.

–Sí le digo. Con usted sólo se está divirtiendo. Creo que tiene complejo de Edipo. Quiero que lo deje.

–¿Estás comprometida o casada?

–No.

–Entonces ¿a ti qué te importa, cariño?

–Está convirtiéndose en el hazmerreír del pueblo. Todos se burlan de usted. Alguien en la oficina dijo el otro día: «¿Quién es esa vieja que vi con Guy el otro día? ¿Su madre?».

Agatha se levantó. Las piernas le pesaban como el plomo. Se sentía increíblemente cansada. Miró a Portia.

–Que te den, bruja –dijo Agatha–. Por delante y por detrás. ¿Y crees que podrías encargarte de mi trabajo de relaciones públicas? Pues para tu información, no se consiguen columnas en prensa acostándose con periodistas. Ya lo han probado otras furcias como tú y no funciona. Ni se te ocurra volver a llamarme ni a dirigirme la palabra.

Se dirigió a la puerta. Portia la siguió y la agarró del brazo.

–Ha quedado para cenar con usted mañana. ¡No vaya!

–¡Suéltame!

Agatha le clavó el codo en las costillas a Portia, abrió la puerta de la casa de golpe y fue hasta su coche.

–¡Queda advertida! –gritó Portia.

–Ponte a la cola, querida.

Se subió al coche y se fue; las manos le sudaban al volante. Ese caso había sido demasiado para ella. Pero acudiría a la cita con Guy. ¡Esa zorra rubia no iba a decirle a Agatha Raisin lo que podía o no podía hacer!

## NUEVE

La mañana siguiente, Bill Wong fue a casa de Agatha. Parecía deprimido y cansado.

–¿Cómo te fue con Mary Owen? –preguntó Agatha.

–Lo negó todo. Dijo que tu acusación no era más que una fantasía y que creía que estabas perturbada. No repetiré el resto de los insultos.

–Este caso te está hundiendo.

–No es sólo el caso, Agatha. Es Sharon.

–Oh.

–Al principio dijo que no podía quedar conmigo con el pretexto de que había venido su madre de visita o porque tenía que lavarse el pelo, cosas así, de modo que le pregunté directamente si nuestra relación había acabado y ella dijo que sí. No sé qué pasó. Nos llevábamos estupendamente.

Agatha respiró hondo.

–Bill, ¿crees que tu madre pudo espantarla?

–Mamá... ¿y cómo?

–Bueno, al hablar de matrimonio y de Sharon y tú yendo a vivir con ellos.

–¿Y por qué iba a asustarla eso?

–Bill, ninguna mujer quiere vivir con sus suegros, tanto da lo agradables que sean.

–Pero Sharon habría comentado algo.

–No necesariamente. Tú ni siquiera le habías pedido que se casara contigo. Pudo imaginar que le estabais metiendo prisa para que se casara.

Bill hundió las manos en su tupido cabello oscuro.

–No había pensado en eso.

Agatha negó con la cabeza. Bill era sumamente inteligente cuando se trataba del trabajo policial, pero en cuanto a tratar con mujeres, era un ceporro.

–Bueno, basta ya de mi vida amorosa. ¿Qué me cuentas de la tuya?

–Un lío. James ha vuelto a marcharse y creo que es porque preveía problemas con Mary Owen y su hermana, así que ahuecó el ala, dejándome que me tragara yo sola lo que pudiera caer.

–Eso no parece propio de James.

–Pues es típico de él. Ya me hizo lo mismo en Chipre. Así que esta noche tengo una cita con Guy Freemont y no me apetece en absoluto. Fue Portia la que al advertirme que más me valía no...

–¿Portia? ¿Portia Salmond, la secretaria?

–La misma. Dijo que tenía una aventura con Guy.

–Menudo embrollo. ¿De verdad te gusta ese hombre?

Agatha suspiró.

–Sólo cuando tengo el ego hecho trizas, como ahora. Me halaga que a un hombre joven y apuesto le apetezca mi compañía. Pero no quiero que me vean por ahí con él, así de maltratada me siento. Creo que me pasaré por el Marks and Spencer de Cheltenham, compraré algo y cenaremos aquí.

–¿No ha reservado mesa en un restaurante?

–Si lo ha hecho, sólo tiene que cancelar la reserva. Quiero un poco de paz e intimidad para decirle que lo nuestro ha terminado.

–¡Así que sí tenías una aventura!

–¿Tanto te sorprende?

–No, no es eso. Supongo que es porque, como somos amigos, nunca he pensado en ti en ese sentido. –Bill se rio–. En cierto modo es como descubrir que la madre de uno tiene un lío.

Una imagen de la amargada madre de Bill cobró forma ante los ojos de Agatha. Se preguntó si no sería mejor olvidarse del amor y los romances, olvidarse de hacer dieta y de ir a la esteticista, y engordar y abandonarse, y ponerse vestidos sueltos como tiendas de campaña y comer de todo lo que lleve nata doble.

De repente, deseó que Roy cambiara de opinión y viniera a Carsely. Cancelaría su cita y los dos saldrían a darse un buen banquete.

–¿Llegasteis a encontrar el gato?

–No, ni un persa blanco en ninguna parte.

Agatha apoyó la barbilla en las manos.

–He estado pensando en todos ellos, en los consejeros parroquiales, me refiero. Al principio, parecía increíble que alguno de esa pandilla de valiosos ciudadanos cometiera un asesinato, pero en cuanto empiezas a rascar bajo la superficie, te encuentras todos esos resentimientos, celos y pasiones. ¿Y habéis descubierto dónde mecanografió Robina sus notas?

–No, por ahí también hemos acabado en un callejón sin salida.

–Estoy empezando a creer que fue Andy Stiggs.

–¿El vicepresidente? ¿Por qué él?

–Parece un hombre violento. Llevaba toda la vida resentido con Robert Struthers porque éste se casó con el amor de su vida y Andy, por despecho, con una arpía, y le echaba la culpa a Robert. Además, le repelía la proposición de la compañía de aguas, a lo que hay que añadir su idea de que él debía ser el presidente.

–No tenemos nada contra él. Ése es el problema de este grupo. Nada en su vida señala el menor indicio de que tengan personalidad de asesinos.

–Sin embargo, ahí está Mary Owen, que pagó a ese grupo para que armaran jaleo.

–Esa mujer es un mal bicho.

–Todos lo son –dijo Agatha–. De hecho, he tenido que soportar tantas amenazas y tantos insultos que te alegrará saber que no voy a proseguir con la investigación.

–Vaya, es una decisión muy sensata, Agatha. Puede parecer que la policía avanza muy despacio, pero somos concienzudos y al final llegaremos a descubrirlo todo. Aunque debo admitir que estoy cansado y voy a tomarme libre el resto del día.

Agatha fue en coche a Cheltenham y compró comida para cenar: *mousse* de salmón como entrante, pato en salsa de naranja –comprobó las indicaciones para asegurarse de que podía prepararlo en el microondas- y un pegajoso pudín acaramelado. También compró unas verduras aptas para el microondas

y un paquete de patatas en salsa de queso. No sabía si las patatas gratinadas combinaban con el pato en salsa de naranja, pero el caso es que no le apetecía comprar patatas crudas.

A continuación, metió la comida en el coche y dio una vuelta por la Promenade, deteniéndose en los escaparates de las tiendas de ropa cara con la esperanza de encontrar un vestido que milagrosamente le quitara años de encima. Pero no hubo suerte.

Cuando volvió a casa, metió la compra en la nevera y subió a su habitación para echarse y leer una hora. Pero se quedó dormida y no se despertó hasta las seis de la tarde.

Al ver la hora en el reloj de la mesita de noche se sobresaltó. Bajó a poner la mesa del comedor, a pasar la aspiradora por el salón y preparar la chimenea para cuando fuera a encenderla.

Luego subió de nuevo, se dio un baño y empezó a rebuscar entre el fondo de armario algo elegante y cómodo que ponerse. Finalmente, encontró un largo caftán púrpura con bordado dorado que hacía años que no se ponía. Eso le serviría. Era suelto y cómodo, y aun así parecía un vestido de cena.

Entonces se maquilló con esmero y se cepilló el pelo hasta dejarlo brillante.

Estaba a punto de levantarse del tocador cuando emitió una exclamación irritada. La ropa que había vestido el día anterior estaba tirada en una pila en un rincón de la habitación. Aunque no era su intención permitir que Guy viera de nuevo el interior de su dormitorio, lo cierto es que esa ropa debería estar en la cesta de la colada.

Recogió la ropa interior y una blusa azul marino. Arrojó las prendas a la cesta. Luego, bajo la intensa luz del cuarto de baño –una bombilla de cien vatios, la mejor para verte bien– echó un vistazo a la ropa sucia.

Con cuidado recogió la blusa azul marino. Allí, en la espalda, vio varios pelos blancos. ¡Sin duda eran de gato!

Corrió al dormitorio y encontró la falda que había llevado. De ella colgaban otros dos pelos blancos.

Se sentó en la cama. Mary Owen. Tenía que haber sido Mary Owen.

Pero entonces le vino a la cabeza una imagen vívida de Mary Owen ladrando «Siéntese», y ella se había negado. Ciertamente, Mary se le había acercado mucho cuando la había empujado ante el espejo.

Pero entonces le vino otra imagen a la cabeza. Portia. Se había sentado en su sofá mientras ella se burlaba.

Tenía que llamar a Bill. Había dicho que iba a tomarse libre el resto del día. Cogió la agenda y marcó su número.

–¿Quién es? –preguntó una voz irritada desde el otro extremo de la línea. La señora Wong.

–Soy Agatha Raisin, tengo que hablar con Bill inmediatamente.

–Está en la bañera y no voy a sacarlo.

Agatha respiró hondo.

–Llamo para decirle que Sharon está embarazada.

Oyó un jadeo y luego el sonido de pasos que se alejaban. Agatha esperó tensa.

–Tonterías –oyó decir a Bill–, no le hagas caso, está bromeando. –Luego se puso al teléfono–. ¿A qué estás jugando, Agatha? Casi le da un ataque al corazón a mi madre.

–Bill, ¡escucha! Tenía que conseguir que te pusieras. La ropa que llevaba cuando fui a casa de Portia anoche... tiene pelos blancos de gato pegados.

–No habíamos pensado en ella –dijo Bill–. Me pondré a investigar ahora mismo. Buen trabajo.

Por una vez, Bill no hizo caso a las preguntas de su madre y se vistió rápidamente. Estaba a punto de salir cuando volvió a sonar el teléfono. Cogió el aparato antes de que su madre llegara a él.

–Soy James Lacey –dijo una voz apurada–. ¡Escúchame!

Bill escuchó. Luego dijo:

–Dios. ¡Y él estará en casa de Agatha esta noche!

Antes, ese mismo día, James había invitado a un viejo amigo a comer en la ciudad. Hablaron de tiempos pasados hasta que, finalmente, y tras pensar que ya había cumplido con los mínimos de la diplomacia, preguntó directamente:

–¿Has descubierto algo sobre los hermanos Freemont?

Su amigo, Johnny Birrell, respondió:

–He preguntado y husmeado por ahí. Han pedido importantes préstamos para invertir en esa compañía de aguas.

–¿Así que no volvieron muy ricos de Hong Kong? Me temo que soy un ingenuo porque creía que todos los hombres de negocios volvían forrados de Hong Kong.

–Pues éstos no –dijo Johnny–. Yo mismo pasé allí un par de años. Corría un rumor sobre Guy Freemont que te interesará.

–Me interesa cuanto puedas decirme.

–Se dedicaban al negocio textil, dirigían fábricas donde explotaban a los trabajadores, algo que aquí les supondría problemas, pero no en Hong Kong. Pese a todo, el negocio les iba viento en popa. Entonces tuvieron un contratiempo. Todo son rumores, claro.

–¿Y qué se rumoreaba? ¿Qué decía la gente?

–Al parecer Guy se había enamorado perdidamente de una joven china y ella le dio esperanzas durante un tiempo, pero acabó rechazándolo. Se decía que él la había violado. Guy Freemont no le dio importancia. Al fin y al cabo, era sólo una china. Los tipos como Guy Freemont se creen que pueden enamorarse de una chica sin respetarla. Pero el padre de la jovencita era un hombre de negocios muy rico y poderoso. Evidentemente no había más pruebas que la palabra de la joven de que Guy la había violado y, además, ella ya había salido con varios hombres. Pero, sucediera lo que sucediese, o fueran cuales fuesen las amenazas que le hicieron a Guy, los rumores afirman que su hermano y él prácticamente se arruinaron para poder conseguir que Guy saliera indemne de aquello. Eso fue antes de que los chinos se hicieran cargo de la colonia. Ni que decir tiene que todo pueden ser exageraciones. Ya sabes cómo son las comunidades de expatriados, James. Uno escucha una historia y la adorna, el siguiente que la escucha la adorna todavía más y al final llega a tus oídos corregida y aumentada.

James se puso en pie mirando su reloj.

–Mil gracias, la comida corre de mi cuenta, Johnny. Tengo que volver a casa cuanto antes.

En el camino de vuelta, James deseó ser uno de esos usuarios de teléfonos móviles a los que él tanto despreciaba. Su coche, que tan bien le había servido hasta entonces, se detuvo y se negó a arrancar. Un motorista se paró y le dejó usar su móvil. Luego James tuvo que quedarse esperando a la grúa. Dado que el coche estaba provocando un atasco en el tráfico, el conductor de la grúa le sugirió remolcarlo directamente al garaje y revisarlo allí.

En el garaje, James enrojeció de vergüenza cuando un mecánico, sin poder reprimir la risa, señaló que lo único que le pasaba al coche era que se había quedado sin gasolina.

Cuando James por fin pudo telefonar a Bill, el sol se estaba poniendo, y pensó que se había dejado llevar por el pánico. Había descubierto que Guy Freemont era probablemente un empresario tramposo y un violador, pero eso no lo convertía en un asesino. Y, en cualquier caso, pensó con amargura, no le hacía falta violar a Agatha para conseguir lo que quería.

Pero cuando percibió el nerviosismo en la voz de Bill y se enteró de que ella recibía en su casa a Guy Freemont esa noche, todos sus temores volvieron de golpe.

–No llames a Agatha –avisó a Bill–. Si Guy es culpable, no debemos alertarle. No tengo tiempo para contarte el resto; voy de camino.

Agatha fue a abrir la puerta para que entrara Guy.

–¿Está lloviendo? –preguntó al ver las gotas que brillaban en su abrigo.

–Acaba de empezar. ¿Estás lista?

–Creí que sería mejor que cenáramos aquí –dijo Agatha–. Dame el abrigo.

Le ayudó a quitárselo y lo colgó en el armario. Había estado aturdida desde su llamada a Bill. No paraba de pensar en por qué, si se trataba de Portia, lo había hecho. Debía de tratarse de una especie de maníaca. ¿Se lo contaba a Guy?

Pero mientras colgaba lentamente el abrigo, Agatha tuvo por fin un destello cegador de algo que resultaba obvio. Guy estaba teniendo una aventura con Portia. Guy había estado en casa de Portia. Los pelos del gato se habrían pegado a su ropa y luego le habría pasado uno a las prendas de

Robert Struthers. ¿Cuánta gente le había gritado que los Freemont eran culpables, y ella, la reina de las relaciones públicas, se había negado a creerles? Uno no asesina para conseguir publicidad, ¿o sí?

Más valía que telefonara a Bill. Pero Bill debía de estar registrando la casa de Portia, y si tenía un gato persa y era inocente, centrarían su atención en Guy y, a Dios gracias, le había dicho a Bill que éste iba a ir a su casa.

Agatha volvió lentamente al salón, acercó una cerilla a la chimenea y se quedó mirando las llamas.

–¿No vas a ofrecerme una copa? –La voz de Guy resonó a su espalda.

Ella se sobresaltó.

–Lo siento mucho, me había quedado ensimismada. ¿Whisky?

–Sí, por favor. Con sólo una gota de soda.

Agatha le sirvió una generosa copa de whisky con soda y se preparó un *gin-tonic* para ella.

–Me alegro de que quisieras verme, Agatha –dijo Guy–. Pensaba que me habías dejado.

–Bueno, en realidad nunca hemos sido pareja –dijo Agatha.

Tenía que ganar tiempo. Si Bill había encontrado ese gato y si se establecía la relación con Guy, la policía acudiría inmediatamente.

–Pues yo pensaba que sí.

–Hay algo raro. Portia Salmond me llamó anoche para que fuera a su casa y me dijo que habías tenido una aventura con ella.

–Agatha, Agatha... Eso fue hace mucho tiempo.

–No tanto. La compañía de aguas es bastante reciente. A Portia la contrataste este mismo año.

–La conocía de antes.

–¿De Hong Kong?

Los ojos de Guy se entrecerraron.

–¿Me has estado investigando, Agatha?

–Por supuesto. Cuando me llamaron para representar a tu compañía, hice algunas averiguaciones sobre tus antecedentes.

–¿Y qué descubrió mi atareado angelito?

–Pues descubrí que te dedicabas al negocio del textil y que habías vuelto cuando Hong Kong pasó a manos chinas. Algo terrible para esa pobre gente. Tendría que haberseles proporcionado pasaportes británicos.

–Vamos, Agatha, también son chinos.

–¿Y qué? Son personas y eran súbditos británicos.

Negó con su apuesta cabeza.

–Nunca creería que fueras una progre.

–¿Eres de los que piensan que más allá de Calais sólo hay negros?

–Dejémoslo. Ese tema me aburre. ¿Tú eres una dama retirada que se da la buena vida?

–Sí, y tengo intención de disfrutarla. ¿Cómo va el negocio del agua?

–Nos va muy bien. Exportamos a Europa y pronto a América. Y todo gracias a la publicidad.

–Nunca lo comprenderé. Cuando veo una botella de Agua de Ancombe con la calavera sonriendo en la etiqueta en lo único que pienso es en el pobre señor Struthers tirado en el manantial y el agua teñida con su sangre arremolinándose en el pilón.

–¿No lo entiendes, Agatha? Ése es el secreto.

–El secreto ¿de qué?

–De la publicidad, de promocionar un producto. Sale una nueva bebida saludable a la venta que tiene una hoja de cannabis en la etiqueta. Pero no contiene el hachís de la droga porque el cannabis que utiliza es únicamente de la hoja masculina, y es la femenina la que causa el efecto embriagador. ¿Crees que la gente la compra porque sea saludable? No, lo hace porque a la mejor les da un subidón.

–Disculpa pero no te sigo... En el Agua de Ancombe no hay nada más que agua, eso es evidente.

–Ya hemos hablado antes de ello. Todos los seres humanos son autodestructivos. Mucha gente acude a las tiendas de productos saludables para comprar productos que la estimule o la calme, pero, en cualquier caso, lo que finalmente la convence es que los adquiere en un establecimiento de productos saludables y, por tanto, es bueno. La gente se emborracha como cubas en los pubs, pero mira con desprecio a los yonquis. Los vegetarianos se atiborran de azúcar. Y, en mi opinión, el aviso sobre los perjuicios para la

salud en un paquete de cigarrillos es uno de los mejores anuncios actuales. La gente se siente atraída por la muerte, Agatha, porque la teme, como el que se siente atraído al filo de un abismo. Y nunca se ha tenido tanto miedo a la muerte como en esta época.

–No estoy de acuerdo –dijo Agatha–. La memoria de la gente es muy corta. El Agua de Ancombe llamó la atención en todo el mundo, en efecto, a causa de los asesinatos. Pero luego eso se olvida y sólo se recuerda lo que se ha oído. No creo que jugar con la muerte resulte nada atractivo. –Agatha se encendió un cigarrillo.

Guy sacó un recorte de periódico del bolsillo.

–¿Ah, no? Mira, te he traído un recorte sobre un hipnotizador de Mircester. Querías dejar de fumar, ¿verdad?

–Sí –dijo Agatha, que, en el fondo, no quería dejarlo–. Te pondré otra copa y luego preparo la cena.

–Muy bien, te ayudaré en la cocina.

–No, no hace falta. No me gusta que me miren mientras cocino.

Le sirvió otra copa, fue a la cocina y cerró la puerta. Todo ese discurso sobre que la muerte era buena publicidad... ¿Había sido Guy el asesino? Dispuso la *mousse* de salmón en platos. El pato tendría que calentarlo en el microondas y luego debía mantener calientes en el horno las dos porciones, junto con las patatas y las verduras ya pasadas por el microondas.

¡Cómo podía haber sido tan estúpida! James no había dejado de insistir en que habían sido los Freemont. Cómo iba a disfrutar James echándose en cara.

Se dio la vuelta y miró la puerta cerrada de la cocina. Tal vez una llamada a comisaría...

Con cautela cogió el aparato y llamó a comisaría. Preguntó por Bill, pero le dijeron que no estaba.

–Dígale –dijo con voz apremiante– que Guy Freemont está en mi casa y que estoy convencida de que él cometió esos asesinatos. Soy Agatha Raisin. No, no tengo tiempo para esperar a que me pasen a otro...

Oyó movimiento al otro lado de la puerta de la cocina y colgó rápidamente el aparato.

Sus gatos serpenteaban alrededor de sus piernas. Abrió la puerta de la cocina y los echó al jardín.

–Ahí estaréis a salvo –les susurró, y más tarde Agatha se preguntaría por qué no había hecho ella lo mismo y huido por la puerta de la cocina en busca de seguridad.

Metió el pato en el microondas, cogió los dos platos con la *mousse* de salmón y se dirigió al comedor.

–¿Has hablado por teléfono? –preguntó Guy. Estaba junto a la chimenea.

–¿Estabas escuchando? –preguntó Agatha distraídamente.

–No, cuando descuelgas el teléfono en la cocina el aparato de aquí emite un leve pitido.

–Sí, hablé por teléfono. Llamé a la señora Bloxby, la esposa del vicario.

La expresión del rostro de Guy se había tensado y sus ojos brillaban extrañamente a la luz de la chimenea. Dio un paso hacia Agatha.

Llamaron al timbre.

La policía, pensó Agatha.

–Voy a ver.

Él la agarró del brazo.

–¿No quieres estar a solas conmigo?

Guy la miró fijamente. Agatha intentó parecer tan desconcertada y ofendida como lo habría estado en circunstancias normales.

–Muy bien –dijo él soltándola.

Agatha fue a la puerta y abrió. La señora Bloxby estaba en el umbral.

Agatha la miró con ojos desorbitados y luego alzó la voz.

–Estaba diciéndole a Guy que la había llamado hacía un momento y que seguramente sería usted. –Parpadeó con desesperación.

–Le he traído algunas tonterías para picar. –La señora Bloxby le tendió un cuenco.

–Pase y salude a Guy –dijo Agatha.

–Si tiene visita no quisiera interrumpir.

–Sólo una copa –suplicó Agatha.

–Sí, por favor, ha sido un detalle por su parte.

Guy apareció cerniéndose detrás de Agatha.

–Me alegro mucho de verle, señor Freemont –dijo la señora Bloxby–. No me quedará mucho. Como le decía a Agatha hace un momento por teléfono, creía que tal vez les apetecerían algunos de mis bocados especiales.

Guy parecía ahora tan relajado como antes había parecido tenso.

–Coge el cuenco, Agatha, y yo serviré una copa a la señora Bloxby.

La señora Bloxby le dio a Agatha el cuenco de bocaditos y luego dejó el paraguas en el paragüero del recibidor.

–Menuda tardecita se ha quedado, señor Freemont –dijo–. Oh, esto es muy acogedor. El fuego de chimenea siempre me ha parecido precioso. Sólo un jerez, por favor.

Agatha entró y se sentó. Había acabado asumiendo la realidad de que Guy era con toda probabilidad un asesino despiadado y se sentía asqueada y asustada por ello.

La señora Bloxby miró animadamente a Agatha y luego a Guy.

–¿Va usted a la iglesia, señor Freemont?

–¿Disculpe?

–Le preguntaba que si va a la iglesia.

–¿Por qué?

–Muy sencillo, porque soy la esposa del vicario y me gusta recoger tantas almas para la iglesia como sea posible.

«La señora Bloxby lo sabe –pensó Agatha–. De un modo u otro lo sabe.» No era en absoluto propio de la mujer del vicario ir preguntando a los demás si iban o no a la iglesia.

Guy se rio toscamente.

–Bueno, en Navidad, en Pascua; me temo que soy un anglicano de dos misas al año.

–Pero ¿nunca teme por su alma inmortal?

–Nunca pienso en esas cosas.

–Oh, pues debería. Todos seremos juzgados en el Juicio Final.

–No pretendo ofenderla, señora Bloxby, pero todo eso son un montón de tonterías. Cuando alguien muere, pues se muere..., se acabó, es el final.

–En eso se equivoca.

–¿Y usted cómo lo sabe? ¿Se lo ha dicho Dios?

La señora Bloxby dio un sorbo de jerez y miró pensativamente las llamas que se elevaban saltarinas.

–No, pero he observado la bondad de mucha gente, y también la maldad. En todos nosotros hay una pizca de espíritu divino. También he observado que existe un extraño patrón de justicia.

–¿Justicia? –preguntó Guy bruscamente y Agatha gruñó para sus adentros.

–Oh, sí, he visto a personas malvadas que imaginaban que se salían con la suya, pero al final siempre acababan sufriendo.

–¿En los fuegos del infierno?

–Sí, y los sufrían incluso en vida. Creo que quienquiera que asesinara al señor Struthers y a Robina Toynbee acabará sufriendo espantosamente.

–No, si la policía no lo atrapa. –Guy se levantó—. Discúlpeme, pero tengo los cigarrillos en el bolsillo del abrigo.

–Coge uno de los míos –dijo Agatha—. No sabía que fumaras.

–Hay muchas cosas de mí que no sabes.

Salió. Agatha miró a la esposa del vicario con ojos angustiados. Sin pronunciar las palabras, articuló: «No siga por ahí».

Guy entró y se quedó en el umbral. Se había puesto el abrigo y las apuntaba con un pequeño revólver.

–Fin de la diversión –dijo con frialdad—. Vamos a dar una vuelta en coche. Suban al vehículo, y si dan un solo grito les dispararé a las dos.

–¿Por qué haces esto? –preguntó Agatha.

–Calla y muévete. ¡En marcha!

Una vez fuera, le gruñó a Agatha:

–Conduce tú y que la santurrona vaya sentada a tu lado. Un movimiento en falso y os mato a las dos. Coge la carretera que pasa por Ancombe –ordenó cuando Agatha arrancó.

Agatha vio desvanecerse toda esperanza. La policía entraría en el pueblo por el otro lado de modo que no los verían. Sentía la fría boca del revólver contra su cuello.

La señora Bloxby permanecía sentada y callada a su lado, con las manos entrelazadas en gesto de oración. ¿De qué servía eso ahora? A Agatha le entraron ganas de gritarle.

–Ve a Moreton y coge la Fosse Way hacia Stratford –ordenó Guy.

Agatha obedeció. No podía hacer otra cosa. Encajado a su lado en el asiento tenía el bolso, que había cogido llevada por la fuerza de la costumbre. ¿Tenía algo dentro que pudiera usarse como arma? ¿Unas tijeras de uñas? Mejor olvidarlo. Llevaba un bote pequeño de laca. Si pudiera cogerlo y rociarle la cara. Pero ¿cómo?

«Hazle hablar», pensó.

–¿Así que tú los mataste? –preguntó.

–Limítate a conducir y mantén la boca cerrada.

En los libros, pensó Agatha desesperadamente, los asesinos siempre alardeaban de sus crímenes, lo que permitía que el héroe saliera a relucir.

Los parabrisas se movían rítmicamente como metrónomos.

Dejaron atrás Moreton-in-Marsh y siguieron por la Fosse Way, la calzada romana que, como todas las calzadas romanas, ascendía las colinas por un lado y las descendía por el otro. Las legiones romanas no eran muy partidarias de los desvíos fáciles.

–¡Ahora a la derecha! –ladró Guy.

–Por aquí se va a Toddenham –dijo Agatha–. Podríamos haber llegado por Budgens.

–¡Conduce!

¿Cuidaría Doris Simpson de sus gatos? Guy sin duda pretendía matarlas.

–¡Para! –le mandó.

Agatha se detuvo haciendo chirriar los frenos.

–Usted primero –le dijo Guy a la señora Bloxby–. Si intenta escapar, la mataré a ella.

–Huya –apremió Agatha a la esposa del vicario–. Va a matarnos a las dos.

Pero la señora Bloxby se bajó y se quedó obedientemente junto al coche.

–Al campo –dijo Guy.

Agatha se dio cuenta de que aferraba su bolso.

Mientras se agachaba para pasar por debajo de la valla, soltó la solapa y buscó a tientas el botecito de laca.

–Ahora quietas ahí, juntas.

Había dejado de llover y la tenue luz de las estrellas centelleaba en el revólver que sostenía Guy.

Les apuntó.

La señora Bloxby se apartó de Agatha, dio unos pasos hacia delante y puso una mano sobre el brazo de Guy.

–No servirá de nada –dijo en un tono afable–. No puede salir bien parado de esto.

Él apartó el brazo.

Agatha se abalanzó hacia delante y le roció laca en la cara. Guy gritó, se echó las manos a los ojos y soltó el revólver.

La esposa del vicario recogió el arma y gritó:

–Retroceda, Agatha.

Guy las miró con ojos borrosos.

–Vamos, dispare. –Él se adelantó hacia la señora Bloxby–. Pero no, usted no disparará, ¿verdad que no, dama de Dios? ¡No puede!

Guy extendió las manos.

En ese momento, la señora Bloxby le disparó en medio del pecho.

Él la miró fijamente, sorprendido, y luego bajó la mirada a la mancha que se extendía sobre su camisa blanca.

–Por todos los diablos –dijo Guy Freemont.

La señora Bloxby se sentó de golpe sobre la hierba húmeda.

–Probablemente le estén esperando –dijo en voz muy baja y luego hundió la cara entre las manos.

Guy se derrumbó hacia delante y se quedó inmóvil. La luz emergió por detrás de unas nubes negras melladas. En la distancia resonaban truenos.

Agatha se acercó con piernas temblorosas y ayudó a la señora Bloxby a ponerse en pie.

–Tenemos que ir en busca de ayuda y no voy a dejarla aquí.

–Que Dios me perdone –murmuró la señora Bloxby–, lo he matado.

–Tal vez no –dijo Agatha–, pero no vamos a quedarnos aquí a comprobarlo.

Sostuvo a la esposa del vicario mientras subía al coche. Las llaves seguían puestas. Agatha se dio cuenta de que las piernas le temblaban tanto que apenas podía pisar el acelerador.

Pero se las apañó para arrancar el coche y conducir hasta Toddenham, donde paró en la primera casa.

La señora que abrió la puerta miró a las dos mujeres y luego al arma que la señora Bloxby todavía sostenía en las manos, chilló y cerró de un portazo.

–Deme el arma.

Agatha la guardó en su bolso.

Fueron a la casa siguiente. Abrió un joven delgado y, tras escuchar sus súplicas para que les dejara utilizar el teléfono para llamar a la policía, las invitó a pasar. Agatha telefoneó a la policía y pidió una ambulancia, interrumpiéndose para preguntarle al joven su dirección.

–Más vale que volvamos –dijo Agatha–. Usted espere aquí, señora Bloxby, y yo los pararé en la carretera.

–No, iré con usted. Al fin y al cabo, he sido yo quien lo ha matado.

El joven, cuyo nombre era Gabriel Law, hizo amago de acompañarlas, pero se lo pensó mejor. Si era cierto que una de esas mujeres había matado a alguien, lo más sensato era mantenerse al margen.

Agatha condujo la corta distancia hasta el campo.

Las dos mujeres se quedaron sentadas en silencio en el coche.

–Tuve que hacerlo –dijo por fin la señora Bloxby.

–Sí, no había más remedio, si no ahora las dos estaríamos muertas. ¡Qué ciega he sido! ¿Sabe cómo le descubrí?

–No.

–Bill Wong dijo que habían encontrado un único pelo blanco de gato persa en el dobladillo de los pantalones viejos del señor Struthers. Pero nadie daba con ese gato blanco. Es decir, hasta justo antes de que Guy llegara a mi casa esta noche. Yo había estado en casa de su secretaria, Portia Salmond. Ella declaró que tenía una aventura con él. Luego me fijé en mi blusa, la que llevaba puesta cuando fui a verla: tenía pelos blancos de gato pegados. Fui una idiota, lo primero que pensé es que la asesina había sido Portia.

–De ser así, uno creería que Portia ya se habría deshecho del gato.

–Pero nadie pensaba en ella como sospechosa. Y la policía preguntó en Ancombe por gatos blancos, pero no explicaban por qué ni hacían pública la información. Pero usted sabía que fue él. ¿Por qué?

–El aire de maldad cuando entré en su salón era casi tangible. Y usted parecía tan lívida y asustada...Yo había puesto su vida en peligro, Agatha. Yo también estaba asustada y por eso le insinué que sospechaba de él. Tonta de mí. ¡Escuche! ¿Es eso la sirena de un coche de policía?

Agatha bajó la ventanilla.

–De varios.

Las dos se bajaron del coche y se pusieron en medio de la carretera.

Bill Wong se apeó de un salto del primer coche gritando:

–¿Dónde está?

–En ese campo, ahí detrás –señaló Agatha.

Bill, el inspector Wilkes y varios policías entraron en el campo.

–Que venga aquí la ambulancia –gritó Bill.

Los coches de la policía se apartaron a un lado para dejar pasar a la ambulancia.

Agatha y la señora Bloxby esperaron un largo rato. Finalmente, alzaron con cuidado una camilla con el cuerpo de Guy sobre la valla. Llevaba una máscara de oxígeno en la cara y un gotero en el brazo.

–Todavía vive –dijo la señora Bloxby.

Y entonces rompió a llorar.

## DIEZ

–Así que, después de todo, sobreviviré –le decía Agatha a Bill Wong en la cocina de su *cottage* unos días después de que Guy Freemont fuera detenido.

–Sin un pulmón, pero sí, sobreviviré.

–Me alegro por la señora Bloxby. No sé cómo habría sobrellevado esa buena mujer haber matado a alguien. Y él ¿ha confesado ya?

–Lo hizo cuando recobró la conciencia después de la operación de urgencia. Creía que se estaba muriendo, ya ves. Ahora que sabe que no, ha buscado un abogado que le defenderá sosteniendo que confesó en estado de *shock*.

–¡No le servirá de nada!

–No. Tenía llaves de la casa de Portia y fue ahí donde mató a Struthers. Ella estaba fuera y él llamó al señor Struthers y le pidió que fuera. Cuando se enteró de que Struthers planeaba oponerse a la compañía de aguas, le golpeó con el atizador de la chimenea. También tenía las llaves del coche de Portia, así que metió a Robert en el maletero, lo llevó al manantial y lo arrojó allí. Para asegurarse de que estaba muerto, le dio otro golpe en la cabeza, y ésa fue la sangre que tú viste.

–¿Seguro que Portia es totalmente inocente? ¿Dónde estaba cuando él utilizó su coche?

–Estaba cenando en un restaurante cercano, al que puede irse andando desde su casa, y hay testigos.

–¿Y qué pasó con Robina?

–Portia también nos fue de ayuda en eso –dijo Bill–. Confesó que Guy se había reunido con Robina en un pub la semana anterior a la fiesta, pero le hizo prometer a Portia que no se lo diría a nadie. Volviendo a la confesión de Guy. Robina estaba consternada. Dijo que estaba convencida de que habría algún resquicio legal para romper el acuerdo previo. Guy le dijo que no, y

Robina dijo que en ese caso el día de la fiesta haría una declaración pública sobre su cambio de opinión y que ya había preparado unas notas para un discurso.

»Así que Guy se escabulló de la fiesta. Ya había mecanografiado unas notas en una vieja máquina de escribir que luego arrojó al río. Estaba en el muro cuando golpeó a Robina, le quitó sus notas y las sustituyó por las que él había escrito.

–Y todo ese rollo que me soltó respecto a que el asesinato era una publicidad muy útil ¿era un cuento? –preguntó Agatha.

–No del todo. Dijo que había resultado muy útil. Su abogado, por descontado, intentará demostrar que todo fue fruto de la conmoción y los medicamentos, que no sabía lo que decía. No le servirá de nada. El departamento forense ha revisado la casa de Portia y ha encontrado restos de sangre en la moqueta.

–¿Y dónde tenía ella el gato? –preguntó Agatha–. No vi ninguno.

–Tras el primer asesinato, llevó al animal a casa de su madre. Dijo que estaba demasiado ocupada para cuidar de él.

Agatha frunció el ceño.

–No creo que sea inocente. Vosotros no hicisteis público que estabais buscando un gato blanco, pero Guy debía de haberlo sabido.

–Va a resultar muy difícil probarlo.

–¿Y qué me dices de su hermano Peter?

–Parece fuera de sospecha. Pero no creo que la compañía de aguas vaya a durar mucho. Cualquier beneficio que consiga se lo llevará el pago de la defensa de Guy.

–Espera un momento –dijo Agatha–. ¿Quién escribió aquellas cartas de amenaza?

–Un anciano asustado de Ancombe. Acudió a comisaría a confesar. Se llama Joe Parr y tiene un largo historial de desequilibrios mentales.

–Pues él provocó la muerte de Robina –dijo Agatha con irritación–. Si no la hubiera asustado, no habría cambiado de opinión.

Bill la miró comprensivamente.

–¿Ya has superado tu conmoción?

–Creo que estoy bien.

Agatha recordó aquella noche espantosa, cuando James había aparecido iluminado por los coches de la policía, y se había quedado mirando, sin hacer ningún gesto para adelantarse y consolarla.

–La señora Bloxby y yo hemos hablado mucho de ello. El que no llegara a matar a Guy ha hecho milagros con ella. Aún se siente culpable por haber provocado que estuviera a punto de matarme, ya sabes, al echarle aquel sermón sobre el Juicio Final.

–Fue muy valiente, y tú también, Agatha.

–Yo fui una tonta, Bill. Detestaba tanto a esos bastardos del Consejo Parroquial que estaba convencida de que había sido uno de ellos. ¿Guy... ha dicho algo sobre mí?

Bill entrelazó las manos y se las miró. Guy había confesado que había seducido a Agatha porque sabía de su reputación como detective aficionada y había querido asegurarse de que no sospechara de él.

–No –mintió–. Ni una palabra.

–Me siento tan estúpida –se lamentó Agatha–. A James le parecía evidente que había tenido que ser uno de los hermanos Freemont, o los dos.

–Sí. Él descubrió alguna información útil sobre ellos. Ya te lo he contado.

–Pero ¿por qué no me insinuó nada? ¿Por qué no me dijo qué iba a hacer en Londres?

–¿Le habrías creído?

Agatha se ruborizó.

–Seguramente no.

–¿Le has visto?

–No, salvo de lejos en comisaría. No me ha llamado, ni yo a él tampoco. Y tú, ¿sabes algo de Sharon?

–Está saliendo con un policía. Parece muy feliz.

«Seguramente el policía no vive con sus padres», pensó Agatha.

–¿James salió alguna vez con Portia? –preguntó Agatha–. La había invitado.

–No, creo que no.

–Lo que me desconcierta –dijo Agatha– es que, si Mary Owen y su hermana eran inocentes, ¿por qué se tomaron tantas molestias para asustarme?

–Ella es una mujer repulsiva que disfruta intimidando. Casi deseaba que hubiera resultado ser ella.

Llamaron al timbre. Agatha fue a abrir. Roy Silver estaba en el umbral.

–Se me ocurrió pasar a verte –dijo en un tono de voz jovial.

–Pasa. Bill está aquí.

–Pero Bill se va ya –dijo Bill Wong que apareció detrás de Agatha–. Te veré luego.

–Pasa, Roy –dijo Agatha–. ¿Qué te trae realmente por aquí?

–Vengo a ofrecerte un hombro en el que llorar –dijo Roy–. Lo he leído todo en los periódicos.

–Ya he pasado lo peor –contestó Agatha–. ¿Cuánto tiempo tienes intención de quedarte?

–Sólo hoy. Así que cuéntamelo todo.

Se sentaron ante unas tazas de café en la cocina mientras Agatha le daba una versión muy adornada de cómo había empezado a sospechar de Guy, pero había estado engañándole.

–¿Te apetece comer algo? –preguntó Agatha por fin.

–Pago yo. Acerquémonos a aquel pub de Ancombe y veamos cómo se están tomando la noticia los vecinos del pueblo.

Fueron en coche a Ancombe. Las hojas de los árboles caían en espiral ante ellos y las flores se ennegrecían con las primeras escarchas del otoño.

–Creo que me iré al extranjero, a cualquier sitio, durante parte del invierno –dijo Agatha–. No soporto el frío ni la niebla.

–Oh, pues yo me quedaría. ¿Por qué no te vienes a Londres?

–¿Por qué? –preguntó Agatha con suspicacia.

–Era sólo una idea.

Estaban sentados a una mesa de un rincón del pub cuando entró el Consejo Parroquial de Ancombe al completo. Se notaba que acababan de nombrar presidente a Andy Stiggs. Parecían un grupo alegre.

–Uno nunca imaginaría cuánto se odiaban –se maravilló Agatha.

Todos la vieron, pero ninguno se acercó a saludarla. Bebieron y brindaron a la salud los unos de los otros, con voces que destilaban tanta afabilidad que casi resultaban insultantes.

–Vámonos de aquí –dijo Agatha cuando acabaron una comida no demasiado apetitosa–. La simple vista de esa pandilla me deprime. Estaba convencida de que había sido uno de ellos.

–Pues yo creía que sospechabas de Guy.

–Al principio no –se apresuró a responder Agatha.

Cuando volvieron a su *cottage*, James estaba trabajando en el jardín delantero de su casa. Se acercó a saludarlos.

–¿Cómo lo estás sobrellevando, Agatha? –preguntó James.

–Ahora estoy bien –contestó Agatha mientras rebuscaba la llave–, pero no me habría venido mal un amigo cuando todo sucedió.

–Bueno, ya lo sabes –dijo James sin ningún énfasis–, estaba muy enfadado contigo. Te comportaste como una tonta. Ya te dije que había sido Guy Freemont. Pero ¿me hiciste caso? No. A todas luces tenía una aventura contigo sólo para que no sospecharas de él.

Agatha encontró la llave y abrió la puerta.

–¿Nos disculpas, James? –dijo en un tono gélido–. Estamos ocupados.

Él se encogió de hombros y se alejó.

Roy entró detrás de Agatha.

–Es hora de que encuentres a alguien que sepa apreciar lo que vales –dijo.

–Muy bien. –Agatha dejó escapar un largo suspiro. De repente, le entraron ganas de estar sola–. ¿A qué hora sale tu tren?

–Había pensado coger el de las cuatro y cuarto.

–Te llevaré a la estación.

–¿Sabes, Agatha? Estás desperdiciando tu talento. Pedmans tiene un nuevo cliente.

Roy trabajaba para Pedmans.

–¿No me digas?

La voz de Agatha sonó distante y suspicaz, pero Roy siguió hablando como si nada.

–Se trata de ese refresco llamado Healthbuzz, una bebida que estimula la salud, y el jefe dijo que serías la persona ideal para encargarte de su promoción. ¿Adónde vas?

–A llamar a un taxi que pase a recogerte –dijo Agatha–. No has venido para consolarme, sino ¡porque tu jefe te lo ha ordenado!

Llamó a un taxi.

Roy se marchó sin dejar de quejarse repitiendo que sólo había ido a Carsely por amistad.

El teléfono sonó unos minutos después. Era James.

–Escúchame, Agatha –dijo–, es una tontería que nos peleemos de esta manera. ¿Por qué no quedamos para cenar?

–Muy bien.

–Pasaré a recogerte a las ocho.

Agatha se sentó en una pequeña silla junto al teléfono y apoyó la cabeza entre las manos. ¿Por qué no se sentía dichosa ni emocionada?

El teléfono volvió a sonar sobresaltándola.

–Soy Charles –dijo una voz con acento de clase alta. El baronet sir Charles Fraith.

–Oh, Charles. Me alegra oírte –contestó Agatha.

–He estado viajando, para variar. ¿Qué te parece si cenamos algo ligero esta noche?

Agatha abrió la boca para decir que le era imposible, pero entonces su expresión se endureció y se oyó decir:

–Sí, me apetece.

–¿Dónde quedamos?

–Pásate a recogerme por aquí a las ocho, Charles –dijo Agatha con firmeza–, ah, y cuando llegue la cuenta, no desaparezcas en el servicio de caballeros ni me vengas con que te has olvidado la cartera.

–Así era yo en los viejos tiempos –se rio Charles–. Nos vemos a las ocho.

Agatha colgó y llamó a James.

–Lo siento, no podemos vernos esta noche –dijo en un tono seco–. Había olvidado que tenía otra cita. Adiós, James. –Y colgó con gesto decidido.

Así que otra cena con alguien más joven, pensó, subiendo cansinamente las escaleras para aplicarse la crema antiarrugas.

James se colocó junto a la ventana de su *cottage* que daba a la entrada del de Agatha. A las ocho en punto, vio llegar a sir Charles Fraith.

Bueno, hasta aquí hemos llegado, pensó con amargura. Había planeado explicarle a Agatha mientras cenaban que estaba harto de sus discusiones y que quería que volvieran a estar juntos.

Pero ella no se merecía a alguien como él. ¡Ahí la tenía, coqueteando como una cualquiera!

Ni se le pasó por la cabeza el detalle de que Agatha Raisin no poseía facultades telepáticas.

## Notas

1. Entiéndase «parroquia» en el sentido de pequeña población, no necesariamente equivalente a una división territorial eclesiástica. (*N. del T.*)

2. June Allyson fue una actriz norteamericana que alcanzó la fama a mediados del siglo xx, sobre todo por sus papeles de «buena chica» y ama de casa. Merchant-Ivory es una productora fundada por el director James Ivory y el productor Ismail Merchant especializada en películas de época de aire muy *british*, del tipo *Una habitación con vistas*, *Regreso a Howards End* o *Lo que queda del día*. (N. del T.)

3. Referencia a la *wisteria*, en castellano «glicinia» o «glicina», que da nombre al supuesto *cottage*. (N. del T.)

*Agatha Raisin y el manantial de la muerte*

M. C. Beaton

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Agatha Raisin and the Wellspring of Death*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño

© de la imagen de la portada, Pep Boatella

© M. C. Beaton, 1998

© de la traducción, Vicente Campos González, 2017

© Círculo de Lectores, S. A. Unipersonal, 2018

ARROBABOOKS

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.arrobabooks.com](http://www.arrobabooks.com)

Un sello editorial de Círculo de Lectores

[www.circulo.es](http://www.circulo.es)

Círculo de Lectores, S. A. Unipersonal

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2018

ISBN: 978-84-16826-24-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.  
[www.newcomlab.com](http://www.newcomlab.com)